



Dos timbrazos
seguidos
eran la
clave
secreta

Malena Escobar O'Neill

Esta novela es presentada como Trabajo Integrador Final de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social en la Universidad Nacional de La Plata

Gracias a Silvana Casali, Frando Dall'Oste y a Paula Tomassoni

A Flor Sanchez Elia por la ilustración

Y a todxs aquellxs que se hicieron un lugar para leerme

“No soy profesional, ni escritora, ni poeta.
Pero creo haber sido una amante esposa, una buena madre
y no tengo dudas que fui una persona que supo llevar adelante su hogar.
Siendo esto último lo más difícil porque no te lo enseña ninguna institución,
sino la vida.
A medida que pasa el tiempo, se va adquiriendo sabiduría y experiencia”
Extracto de los diarios íntimos de Angela Francisca Prando

“La literatura existe porque el mundo no basta”
Fernando Pessoa

“Contar una historia cambia a quien la cuenta.
Y por momentos la ficción es la única manera de pensar lo verdadero”
Los llanos, Federico Falco

Era una tarde de verano, el ventilador de pie iba y venía haciendo un ruido constante, como el zumbido de un mosquito. Elisa no se inmutaba. Leía sentada en el living de casa. Yo en mi silla mecedora, abanicándome con una novela de Danielle Steel y sin poder redireccionar mi vista, la observaba pasar las páginas de *Que sea la Odisea* mientras el sol de las tres pegaba sobre sus ojos color miel.

Recibir a mi bisnieta era un honor.

Mientras la miraba, recordaba cuando diez años atrás, en un asado familiar, sus papás habían anunciado la noticia. Ellos eran muy jóvenes, y eso causó revuelo en la familia. De todas maneras, yo sentía una alegría despampanante y pensaba en lo placentero de tener en mis brazos una bebita otra vez.



Elisa y Ángela

Mis días al cuidado de Elisa eran siempre iguales, un rato de lectura, otro de charla y después venía la merienda. Siempre era lo mismo: café cortado y unas tostadas con dulce de leche.

Una de esas tardes Elisa se propuso revisar los libros del último estante de la biblioteca que, hasta ese momento, era territorio desconocido. Agarró una silla de la cocina y la arrastró hasta el living para poder alcanzarla. Se paró. Le dije que tuviera cuidado, que si le pasaba algo sus papás se iban a enojar y ella que sí, que ya era grande. Mi ritmo cardíaco se aceleró, ya no estaba para esos sustos. Con la paciencia y la dedicación que la caracterizaban, hizo un recorrido por todos los libros. Cuando estaba a punto de bajar, desanimada por no haber encontrado nada de su interés y con las manos sucias de polvo, dio con mis agendas.

—¿Qué es esto Angelita?

—¿Esto qué?—dije en tono sobrador.

— ¡Estos diarios!—agregó exaltada.

—¿Qué diarios? No veo ningún diario.

—¡Estos! ¿No ves?—dijo sosteniéndolos con los brazos extendidos.

Podría haber seguido indefinidamente con el juego de no haber sido por la insistencia de Elisa que, manteniendo la calma y con una mirada autoritaria, me obligó a contestar su pregunta y a arrepentirme de la broma. Bajó de la silla con las agendas en la mano, se sentó delante de mí y volvió a insistir.

—¿Qué son estos cuadernos?

—¡Ahhh! Esos cuadernos decías —dije despreocupada. Son agendas mías donde cuento mi historia, la de mis papás, la de mis hijos.

—¿Como un diario íntimo?—dijo mirándome iluminada.

—Como un diario íntimo.

—¿Los puedo leer? Porfí, porfí, porfí—dijo con sus manos en posición de rezo

—No sé querida, déjame consultarlo con tus papás primero, no quiero mandarme ninguna macana que siempre la culpa termina siendo de la vieja metida.

Sin demasiadas vueltas mi nieto y su mujer me dieron su visto bueno, pero con una condición: preferían que yo se lo relatara. Así, si había alguna parte fuerte o sensible, podría omitirla. Despedí a Elisa y le dije que para la próxima preparara sus oídos.

Esa noche me desperté a las cuatro de la mañana creyendo que eran las siete. Estaba oscuro. Se escuchaba el sonido del motor de la heladera, las agujas del reloj y algún gallo vecino que comenzaba a cantar. Me estaba haciendo pis. Quedé inmóvil en mi cama observando la oscuridad, no podía prender la luz del velador, tampoco podía levantarme. A mis 86 años todavía me daban miedo las presencias espirituales y la negrura de la noche. Los años anteriores habían resultado mucho más amenos, tenía a Ricardo durmiendo a mi lado y eso me hacía sentir segura. Luego quedé sola en esa casa inmensa, vieja y ruidosa. Mis nietos me visitaban cada tanto y mis hijos venían a chequear que no estuviera muerta y putrefacta. El teléfono fijo bien gracias. Junté fuerzas, me puse los anteojos y el deshabillé y caminé ligero hasta el baño con la sensación de que alguien iba a sujetarme por detrás. Llegué, prendí la luz y respiré aliviada. El sonido del chorro del pis invadió toda la casa que resonó con un eco. Me sostuve de la baranda para discapacitados y me levanté. Me miré al espejo y observé arrugas, las marcas en el pecho de años de tomar sol sin protección a las doce del mediodía, mi pelo canoso y quebradizo, mis dientes amarillos del pucho y mis lunares con una superpoblación de pelos. Pero la puta madre estoy hecha mierda. Abrí el botiquín, saqué un alplax y me lo tomé sin agua. Como pude volví a mi cama e intenté dormir.

Agarré los diarios, los puse sobre la mesada, preparé un jarrito con agua caliente y les pasé una gamuza húmeda por los recovecos. Mientras esperaba que se secaran y que llegara Elisa, preparé un té de tilo, me prendí un cigarrillo aprovechando que mis hijos no estaban cerca y me senté a tejer una manta para Pedro, mi segundo bisnieto que estaba en camino.

El sonido del timbre se sincronizó con la campanada de las tres del reloj de pared del palier. Dos timbrazos seguidos eran la clave secreta para saber que era Elisa. Giré la llave para abrirle. No llegué ni a besarla que entró corriendo, tiró su bolso en el sillón y acomodó su almohadón en el piso, al lado de mi silla mecedora. Saludé a sus papás, cerré y fui detrás de ella. ¡Buenas, ¿no? le dije, reclamando mi beso. Ella me miró, sonrió y se disculpó.

Le pregunté si quería merendar algo ahora o si prefería esperar, me dijo que prefería esperar. Mientras, movía su cuerpo para un costado y para el otro buscando moldear el almohadón. Yo me senté con las agendas en mi falda y un cigarrillo en la mano: era nuestro secreto.

Levanté la vista y vi sus ojos brillantes clavados en mí. Me dijo que ya estaba lista para empezar, yo también. ¿Sabías, Eli, que mis abuelos llegaron en barco desde un pueblo llamado Malgrasiano en Calabria, Italia? Mirándome fijo negó con la cabeza. Yo seguí. En el año 1879 mi abuela Francisca Errico y mis tío José y Pascual se subieron a un barco con destino a la Argentina. Su marido, Antonio Cuculicchio, había viajado unos meses antes para conseguir trabajo, comprar una casa y recibir a su familia en buenos términos. Ellos no sabían cuánto duraría el viaje, las condiciones eran muy precarias.

—¿Qué es precarias, Angelita?

—Precarias quiere decir que eran condiciones pobres, malas, amor

¿Entendés?— asintió con la cabeza—sigamos. Bueno como te contaba, ellos no tenían plata, no podían pagar un buen boleto, así que viajaron en la bodega, la parte de abajo del barco, junto con otros inmigrantes que también venían a nuestro país. Detuve el relato cuando una ráfaga de viento voló los pelos de Elisa.

—A ver amor, vení que te hago una trenza. No ves nada con todo el pelo en la cara. ¿Tus papás no te peinan nunca? Mirá los nudos que tenés.

—Ay Angelita me estás tirando.

—Bueno, amor. La belleza duele. Si no te lo dijeron nunca, aprendelo ahora. Sigo un poquito, ya están por venir a buscarte. Ay la vejez, ¿Dónde me había quedado, te acordás vos?

—Me estabas contando la parte de la bodega.

La miré, asentí y agregué: muy bien, estabas atenta. En la bodega no había camas, dormían en el piso, no entraba la luz del sol y les daban muy poca comida. No podían bañarse y para usar el baño tenían que hacer colas muy largas. Todas las personas hablaban un idioma diferente. Una tarde, después de un mes y medio de viajar y perder las esperanzas, las personas que trabajaban en el barco avisaron que al día siguiente llegarían a tierra firme. En la bodega gritaban, cantaban, bailaban, lloraban y se abrazaban. Esa noche la pasaron en vela, la impaciencia y los nervios aceleraban los latidos del corazón. A la mañana siguiente llegaron al país. Francisca agarró a sus hijos de la mano, se colgó en la espalda un atado de ropa y pertenencias y bajaron. Estaban muy débiles, apenas podían caminar, la alegría estaba intacta. Llevaron a los pasajeros a un edificio donde reunían a los inmigrantes e iban preguntando uno por uno sus apellidos. Cuando llegó el turno de Francisca y dijo Cuculicchio, se presentó su marido que había estado esperando impaciente.

Elisa bostezaba mientras su vista se desviaba hacia la ventana. Decidí cortar el relato y preparar la merienda, se estaba haciendo tarde. Me levanté con su ayuda y de la mano fuimos hasta la cocina, ella se sentó en la mesada de mármol y me miró preparar.

—Qué linda estás hoy Angelita.

—Gracias querida, esta mañana fui a lo de Gra a hacerme las manos. Mirá, ¿te gustan?

— Me encanta, el fucsia es mi color preferido.

—Bueno, la próxima venís conmigo y te las hacés vos también.

Terminé de preparar el café, Eli se encargó de meterlo en el microondas y de untar sus tostadas con dulce de leche. Compartiamos, además del secreto del cigarrillo, el de comernos una cucharadita del pote. Mi diabetes avanzada y mis

hijos no me dejaban. Yo prefería no quedarme con las ganas. Ya bastante había tenido con ese taller de teatro que empecé de grande por no haberme animado cuando mi cuerpo aún me lo permitía. Con insistencia de mi nieto mayor, de mis amigas del club de lectura y unos cuantos vasitos de whisky de por medio, al cumplir 80 años finalmente me inscribí. Disfruté lo que duró, me hice unos amigos maravillosos. Todavía me llaman a ver cómo estoy.

Nos sentamos en la mesa ratona del living a merendar. Yo en el sillón y Eli en el piso. Ella tomó su café muy rápido y enseguida se preparó para seguir. Yo junté las tazas, las llevé a la cocina y cuando estaba volviendo para continuar con la historia sonó el timbre. La ayudé a prepararse y la acompañé a la puerta. Saludé a sus papás y entré ligero, estaba refrescando.

Crucé la puerta principal y me detuve. Hice un paneo del espacio repasando los muebles, los cuadros, los libros. Mi soledad ya era parte de ese escenario oxidado y sucio que construí durante años. Cerré las persianas, vi mi reflejo en el vidrio. Mis arrugas avanzaban mientras mi memoria sin desearlo dejaba atrás los recuerdos de una casa poblada de alegría y calidez. Ahora solo quedaba polvo y fotos amarillentas colgando de las paredes, ya no había niños corriendo ni mi marido leyendo el diario en el sillón individual. Basta de melancolías Angelita dije en voz alta. Apagué todo y me fui a dormir sin cenar, tanto revolver me había sacado el hambre.

El sol de la mañana comenzaba a quemar y las rendijas de mi persiana filtraban los primeros rayos de luz que como un láser apuntaban directo a mi cara. El alplax está surtiendo efecto, anoche dormí regia. Me puse las pantuflas, el deshabilé y me levanté. Salí a la vereda a juntar el diario y agarré la escoba para barrer la mugre que había volado del basurero del edificio de al lado. Mientras juntaba latas de cerveza y paquetes de papas fritas lo vi venir. Ah bueno te dignaste a aparecer, se ve que es cuestión gatuna dar vueltas por el barrio y olvidarse de avisar. Oscar me miraba fijo y no se movía. Vení, entremos, te dejé lista el agüita. Seguro estás muerto de hambre, te voy a

preparar algo. Estás gordo che. ¿Tenés reservas en esa pancita o te estarán dando de comer en otra casa? Si no no se explican tus desapariciones. ¡Ah! ya sé, seguro hay una chica dando vueltas que te tiene ocupado. Estos días que no estuviste te perdiste de Elisita, ¿sabías? Se puso a revisar la biblioteca y encontró unos cuadernos míos que escribí hace un tiempo, creo que alguna vez te los he mencionado. Oscar me dejaba atrás hablando sola mientras entraba a la casa con aires de burgués soberbio y despreocupado. Arrimé la basura a la pala y entré detrás de él. Bueno, la cuestión es que vino y quedó embelesada, creyó que eran diarios íntimos. Con esa carita de ilusión no me quedó más que decirle que sí y contarle de qué trataban. No, no me mires así, jorobate por desaparecer. En estos días viene de nuevo, no te vayas.

Oscar volvió a mirarme fijo y abandonó la habitación. Tiré la basura en el tacho y me puse a hacer un budín de manzanas. Tenía las manos recubiertas de manteca y harina cuando sonó el timbre. No esperaba visitas, por las dudas pasé por el baño, me enjuagué, acomodé mi pelo y retoqué el rouge. Me acerqué a la puerta, posé mi oreja y grité ¿quién es? No contestó nadie, volví a insistir, nada. Abrí con el impulso de arrojar un insulto desmedido e injustificado pero no fue necesario porque la entrada estaba vacía, me lo tragué. Cuando estaba a punto de cerrar y volver a amasar, miré para abajo. Una carta.

Era un sobre rojo sin nombre a la vista, miré a los costados a ver si veía alguien, nadie. Qué raro, se habrán confundido. Lo levanté, cerré la puerta, agarré los anteojos y me senté en el sillón a leerla.

¿Por qué has tardado tanto en volver? Te fuiste un día y nunca más supe de vos. Surcaste mares, sierras y cielo. Yo quedé muy triste, te perdía. Aún puedo sentir tu respiración, tu calor, tu perfume, tu corazón. Recuerdo ese día que me miraste fijo a los ojos y sellaste mis labios con tus labios, me ahogabas, no podía respirar. Me sentía feliz. En un momento y muy bajito me dijiste: “Te amo, nunca más nos separemos” desafortunadamente, no fue así. Te fuiste y mi corazón nunca más se recuperó.

Angela, esta carta la escribí el día que me enteré que volviste de tu larga luna de miel. Nunca me atreví a mandarla. No sé si esta seguirá siendo tu dirección

pero prefiero arriesgarme a quedarme con las ganas de haberte dicho estas palabras.

Siempre te voy a recordar, espero saber de vos pronto. Mi telefono es 4532811

Un saludo afectuoso

Carlos G

Solté la carta, me saqué los anteojos y me quedé mirando fijo la pared. Mi cabeza era un carrusel interminable. Oscar empezó a maullar. Lo acaricié mientras mi vista continuaba petrificada en la pared. Un nudo en la garganta no me dejaba tragar. Esto es demasiado, pensé. Durante gran parte de mi vida el recuerdo latente de Carlos no me había dejado en paz. Ahora se aparecía así como así, golpeando mi puerta y sin presentarse. Qué pensaría de mí si me viera en persona, una vieja arrugada y cascarrabias. Ya no estaba para dramas adolescentes, guardé la carta, prendí la radio y horneé el budín de manzanas.

He llegado hasta tu casa

Yo no sé cómo he podido

Si me han dicho que no estás

Que ya nunca volverás

Si me han dicho que te has ido

Nada, nada más que tristeza y quietud

Nadie que me diga si vives aún

Dónde estás para decirte que hoy he vuelto arrepentido

A buscar tu amor

¿Escuchás eso Oscar? No es una casualidad, yo no miento cuando digo que la vida conspira contra mí. Agarré el diario de esa mañana que estaba sobre la mesada de la cocina y se lo revoleé a la radio que cayó para atrás haciendo un estruendo. Oscar se asustó y salió disparado al patio.

Tragandome la bronca agarré la escoba y me puse a barrer los restos. Al fin y al cabo quería regalarla hacía tiempo, por lo menos logré desquitarme.

Durante la noche no pegué un ojo. Cada media hora tenía que ir al baño. Oscar se paró en la puerta y siguió cada movimiento, de vez en cuando se acercaba y se paseaba entre mis piernas, antes se subía a mis rodillas pero ahora estaba tan gordo que no podía dar saltos. Me sentí acompañada. Hacía años que no tenía problemas de salud y ahora temía deshidratarme. A Carlos no le bastó con romper mi momento de paz que también se aseguró romper mi sistema digestivo. Qué hijo de su madre, pensé.

A primera hora me llamó Graciela, me tuvo una hora al teléfono. No sé por qué la atendí. Me contó de su hijo Patricio que se estaba separando de su novio, de los líos con la herencia de su marido y me mandó fotos de su nieta. Si supiera que no tengo más celular. Qué preciosura, le dije. Me creyó. Le conté lo que había pasado con Carlos y que la noche anterior no había podido dormir bien. Ella siempre me hablaba de las energías y que se yo qué pavadas más. Hacia un tiempo había dejado ir a su casa porque la cantidad de sahumeros que encendía me hacía toser una barbaridad. Bueno, la cuestión es que colgué y al rato sonó el timbre. Qué raro, pensé. Era un servicio de mensajería, me había enviado una caja llena de chucherías bien empaquetadas. Empecé a abrirlo mientras Oscar se paseaba sobre la mesa esquivando objetos a la perfección. Tuve que volver a llamarla pidiéndole que por favor me explicara para qué servían todas esas cosas. Que el palo santo para limpiar ambientes, que el sahumo para lo mismo pero con otro nombre y que lo último era una hierba espectacular, que ella la consumía hacía años y que la dejaba espléndida, dormía como un bebé y se divertía como una adolescente. Me explicó que tenía que ponerlo en la pipa que estaba envuelta en la cajita y fumarlo, que me iba a dejar bárbara, que pruebe, que no sea sonsa y anticuada pero por las dudas que no le cuente a nadie. ¿Anticuada? tengo 86 años querida. Bueno, chau chau gracias.

Metí todo de nuevo en su lugar y guardé la caja arriba del placard de la cocina. Pero qué manera de gastar al divino botón esta mujer. Ahora que cobra la pensión de su marido no para de tirar manteca al techo. Si ese hombre supiera. Bueno igual qué me meto yo, al final tienen razón cuando me dicen vieja metida.

Sonó la clave secreta mientras terminaba de poner los individuales en la mesa del living. Me agarró desprevenida. Así un día me voy a morir de un infarto. Cuando estaba girando la llave Oscar se enredó entre mis piernas y me acompañó a la reja de entrada a abrir. Eran Elisa y su mamá, Celeste, que estaba a punto de parir a Pedro. Me preguntó si podía pasar a hacer pis. Le dije que no fuera sonsa, que cómo iba a pedirme permiso para usar el baño. Mientras entrábamos a la casa, le pregunté preocupada qué hacía manejando con un embarazo de casi nueve meses. Me extrañó que mi nieto permitiera semejante cosa, ella agregó que Diego no sabía, estaba trabajando y que tampoco tenía que pedirle permiso. Pero por las dudas, que no dijera nada. Después él hablaba con la médica y la mandaban a hacer reposo absoluto. Además, si no manejaba tenía que quedarse todo el día tirada en la cama y eso terminaría por deprimirla. Sí claro, te entiendo, agregué.

Le descolgué a Elisa la mochila y la ayudé a sacarse su abrigo turquesa que hacía juego con unas zapatillas de lona azul marino. En el trajín de movimientos y revoleadas de brazos, le desarmé la corona de trenzas que traía perfectamente acomodada. Me miró con cara desafiante pero no dijo ni una palabra. Me disculpé como un niño que es descubierto robando en un almacén. Celeste salía del baño y vio la situación. Es brava la nena, agregó. Ya lo creo, ya lo creo. Elisa se impacientó y comenzó a apurar a su mamá para que se fuera pero yo la invité a tomar un té. Eli se ofuscó y fue a tirarse a mi cama a ver los dibujitos. Cuando tuve la merienda preparada le pegué un grito para que bajara a acompañarnos, lo hizo de mala gana. Su mamá la retó. Se porta así cuando estás vos nomás, conmigo a solas es una reina, le dije. Ella me hizo una mueca de complicidad.

Intentando destensar la situación, le pregunté a Elisa cómo le estaba yendo en el colegio, si había algún nene que le gustara y le pregunté por Agustina, su mejor amiga. Qué divina esa criatura, un día tendrías que invitarla. Levantó la mirada que apuntaba hacia el piso, me miró, dijo que no y volvió a bajarla.

— Ángela no quiero asustarte pero acabo de romper bolsa. Llamalo a Diego para que venga a buscarme.

Miré al piso y había un charco rodeándola. Sin dudas había roto bolsa. Ya voy querida, no te preocupes, vos respirá. Agarré mi bastón y fui al living a buscar el teléfono. Elisa vino detrás de mí. Noté su cara de desagrado enseguida, no le dirigió la palabra a la mamá. Por suerte Diego atendió rápido y a los quince minutos estaba en la puerta de casa. Celeste estuvo tranquila en todo momento, el parto tortuoso de Elisa la había preparado para cualquier cosa. Todavía no había contracciones, era solo la impresión del líquido amniótico corriendo por sus piernas. Sonó la bocina y la ayudé a salir, en la puerta mi nieto la sostuvo con más firmeza y la metió en el auto. Me preguntó si había algún problema en que se quedara Eli a pasar la noche, le dije que ninguno, que con gusto. Ella estaba adentro horrorizada por la situación. Me comentó preocupada que nadie le había consultado si quería o no tener un hermanito. Expliqué que esas cosas no se consultan. Como el amor. Uno no busca enamorarse, pasa y ya está, no hay vuelta atrás. La dejé leyendo unos cuentos de Adela Basch y llamé a mi nuera Silvina para avisarle que su nieto estaba a punto de llegar. La noté un poco ofendida por haberse enterado por mí y no por su hijo, le dije que se dejara de jorobar y que se alegrara por la noticia. Siempre buscándole el pelo al huevo. Cortamos en malos términos.

Toda esa tarde Elisa estuvo ofendida. Le ofrecí llevarla al kiosko a comprar figuritas para su álbum y no quiso, a la panadería a comprar sus polvorones preferidos y tampoco. Ni hablar de continuar con mis diarios, con eso no quería saber nada. Sólo parecía empatizar con Oscar, que se paseaba por encima de ella sin parar, frotándose en sus piernas y recostándose en su pecho. Ella se dejaba, los dos se dejaban. Yo miraba la escena como quien mira una buena obra de teatro. Los chicos y los animales se parecen, pensé. Mientras tanto, no me movía del teléfono esperando la confirmación de que todo había salido bien y que Pedro ya estaba entre nosotros. Me recordó al nacimiento de Elisa. Era verano, La Plata estaba húmeda y el asfalto levantaba un calor desértico. Ella iba a ser la primera niña de la familia después de mucho tiempo. Estábamos todos muy ansiosos. La cara de su papá cuando salió de la sala de parto con la cofia y el guardapolvo para mostrárnosla no me la olvidaré jamás.

Se hizo la hora de cenar, ya habíamos recibido el mensaje de que todo estaba bien. Pedro había pesado 3,700kg y medía 55 cm. Era colorado como su papá y aparentaba tener ojos verdes, me relajé y agradecí. Le pregunté a Elisa qué quería comer y me dijo que su comida preferida.

—¿Cuál es tu comida preferida? le pregunté.

—Ay Angelita, cómo no te vas a acordar. Fideitos con salsa blanca—me dijo revoleando los ojos para arriba.

—Bueno, bueno. Perdón ¡eh!

Llamé a Elisa a cenar y no me respondió, volví a llamarla y tampoco. Cuando subí a mi habitación a ver qué pasaba, ya un poco preocupada, la vi dormida como un tronco con uno de esos canales que miraba ella de fondo. Le saqué las zapatillas y el short, le di un beso en la frente, la tapé y bajé. Comí un poco de esos fideos, los dejé porque la maicena me hinchaba horrores, se los di a Oscar que los terminó con gusto. Lavé, dejé todo organizado y subí a acostarme con ella, yo también había tenido un día agotador. Oscar se acostó entre nosotras. Dormimos toda la noche.

Era de noche, estaba sola, tomé mi libro de cabecera y me acomodé los almohadones para leer un rato. Sin darme cuenta me quedé dormida. Llamaron a la puerta, sobresaltada me incorporé, dejé la cama y pregunté ¿Quién es? Todo estaba en silencio, no había nadie. Fui a ver a mis hijos que en ese momento dormían juntos en una habitación. De repente vi a mi madre parada en la puerta con una bebé en brazos. Un frío acompañado de transpiración recorrió mi cuerpo. En ese momento llegó Ricardo. Me preguntó qué me pasaba, lo abracé muy fuerte y lloré sin consuelo, le conté lo que acababa de vivir. Él llevó sus brazos a mi cintura y me apretó contra su cuerpo. Nos acostamos y me acurruqué bajo sus brazos, aún llorando pedía por mi mamá. Elisa me despertó por la mañana sacudiendo mis pies y susurrando mi nombre. Pegué un salto, asustada, y me incorporé. Ella ya estaba cambiada. Yo tenía lágrimas secas pegadas en los ojos y una sensación de extrañeza en el cuerpo. Me puse una bata.

Bajamos juntas y le preparé el desayuno, un café cortado con masitas para cada una. Cuando entró un poco más en confianza y nos pusimos a charlar, le comenté que ese día ya podíamos ir a conocer a su nuevo hermano. Dudó, balanceó la cabeza sin poder darme una respuesta concreta. Le volví a preguntar y le conté que capaz Pedro le había traído algún regalito. Eso cambió todo el panorama. Se le iluminaron los ojos y me dijo que mejor sí quería ir. Tenía que averiguar el horario de visita y verificar que la habitación no estuviera llena de gente, para no molestar a Celeste. Llamé a mi nieto, me dijo que el horario era de 17 a 19hs pero que no me preocupara porque no había controles, que fuéramos cuando quisiéramos.

Elisa sostuvo mi brazo y me ayudó a bajar del taxi. Entramos en el hospital y sin anunciarnos fuimos al ascensor. Una señora amagó a tocar el botón del piso dos, pero antes que lo hiciera Eli me codeó haciéndome una mueca de súplica: quería apretarlo ella. Le pregunté a la mujer si la dejaba y sonriendo dijo que sí.

El ascensor se detuvo en el piso cuatro: neonatología. Abrí la reja para bajar y un aire caliente me hizo transpirar, desajusté mi pañuelo y me abaniqué. Elisa me apuró. Sin llamar demasiado la atención de los médicos llegamos a la puerta de la habitación. Estaba a punto de golpear para pasar cuando Elisa detuvo mi brazo. Con los ojos llenos de lágrimas me dijo que no quería entrar, que mejor volviéramos a casa. Le dije que tarde o temprano tenía que conocer a su hermanito y que claro que todo iba a cambiar pero que no tenía que preocuparse, porque si algo se mantendría intacto sería el cariño que todos sentíamos por ella. Me sonrió. Diego nos escuchó y abrió con Pedro en brazos, se agachó para que Elisa lo viera bien. Ella se acercó y le acarició el cachete, le puso el chupete y él lloró desesperado. Me miró con cara de preocupación y fue a abrazar a su mamá. Se quedó acostada a su lado mientras el papá intentaba calmar al bebé. Algo de ese llanto me inquietó, el calor volvió a mí. Me retiré de la sala y fui al dispenser a buscar un vaso de agua. Me quedé unos minutos esperando que el escalofrío se fuera de mi cuerpo y volví a la pieza. Diego me ofreció sostener a Pedro pero yo le dije que no, que era mejor que sintiera olores conocidos. Elisa preguntó si podía tenerlo. Se sentó en la cama del acompañante y el papá con cuidado lo apoyó sobre sus brazos. Por fin estaba dormido. Ella lo miró fijo un rato y con cara de desagrado dijo que era muy feo, que estaba todo rojo y que la nariz era enorme. La mamá le explicó que era porque acababa de salir de su panza y que estaba hinchado. Yo me acerqué y le acaricié el pelo, pasé mi dedo índice por la naricita a ver si respiraba. Elisa se quejó porque la cabeza del bebé la hacía transpirar, Diego se acercó, lo levantó y lo puso en la cuna.

Llamaron a la puerta, eran los abuelos. Entraron a la habitación y como ya éramos muchos, le sugerí a Eli volver a casa, su cara de pánico me daba la razón. Saludamos a todos y salimos a la calle a parar algún taxi.

Cuando llegamos a casa Oscar vino a saludarnos, Eli se sentó en el piso y se quedó un rato acariciándolo. Cuando se aburrió, se acercó a la cocina y me dijo que le había mentido. ¿Con qué te mentí, querida? vos sabés que yo no miento nunca. Ella me miró seria y me dijo que yo le había prometido que Pedro iba a traerle un regalo pero que no le dio nada. Ahhhh ¡pero no te preocupes! seguro se olvidó, la próxima que lo veas estoy segura que te lo va a dar. Me miró, levantó los hombros y volvió a jugar con el gato. Le dije que venga, que ya estaba la merienda hecha.

Nos sentamos en la mesa y le pregunté si quería seguir con los diarios. No me respondió, se levantó y se fue. Enseguida volvió y los apoyó en la mesa.

—Angelita, quiero que me cuentes más del barco en el que llegó tus familia al país—Me dijo abriendo los ojos como dos monedas.

Yo le dije que sí, que con gusto empezábamos por ahí. Me puse los anteojos, prendí la lámpara de pie y Oscar se acomodó en mi falda. Bueno, lo que te conté el otro día fue un pantallazo. Vamos a profundizar.

Francisca decidió abandonar su país un día de mucho calor, la luz del sol pegaba sobre los cuerpos que hacían filas para subir al transatlántico. Algunos sin boletos intentaban escabullirse entre la gente, otros de clases sociales altas se iban de viaje, otros buscaban intercambios comerciales. Francisca y su hijo, esperanzados, se abrazaban y anhelaban el momento de pisar tierra firme y encontrarse con su marido y papá.

Se subieron a un barco alemán que zarpaba por primera vez ese día, era el SMS Gneisenau, un velero de tres mástiles complementado con propulsión a vapor que llevaba carga y pasajeros.

—Angelita, ¿no me habías dicho que Francisca viajaba con dos hijos?

Había metido la pata y no tenía manera de remontar la situación. De todas maneras decidí continuar. Los días a bordo no habían sido fáciles, como te comenté el otro día, los pasajeros con destino a la tierra prometida que iban en la bodega no contaban con las mejores condiciones. Así fue que Pascual no llegó a pisar tierra firme. Estaba muy débil por la falta de comida y de luz solar,

no resistió. La fiebre subía y no había manera de controlarla. Francisca se la pasó a su lado durante una semana entera, poniendo paños en su frente con el agua que los demás pasajeros le juntaban, rezando, llorando, sujetando su manito, abrazándolo. Fue en vano. Lo despidieron con una breve ceremonia y un profundo dolor.

—¿Y qué hicieron con el nene?

Le expliqué que al cuerpo lo tiraron al mar, no podían tenerlo a bordo porque iba a descomponerse. En el agua iba a ser libre. La miré y le pregunté si quería que siguiera, sin decir una palabra agitó la cabeza para arriba y para abajo.

Cuando empezaron a acercarse a las costas de Buenos Aires era un día nublado, blanco y con niebla. Les permitieron subir a la cubierta a mirar pero el reflejo era tanto que no podían abrir los ojos. Se desilusionaron al ver el agua marrón y empantanada por la que el barco estaba navegando. Los marineros no paraban de ir y venir gritando cosas, José se asustó y se aferró a la pierna de Francisca, ella lo abrazó. A medida que se fueron acercando, empezaron a ver con más nitidez: veleros alrededor, torres de unos pocos pisos, los campanarios de alguna iglesia, pero lo que sobresalía era un edificio blanco semicircular con un largo muelle que se extendía sobre el río y un faro en el centro. Era la aduana. Mientras se pusieron en fila para comenzar el desembarco, hicieron un paneo del lugar, Francisca se imaginó el ritmo de esa ciudad y se asustó. Desde su lugar veía en la costa cómo se mezclaban los carros con los nuevos coches, carruajes sin caballos que parecían triciclos. ¿Te los imaginas, Eli? Después buscamos alguna foto si querés. Bueno como te decía, Francisca y José comenzaron a observar el lugar, además de esos autos, también vieron mujeres con vestidos blancos y tablas de madera que, con grandes bolsas en la cabeza, iban bajando a lavar la ropa al río. Sí, así como lo escuchás, no había lavarropas. Desde el principio de la fila les pegaron un grito y empezaron a avanzar. Algunos iban lento porque estaban débiles, otros más apurados por bajar los insultaban y empujaban. El sol comenzaba a esconderse y los barcos a encender sus faroles. El río parecía repleto de bichitos de luz. Cada vez faltaba menos, mientras tanto, los marineros descargaban el equipaje y lo subían arriba de botes para poder desembarcarlos en la costa. Llegó su turno, Francisca sostuvo a José con una mano y con la otra la bolsa con ropa y bajó a la orilla del río, el agua le llegaba a las rodillas. A las personas de mucha plata las esperaban carruajes de

ruedas enormes capaces de andar por las pocas profundidades de esa parte, ellos no tuvieron esa suerte. Como pudo, Francisca se sostuvo el ruedo del vestido y le hizo un nudo para que no lo salpicara el agua marrón. Llegaron a la aduana y después de unas horas fue el reencuentro, ¿te acordás que te conté esa parte el otro día? Elisa dijo que sí, estaba escuchando muy atenta. Tan atenta que olvidó tomar el café. Me levanté a calentarlo en el microondas y ella se quedó en silencio, quieta. Volví y seguía en la misma posición. Le acerqué la taza. Tomaba un sorbo, me miraba de reojo y apoyaba la taza, así estuvimos un rato. Después de unos minutos en los que yo ya había notado su preocupación, me preguntó de nuevo por Pascual. Yo le expliqué que nada es para siempre, ni la felicidad, ni la tristeza, ni los juguetes, ni el trabajo, ni la vida y que todos nos vamos cuando nos tenemos que ir. Ya era hora de detener el relato. Podemos jugar un juego de mesa, ¿querés? ¿Cuál preferís, el Carrera de mentes o el dominó? hoy te dejo elegir a vos.

Elisa eligió el carrera de mentes. Limpié la mesa con su ayuda, y extendimos el tablero. Ella siempre elegía el color celeste y yo el naranja, pero esa vez decidió usar el mío. Tomá, tiremos el dado a ver quién arranca. Eli sacó un tres yo un cinco así que empecé, volví a tirar tres veces: cuatro, cinco y cuatro.

Cuatrocientos cincuenta y cuatro. Avancé hasta el casillero correspondiente, caí en el rosa con estrella, mi preferido, arte y entretenimiento. Eli leeme, a ver. Ella abrió el cuaderno y fue al número de la pregunta: ¿En qué serie de tv aparecía un león bizco? Me mataste le dije, a ver, leeme las opciones. Me miró fijo y me dijo Mirá que no te ganas la estrellita eh. No, ya sé pero leeme igual. a) Tarzán
b) Datkari

c) La isla de la fantasía.

Era la primera vez que no tenía noción de la respuesta, y eso que me las sabía casi de memoria, hice ta te ti en mi cabeza y dije la A. Me miró arrugando la boca para un costado y agitando su dedo en mi cara me dijo No, te confundiste era la B. Bueno bueno eh! no te agrandes chacarita, a ver, tirá vos. Agarró el dado y tiró las tres veces: dos, cinco y uno. Doscientos cincuenta y uno. Avanzó hasta su casillero, naranja sin estrella: cambalache. Agarré el cuaderno y le leí: ¿A qué actor italiano Chunchuna Villafañe le ofrecía una *Sylvapen* automática en una propaganda? Uh con esta te maté, fue muchísimo antes de que vos nacieras. Te leo las opciones, ¿querés? Estaba por comenzar a leerlas y sonó el timbre. Era Silvina que venía a buscar a Eli para llevársela unos días con ella,

me había estado llamando. La atendí por el portero y me preguntó para qué tenía un teléfono si no lo contestaba nunca, que un día me iba a pasar algo y nadie se iba a enterar. No le di bola y volví a Elisa: Zafaste eh! andá a agarrar todo así no se pone más nerviosa, la próxima seguimos. Le di un beso en la frente y ella besó a Oscar, la acompañé a la puerta y saludé con la mano, no quería enrollarme.

10

Cada vez que alguien se iba, el silencio y el vacío se apoderaban del espacio, y yo, en esta casa fantasma, quedaba a la espera de algún sonido que me descolocara, un ruido, un golpe contra el piso. Los días pasaron, el fin de semana nos habíamos reunido en lo de Diego y Celeste con toda la familia para la presentación formal de Pedro. Antes de que Silvina pasara a buscarme, le prendí una velita a Ricardo, él siempre repetía que quería conocer a sus bisnietos. Llegamos a la casa y Eli vino corriendo a saludar, Despacio le gritó su mamá, con cuidado. No te preocupes le dije yo, no me hagan sentir más vieja de lo que ya soy.

Diego se acercó, sostuvo mi mano y me condujo hasta un sillón en el patio, bajo una sombrilla. Angelita, tenemos una sorpresa para vos, me dijo. Todos se sentaron a mi alrededor, Diego se acercó y extendió su mano. ¿Qué es esto? ¿Qué me das? lo agarré, era el DNI de Pedro. Lo abrí: Pedro Ricardo Malvau, en honor a mi marido. Se me llenaron los ojos de lágrimas, no me salían las palabras del nudo que tenía en la garganta. Cuando me di cuenta que todos se estaban emocionando decidí cortar el momento empalagoso, Bueno bueno eh ya está, vamos a almorzar. Entré a la cocina para ayudar a preparar la mesa y estaba Celeste sentada dándole la teta al bebé. Me acerqué, le sostuve la mano, la abracé y le dije gracias al oído. Me di vuelta para volver al patio, agarré mi nécessaire de manualidades y me senté debajo de un árbol, alejada de todos. Comencé a tejer un chalequito para Pedro. Vi a mis sobrinas acercarse, apoyé las cosas en mi falda y me hice la dormida. Elisa también se acercó pero a ella le guiñé el ojo.

Simular dormir no fue fácil, los párpados se movían intentando abrirse, el brazo se acalabraba y me comenzaba a doler y la mueca de risa se me escapaba cada vez que las escuchaba hablar. Pero toda esa situación era mejor que estar despierta.

Me despertaron mis nietos gritando mi nombre y sujetándome el brazo creyendo que estaba muerta. A veces pienso que lo desean.

Llegó la hora de irnos y como siempre la discusión de quién me llevaba a mi casa. Que Carmen no porque se desviaba, que Nicolás iba para el otro lado.

Siempre terminaban apuntando a Diego a pesar de que estábamos en su casa y que tenía que sacar el auto del garage.

11

Entré, apoyé las llaves y la cartera en el recibidor y colgué el saquito en el perchero. Me extrañó que Oscar no se acercara a saludar. Me fijé abajo de la mesa, no estaba. Sacudí su plato de comida y tampoco se acercó. Como última opción, salí a la vereda y grité su nombre. Un vecino del edificio de al lado también se llamaba así y salió a la ventana a preguntar qué pasaba. Nada, querido es mi gato, le grité.

Me resigné en la búsqueda porque supuse que era una de sus escapadas románticas. Me senté en el sillón a terminar el chalequito y empecé a escuchar los grititos de un bebé. Creí que era el hijo de mi vecina pero ya estaba grande para esa agudeza, además los oía muy cerca, tenía los audífonos puestos. Apoyé el tejido en la mesa ratona y empecé a caminar por la casa, jugando a una especie de frío/caliente buscando de dónde venía el sonido. Fui hasta el baño y frío frío, fui a la cocina y más frío aún, empecé a subir la escalera y empezó a entibiarse, entré a mi pieza y ya estaba muy caliente. Me fijé debajo de la cama, me alejé del sonido. Abajo de la mesita de luz, tampoco. Abrí el placard, empecé a mover la ropa colgada de un lado para el otro, lo sentía muy cerca pero no veía nada. Cuando estaba por cerrarlo, bajé la vista y vi a Oscar con seis gatitos tomando la teta. Resulta que Oscar era mujer y había sido mamá. Yo

nunca me lo había cuestionado, me lo regalaron y me indicaron que ya estaba vacunado, desparasitado y castrado. Como pude me agaché e intenté sacar los zapatos que estaban cubiertos de líquido y sangre, agarré frazadas viejas y las puse a su alrededor para que tuvieran más comodidad. No quise molestar a la gata, parecía estresada. Pero no tanto como yo con la novedad. Llevé los zapatos al lavadero. Subí a la habitación, la gata estaba a la defensiva y no me dejaba acercarme, tampoco limpiar ni cambiarla de lugar, la dejé ahí. Me preparé un té de tilo para relajarme, pensar en el desastre que había quedado en la habitación me sacaba de quicio. Tiré el té en la bacha y me prendí un pucho, tres puchos, cuatro puchos. Decidí pasar la noche en el cuarto que era de mi hijo para no incomodarla y dormir bien. Dos partos en una semana, qué lo parió, mañana le voy a ir a jugar ¿Existirá un número para el parto?

Me desperté a la madrugada con los chillidos de los hijos de Oscar. Me puse las pantuflas, prendí la luz del baño y los vi desparramados por toda la planta alta, ciegos, arrastrándose buscando dónde succionar un poco de leche y encontrar calor. Oscar no estaba por ninguna parte. Los junté envueltos en toallas para que no tomaran mi olor, los acomodé en el mismo lugar donde dios los trajo al mundo y cerré la puerta para no escuchar el griterío. Un chiquero era más limpio que ese placard. Dios me guarde y se olvide dónde, pensé.

12

Había programado el viejo despertador de mi hijo para las ocho de la mañana. Como si aún hubiese sido de madrugada, extendí mi brazo y lo apagué perdiendo la noción del tiempo. A las diez sonó el timbre. Me puse lo primero que encontré y bajé a gritarles que me dieran unos minutos, que ya abría. Era Elisa, había olvidado que esa mañana me tocaba cuidarla. Volví para vestirme acorde a la situación y chequear que los bebés estuvieran bien, al abrir la puerta de mi habitación vi a todos los gatitos muertos sobre el piso. No entendía qué había pasado hasta que me di cuenta que Oscar había salido del cuarto la noche anterior y que yo había cerrado la puerta para no escuchar los ruidos. Muertos por inanición siendo unas criaturas tan chiquititas, se me heló el cuerpo. Con la mano aún en el picaporte me sentí inmóvil. Mi nieto gritaba mi nombre

asustado por mi tardanza pero nada de mí respondía. El bastón que sujetaba con mi mano derecha cayó al piso haciendo un ruido fuerte. Diego entró a verificar que estuviera todo bien, tenía un juego de llaves. Escuché cómo abrió la puerta, subió rápido las escaleras, me sostuvo de los hombros y pronunció mi nombre varias veces, mi cerebro no reaccionaba. Me agarró con más firmeza y me sentó en la cama, me dejó ahí mientras bajó a buscar un vaso de agua. Cuando volvió a sentarse a mi lado ya estaba volviendo a ser yo. Me preguntó qué había pasado y yo que nada, que mejor prefería estar sola, que me disculpara. Él insistió en quedarse a ayudarme pero yo me puse firme y no le quedó más que respetar mi decisión. Lo acompañé al auto, le tiré un beso a Elisa y le dije que si me recuperaba la esperaba la mañana siguiente. Saludé desde la puerta hasta que los vi doblar en la esquina. Volví a casa a verificar si Oscar había vuelto, pero nada, su comida estaba intacta. Salí al patio agitando su platito y tampoco. Agarré una caja de zapatos del lavadero y subí.

Me senté en la cama y comencé a decorarla: una mantita adentro con un almohadoncito hecho de algodón, una etiqueta con los nombres de cada uno y una flor seca pegada en la tapa. Sara, Rosario, Martín, Victoria y Fabián. Así decidí nombrarlos. Los sostuve con ambas manos, los besé y los acomodé en su ataúd. Esperé unas horas la vuelta de su mamá para una despedida digna pero ella insistía en no volver. Acomodé las cajas abiertas unas al lado de las otras extendidas sobre mi cama. Qué bonitos se ven dormiditos, angelitos. Ahora sí que no hacen más ruido, ¿será esa la paz de la que tanto hablan? A ver, cuentenmé. Bajé a buscar el tocadiscos y puse un rato de música que acompañara la situación. Prendí velas de colores, las ubiqué por toda la casa. También salí a cortar ramos de flores para decorar. Deshojé una rosa y puse los pétalos en una canastita, volví a mi habitación tirándolos para arriba. Saqué a Sara de su camita, la sostuve en brazos y la acaricié moviéndome al compás del ritmo, lo mismo hice con Fabián, tarareando la letra. Busqué ropa vieja y desempolvé la máquina de coser. Mini remeritas y gorritas para cada uno, les bordé las iniciales. Los volví a dejar en su lugar. Busqué la caja de regalos que me había mandado Graciela los otros días, metí las plantitas verdes dentro de la pipa, agarré un fósforo y lo prendí. Aspiré una vez, no pasaba nada, aspiré dos, tres, cuatro veces. Cuando me quise dar cuenta la casa bailaba conmigo, a mi alrededor, los cachetes de tanto reirme los sentía acalambrados y el corazón me latía más fuerte que lo habitual. En un momento empezó a subirme un frío a la

cabeza, como si me estuviera bajando la presión. Me toqué la nunca y estaba empapada. Tomé un vaso de agua, me quedé tildada viendo cómo las partículas se movían de un lado a otro.

Agarré a Victoria y salí con ella en brazos a la vereda para ver si Oscar localizaba su olor y volvía a casa, Oscar, Oscar, mirá quién está acá, tu hijita, volvé, grité. No hubo caso. La mañana siguiente amanecí en el hospital.

13

Abrí los ojos mientras mi hijo Pico me sostenía la mano y acariciaba la frente. No zafaron de la vieja, todavía sigo viva. Nadie se rió. Me explicaron que había tenido un golpe de calor junto con un brote psicótico involutivo producido por estrés. Me hicieron los chequeos de control y no hubo de qué preocuparme más que comenzar una dieta más saludable y salir a caminar al menos veinte minutos al día. Ángela, sos Schumacher, bromeó mi nieto Diego.

Tuve que quedarme esa tarde ingresada en Ipenza para unos últimos chequeos pero a la noche ya estaba en el auto regresando a mi casa.

Mi nieto me acompañó hasta la habitación para verificar que me acostara y que comenzara con el reposo. En el trayecto insistió en ponerme una enfermera pero yo agregué que antes muerta.

Ni bien entramos en la pieza estaba intacto el ataúd de los gatitos, el hedor nos volteó. Juntó la caja y la sacó para enterrarla, mientras yo fui al baño a ponerme el camión y tomar la catarata de pastillas correspondientes a ese día. Volví a la cama y me esperaba una bandeja con la cena y una bolsa de agua caliente.

Podría acostumbrarme a esta vida.

Mi nieto hizo un pase de posta con Pico que se quedó a pasar la noche conmigo. A la mañana siguiente insistí en que se fuera. Que no se preocupara, que si me sentía mal le avisaba.

Llamé por teléfono a Graciela, le conté lo que había pasado e insistió en venir a ver cómo estaba, varias veces le dije que no era necesario pero igual se

apareció. La ridícula tenía un turbante en la cabeza de color bordó con dibujos que parecían indios, pantalones abuchonados que hacían juego y una camisa enorme, como un buda. Solo te falta raparte, le dije y nos reímos. Le comenté que había probado los yuyos que me había mandado pero que no podía recordar bien qué había pasado en toda esa tarde. Insistió en que fumáramos juntas. Al principio me negué pero eso nunca resultaba con ella. Lo prendió.

—¿Ves corazón? es así, lo prendés, inhalas y retenés unos segundos, intentá mandarlo para los pulmones, después largá el humo— me dijo haciendo la demostración.

—Ay querida, las cosas que me hacés hacer, si se enteraran mis hijos. A ver, pasameló.

—¡Pero relajate! qué se van a enterar.

Me lo dió y con sus indicaciones lo hice. Al rato estábamos bailando al compás de una música hindú que al parecer tenía entre mis discos. Ella se movía de una manera particular, un poco lento y muy sensual. Yo bien gracias que podía pararme, lo hice un poco más torpe. No me importó, sentía que estaba flotando o caminando sobre nubes. ¿Viste qué maravilla? me preguntó Graciela. Yo asentí con la cabeza y seguí con lo mío, no quería que nadie me jorobara. Después de un rato de baile, me estaba muriendo de hambre. Preparé unas tostadas con mermelada y unos cafés. Me comí cuatro.

Una semana después del incidente ya estaba regia. Oscar no había vuelto pero aún así yo no perdía las esperanzas. Mientras esperaba que se hiciera la hora de llegada de Elisa, me puse a ordenar el living: escondí la marihuana, ya podía llamarla por su nombre, sacudí los almohadones, acomodé el camino de la mesa, le puse frutas al bowl, soplé el tocadiscos y acomodé los vinilos que tenía de decoración, limpie el polvo superficial de la biblioteca y mientras hacía esto último encontré mi vieja agenda, donde escribía poesía. Qué cosa tan lejana, otra vida. Me senté a hojear.

Abril de 1941

*Estoy sentada en una mecedora mirando el parque
caen las hojas, chocan contra los vidrios de la ventana
al caer, forman una alfombra amarillenta:
¡Qué hermosa es la naturaleza!
Llega el otoño y con su llegada los recuerdos de mi infancia
Miro hacia un rincón y veo un payasito juguetón
le doy cuerda y se desliza con tanta ligereza
que me hace sentir una niña.
¡Ay, tocan el timbre! ¿quien sera?
Pongo en su lugar el payasito,
acomodo los almohadones
¿Quién llamará?
Al abrir la puerta me encuentro con mis hijos
¡mamá! ¿Qué preparaste para el té?
Adiós a mis recuerdos*

Qué lo parió, pensé. Cambian las personas pero los escenarios son siempre los mismos y la vida pasa en un suspiro. Dejé todo en su lugar y saqué la silla de aluminio a la puerta a esperar, Goyeneche empezó a sonar en mi cabeza:

*¡Cómo cambian las cosas los años!
Angustia de saber muerta ya
La ilusión y la fe
Perdón si me ves lagrimear
Los recuerdos me han hecho mal*

Elisa llegó puntual, entramos, ella dejó sus cosas y fuimos a la cocina. Nos sentamos a conversar mientras hervía el agua del té. Estaba muy preocupada con la desaparición de la gata, le expliqué que eso era normal en animales así, que seguramente volvería, y que cuando eso pasara iba a ser la primera en enterarse.

Le pedí a Eli que pusiera el mantel en la mesa del jardín, era una tarde espectacular para estar afuera. Además, me venía bien tomar un poco de vitamina D. Junté todo, incluyendo los diarios, en una bandeja de madera pintada a mano por mamá y lo saqué. Eli ya estaba sentada y lista para comenzar a escuchar.

—A ver señorita si me estaba prestando atención la última vez ¿Cómo se llamaban mis abuelos y de dónde venían?

—Mmmmmmh Francisa y Antonio y venían de Calabria—me dijo llevando la mano a su mentón y mirando al cielo.

—Muy bien diez felicitado, a ver, una más difícil, ¿sus hijos cómo se llamaban?

—José y Pascual, pero Pascual murió.

—Muy bien mi amor, ya estamos listas para seguir.

Una vez que mis abuelos se instalaron en nuestro país, en 1889 nació su primera hija argentina llamada Ana. En ese entonces vivían en el Mondongo. Era una casa de chapa verde con ventanas blancas, tenía un jardincito delantero donde cultivaban sus propios alimentos y, en el fondo, un aljibe terminado en ladrillos. Ana se la pasaba jugando con un perro callejero llamado Guille, era negro con manchitas blancas en el pecho. Después de un tiempo se encariñaron tanto que se lo terminaron quedando.

En ese momento no estaban bien las cosas, estábamos atravesando una crisis económica, de plata. La cuestión es que mi abuelo se quedó sin trabajo. Como las cosas no mejoraban y tenían una criatura que mantener, durante varios años se dedicó a lustrar zapatos. Se levantaba a las cinco de la mañana, agarraba su bicicleta negra, metía todo lo necesario en una valija y pedaleaba hasta 7 y 46, donde todavía funciona el Banco Provincia. No fue todo tan fácil, como esa zona era estratégica por la cantidad de hombres que iban a trabajar vestidos de traje, mi abuelo tuvo que pelear por el puesto. No porque tuviera que pagar por

estar, sino porque había otros dedicándose a lo mismo que no querían que nadie nuevo fuera a robar trabajo.

Él sabía que en los otros barrios no iba a ganar tanto como ahí, así que no bajó los brazos. Al otro día y con mucha simpatía, volvió. Había horneado panes saborizados con orégano y repartió dos a cada uno de los hombres que estaban presentes. Palabras van palabras vienen les contó que era inmigrante, que había perdido un hijo en el mar y que había dejado todo atrás para empezar de nuevo. Se sensibilizaron con su situación y le permitieron instalarse.

Durante sus mañanas de lustrador conoció a muchísima gente, algunos le llevaban café con medialunas, otros le llevaban ropa vieja para su hija e incluso dinero para renovar los materiales de trabajo. Su ubicación era siempre la misma, frente al banco y junto a un puesto de diarios.

¡Ay! nena, cómo se nos pasó la hora, te están por venir a buscar. Vení, entremos. Ponete las zapatillas y agarrá tu mochila.

Diego tocó timbre y Eli ya estaba lista. Me preguntó si podía volver mañana y yo encantada le dije que sí. Le prometí que iba a comprarle esos caramelos que a ella le gustaban y un jugo de naranja, para variar. Te la traigo a la misma hora abuela, me dijo Diego. Yo le dije que no tenía problema y que iba a estar en casa, pero después de las cuatro porque antes iba a la peluquería.

Me desperté al mediodía, ya se me estaba haciendo costumbre. Bien merecido lo tenía después de haber madrugado tantos años. Lo primero que hice fue ir a ver si había vuelto mi Oscar pero aún no había señales. Se me cruzó por la cabeza adoptar otro, pero ya estaba más cerca del arpa que de la guitarra. Ese día estaba de buen humor, salí al patio a cortar unas flores de jazmín chino y las puse en el florero de la mesa de la cocina, me preparé unas tostadas con un mate cocido y almorcé mirando el patio. Qué venido a menos está, pensé. El jardinero me va a cobrar una fortuna. Volví a mi habitación a vestirme, cada vez me costaba más subir esa escalera de porquería, ¿a quién se le había ocurrido poner esos escalones tan altos? Dios me libre. Voy a tener que mudarme a la

habitación de servicio si no quiero quedarme sin cadera. Me saqué ese jogging ordinario de plush que usaba todos los días y me puse un sastrero que aún conservaba de mi juventud, divino, color beige, con una camisa de raso blanca abotonada hasta arriba y unos zapatos de charol haciendo juego con el cinturón. Tenía turno a las 14 hs. Estaba lista media hora antes pero decidí salir igual porque con el tiempo que tardaba en bajar iba a terminar llegando tarde. De todas maneras quedaba a la vuelta.

—Ah bueno pero qué mona estás hoy—gritó Rosa cuando me vio cruzar la puerta.

—Ay querida no me mientas, mirá lo crecidas que tengo las raíces.

—Vení corazón, pasá, sentate que ya te toca. ¿Querés un cafecito? Hace mucho no te veía por acá, ¿qué estuviste haciendo?

—Si, por favor nena, cortado. Si supieras lo que fue mi vida estas últimas semanas, te caés de traste.

—Por suerte tenemos tiempo de sobra. Ahora me contás todo. Lo lavamos, ¿no? Rosa apiló almohadones en la butaca y me llamó. Tiré la cabeza para atrás. El chorro de agua caliente empezó a inundarme el pelo y sus manos expertas me masajearon de arriba hacia abajo, llevando agua a toda la zona. Se me puso la piel de gallina. El olor a shampoo me relajó. Con los ojos cerrados y la voz entrecortada le conté que mi bisnieta había empezado a venir seguido a casa. Que yo le leía unos diarios íntimos de cuando era joven contándole un poquito de mi historia y que la pasábamos espectacular. Ella me dijo que quería conocerla, que seguro era tan mona como yo. Le dije que un día podía llevarla, pero que sin duda ella era mucho más bonita.

— Bueno Angela, ya estamos por acá. Sentate que te hago el turbante y pasamos a la otra parte. ¿Qué te vas a hacer hoy? Lo de siempre, ¿no? Rosa hizo su trabajo mientras yo hojeé no sé cuántas revistas. Charlamos un rato más y cuando terminó me fui ligero, pasé por el kiosko y por la panadería a comprar mis polvorones preferidos. Cuando llegué a casa todavía faltaba media hora para que viniera Elisa así que acomodé todo tranquila.

Ese día no tenía hambre, ni siquiera para comer golosinas. Estaba fresco y nublado. El olor a lluvia nos invitó a quedarnos adentro. Yo sí tenía hambre, así que me preparé un té y empecé a comer mis polvorones.

Retomé la historia.

Después de un par de meses trabajando frente al Banco Provincia y de conocer a muchas personas, Antonio se hizo amigo de un hombre llamado Pepe Podestá, que iba regularmente a lustrar sus zapatos. Pepe le comentó a mi abuelo que estaban por abrir un teatro y que necesitaban peones para que trabajaran allí, si le interesaba el puesto. Él enseguida dijo que sí, que era un honor. Así fue como dejó la calle para comenzar en el Coliseo Podestá ¿Te acordás cuál es? Ahí vimos Alicia en el País de las Maravillas y a Pipo Pescador. ¿Te suena la palabra “cocoliche”? La originó Antonio. Después de un tiempo trabajando como peón y de mezclarse entre los actores de la compañía había aprendido algunas cosas de actuación. Un día, Pepe le preguntó si quería participar en una de sus obras, faltaba un actor y muy poco tiempo para estrenar. Él sin dudarlo le dijo que sí. Era una obra de género absurdo, hacía de payaso. Antonio salía a escena con ropa muy colorida, a caballito de una persona disfrazada de vaca que daba saltitos, era tan chistoso que el público a carcajadas lo aclamaba gritando cocoliche! cocoliche! queriendo decir Cuculicchio, su apellido. La miré a Elisa y se estaba riendo. Me preguntó si había llegado a ser famoso y yo le conté que no, que se dedicó un tiempo a la actuación pero después volvió a su trabajo regular de peón. Era divertido pero le sacaba mucho tiempo y quería también estar en su casa y disfrutar de sus hijos, para ese momento ya tenía varios. En 1897 nació mi mamá, Celestina.

—¿Vamos bien, querida?— le pregunté.

Se le había transformado la cara. Me dijo que no, que le dolía un poquito la panza. Le dije que se acostara en el sillón flexionando las piernas y haciendo presión sobre su estómago. Se quedó en esa postura un buen rato pero no se pasaba. Le serví un vaso de seven-up batida, no hubo caso. Después de una hora preferí llamar a sus papás para que la fueran a buscar, a ver si todavía era algo grave. A los quince minutos estaba Diego en mi casa. La agarró a upa y la subió al auto. Le dije que cualquier cosa me avisara y él que sí, que me quedara tranquila. Seguro no era más que un empacho.

Al rato sonó el teléfono, era mi nieto para avisarme que estaban yendo al hospital, los retortijones eran cada vez más fuertes. Quería preguntarme si había comido algo en casa que pudiera haberle caído mal, yo le expliqué que no,

que esa tarde no quiso comer nada. Le pedí por favor que me mantuviera al tanto y colgué. Estaba tan impaciente y preocupada que amagué a salir a dar una vuelta manzana para tomar aire y bajar la ansiedad. Crucé la puerta pero me latía tan fuerte el corazón que no pude seguir, volví a donde estaba y esperé, mirando de reojo el reloj de la pared del living y golpeteando el piso con mi pierna derecha. La casa empezaba a oscurecerse pero no podía moverme a prender la luz, Sonó el teléfono, me sobresalté. Era apendicitis. Ya está operada, abuela. Salió todo bien. Unos días más de reposo y listo, me dijo. Mi respiración se regularizó. Pero será de dios, qué susto que me hicieron pegar. Tenía la panza revuelta de tanta azúcar así que esa noche no cené, además todavía era un nudo de nervios.

16

Levantarme tarde me generaba culpa y madrugar vacío. No quería ver a mis amigas ni tampoco a mi familia. Elisa aún se recuperaba. Para salir a caminar hacía mucho frío y Oscar que todavía no volvía.

Una de esas tardes me decidí a llamar al jardinero, Gabriel, buenmozo, morocho, esbelto. Vino durante cuatro días seguidos. Se dejó estar, doña, me dijo la primera vez. Durante el tiempo que duró su trabajo nos la pasamos charlando. Él llegaba y yo sacaba la sillita al patio con una manta que me ponía por encima de las rodillas, preparaba el mate con unas galletitas dulces y le cebaba mientras cortaba el pasto, talaba las ramas y regaba las flores. De vez en cuando nos fumábamos algún que otro cigarrillo. Estaba casado hacía dos años y tenía una bebe de tres meses, también se llamaba Ángela. Era de La Plata. Cuando la conversación se acabó, más por él que por mí, agarré mis cuadernos y me puse a hojearlos. No me venía mal refrescar mi memoria olvidadiza.

Me bautizaron el 30 de mayo de 1916 en la iglesia Nuestra Señora del Carmen. Crecí junto a mis tíos solteros. Fui el chiche de la casa, según decían era una hermosa beba de ojos celestes y muy rubia.

Cuando tenía dos años me explicaron qué eran los reyes magos y que se llamaban Melchor, Gaspar y el negro Baltazar.

Por la noche me ayudaban a poner los zapatos, un poco de pastito y un recipiente con agua para los camellos que venían de muy lejos, tenían hambre y sed. Al otro día despertaba temprano, iba ansiosa a ver que me dejaron, encontré una muñeca que decía mamá. No había pastito y tampoco agua.

Cuando llegaba papá de su trabajo, me gustaba ir con él a la quinta, correr por el sembrado, tocar las verduras y las frutas.

Fui una niña muy feliz, me brindaron mucho amor. Aprendí a querer a los que me rodeaban. Fui creciendo rodeada de amiguitas y amiguitos, jugábamos a todos los juegos infantiles, siempre en armonía, pero de vez en cuando teníamos alguna diferencia que era pasajera.

Llegó la edad escolar, el primer grado lo cursé en la escuela N°5.

Papá trabajaba en el frigorífico Swift, tenía un alto cargo. Pero en 1922 decidió renunciar para dedicarse al comercio, formó una sociedad con mi tío.

En 1923 nos mudamos. La casa era grande, con un gran salón, por lo tanto pusieron almacén, ferretería y casa de comidas. El dueño era don Pedro D'Alessandro, papá la tomó en alquiler.

Mamá se encargaba de la cocina y de controlar la mercadería.

Por el cambio de domicilio, me cambié a la escuela N°15, ahí cursé hasta 6° grado.

En el año 1924 llega al barrio Don Francisco Peña y su familia, Maria Magdalena la esposa y sus dos hijas Chila y Porota. Chila y yo teníamos la misma edad. Cursamos todos los grados juntas, fuimos amigas inseparables, para mí era la hermana que no tuve. A los doce años nuestras madres nos mandaron a aprender corte y confección en lo de la señora de carrasco, la pasabamos muy bien.

En todo ese interín, papá compró un auto, porque verdaderamente necesitaba un medio de locomoción, para realizar trámites bancarios, reparto de mercadería etc.

Cuando logré convencer a mi papá de que quería aprender a manejar, me llevó al bosque y comencé mis primeras lecciones. Tal era el entusiasmo que no me

costó mucho. Pasado el tiempo vendió el Ford y compró un Nast de cuatro puertas. El manejo era diferente, tenía palanca en el piso, los cambios eran distintos, la industria automotriz iba progresando. A los quince años tuve el registro de conductora gracias a un señor cuyo nombre era Jacinto, empleado en la municipalidad, con él aprobé el examen y me hicieron figurar que tenía 18.

Señora ya casi estamos acá eh, me interrumpió Gabriel. Enseguida dejé todo a un costado, le pagué y le abrí. Me aclaró que ya faltaba muy poco, que al otro día probablemente terminaba. Yo le dije que lo iba a esperar con un budín de naranja.

17

Gabriel llegó quince minutos tarde, me contó que la beba había estado con cólicos y que no pudo pegar un ojo en toda la noche. Yo le sugerí la técnica de las rodillas en la panza y, además, que se fijara si no estaba ojeada, una cintita roja en la muñeca nunca estaba de más.

Ese mismo día por la mañana había hablado por teléfono con Elisa, me contó que ya estaba mucho mejor. Que cenar puré le encantaba. Extrañaba un poco a sus amigas del cole, pero no tanto hacer la tarea. A veces Pedro de tanto llorar no la dejaba dormir y sus papás se olvidaban de darle los remedios, tenía que recordarlo ella. Cuando se despertaba, Diego ya se había ido a trabajar y su mamá estaba muy ocupada con el bebé. A veces estaba Laura, la chica que limpiaba, pero no le prestaba demasiada atención, decía que no le pagaban para cuidar nenes. Aún así, a Elisa le gustaba seguirla por la casa, mirar cómo trabajaba y hacerle preguntas sobre su vida personal que muchas veces no contestaba.

Le conté que había estado repasando los diarios, adelantándome un poquito para refrescar mi memoria y que ya estaba ansiosa por recibirla de nuevo, por suerte faltaba poco. Colgué el teléfono, preparé todo y salí.

En la diagonal 79 y 1 la cervecería Quilmes tenía un depósito, cierto día papá se entera que ese predio se vendía y compró toda la esquina. Allí se edificó y solamente el restaurante se llamó: “La linterna de Génova” ¿Por qué?

Mi papá creció y se educó en ese lugar, cursó hasta 3° año de ingeniería, tenía mucha habilidad, era muy inteligente y con sus propias manos construyó dicha linterna, igualita a la de Génova, llamaba la atención, giraba y alumbraba el espacio (era un faro).

Los ojos se me desviaron desde el papel hacia un punto fijo, tildada me quedé mirando cómo el viento movía la parra y chocaba contra la ventana. En ese momento, una rama se movió hacia abajo por el peso de Oscar, que resurgió entre los muertos e hizo su vuelta triunfal como si nada. Salté de la silla y me acerqué, estaba lastimada y muy flaca. Le di comida y agua. Los días anteriores había leído en una enciclopedia sobre el estrés postparto de los felinos, lo que probablemente hizo que se fuera. La verdad, no la culpo. Cuántas veces he tenido ganas de dejar todo como estaba e irme a la mierda. Después de comer, la vi correr desesperada por la casa, probablemente buscaba sus bebés. Me partió el corazón, de nuevo. Se la presenté a Gabriel, enseguida la acarició. Ella, mimosa, se frotó entre sus piernas y, como una ofrenda, se tiró en el suelo a contorsionarse frente a él.

El jardín quedó hecho una pinturita. Con Gabriel quedamos en seguir en contacto.

Seguí leyendo un ratito más. Ya no necesitaba la manta, Oscar se había acomodado en su lugar.

A los 15 años me enamoré de un chico llamado Carlos, él tenía 17, crecimos juntos. Pero los dos cuando nos encontrábamos sentíamos algo diferente, otro sentimiento nos atraía, era mayor que la amistad, el amor golpeó en nuestros corazones.

Cuando mis padres se enteraron, me prohibieron verlo. Ellos creyeron que así había terminado nuestra relación, pero lo cierto es que durante muchos años más, nos vimos a escondidas, incluso cuando conocí a quien me acompañó durante toda mi vida. Carlos siempre me amó.

Solté el papel, me saqué los anteojos. Carlos, pensé. Siempre aparecía cuando menos lo esperaba. Busqué en el escritorio la carta que me había enviado hacía unos meses, la encontré. La apoyé sobre mi corazón y suspire.

Marqué el número que me había dejado anotado, escuché el tono, colgué. Marqué de nuevo, dejé que sonara un rato más y volví a colgar. No sabía qué decir, no sabía cómo presentarme ni de qué manera saludar. Quizás era un error, quizás me había demorado tanto en responder su carta que ya no quería saber nada de mí y tenía razón, me lo merecía. Inspiré, exhalé y me decidí a llamar.

18

Abrí el placard, saqué perchas y perchas de ropa buscando qué ponerme. No tenía tiempo para probarme todo, así que las apoyé por encima y miré cómo me quedaban frente al espejo. Nada me gustaba.

Oscar me miraba fijo.

Resignada en la búsqueda, me decidí por el conjunto que usé para ir a la peluquería, me acomodé el pelo y me maquillé, un poquito de rubor en los pómulos y rouge bordó. Llamé a un taxi y enseguida salí a la vereda. Mientras lo esperaba, me di cuenta que me faltaba la cartera, entré, no la encontraba por ningún lado. La bocina del taxi que no paraba de sonar me hizo querer abandonar. Estaba saliendo a decirle que se fuera cuando la vi colgada en el perchero. Hasta 7 y 49 le dije. El cielo estaba nublado, parecía que se caía y yo sin paraguas.

No sabía de qué manera iba a reaccionar al verlo, lo cierto es que todo ese tiempo había estado presente como la voz de mi consciencia, todos los días. La costumbre hizo que no fuera difícil callar su recuerdo, pero, mal que me pesara, siempre estuvo ahí.

Sin pensarlo demasiado atravesé las puertas del café, miré a los costados.

Empecé a caminar, y escuché mi nombre. Me di vuelta y lo vi, sentado en el fondo, con un traje marrón y una boina haciendo juego. Estaba pelado y las manos le temblaban, besó la mía y me arrimó a la mesa. Su perfume intenso y masculino nos rodeó. Ya no estaba nerviosa.

Le conté de mis hijos, de mis nietos y de mis bisnietos. Él me contó que tuvo muchos amores pasajeros pero que nunca volvió a enamorarse. Cuando salía a caminar siempre imaginaba encontrarme y cómo sería ese encuentro, si nos abrazaríamos, si nos besaríamos. Después de jubilarse se mudó al campo y ahí vivía, estaba pensando volver a la ciudad porque ya estaba muy grande y no podía manejar como antes, además, si algo le pasaba allá nadie se enteraría. Nos miramos en silencio un buen rato. De golpe agarró su bastón y se levantó, lo miré alejarse hasta un escenario. Me enternecí al verlo subir tan lento los escalones. Un mozo se acercó y le pidió amablemente al oído que bajara, que no estaba abierto al público. Él sacudió la mano, chistó y subió igual. Sentí vergüenza. Había olvidado que cantaba. Entonó a cacho.

Humedad, llovizna y frío

Mi aliento empaña el vidrio azul del viejo bar

No me pregunten si hace mucho que la espero

Un café que ya está frío y hace varios ceniceros

Aunque sé que nunca llega

Siempre que llueve voy corriendo hasta el café

Y solo cuento con la compañía de un gato

Que al cordón de mis zapatos me destroza con placer

Nadie aplaudió, ni siquiera lo escucharon. El mozo que se había quedado parado en la escalera, complaciendo su capricho, volvió a acercarse y reiteró el pedido de retirada. El murmullo de fondo era constante. Mi corazón latía fuerte, lo sentía en el pecho.

Bajó, sostuvo mi mano y me preguntó si podía besarme. Le dije que sí. Vi su boca seca y con saliva pegada en las comisuras acercarse a la mía mientras rodeaba mi cintura con sus brazos. El beso duró unos segundos y fue estático.

Me acompañó a la vereda a parar un taxi. Mientras caminábamos me preguntó por qué no lo había elegido a él, si lo que sentíamos era tan fuerte y verdadero. Le dije que se dejara de pavadas, que era chica y no sabía bien qué hacía. Había

hecho lo que podía y no me arrepentía, ya no estaba para reproches ni para hacerme mala sangre. Paró un taxi, abrió la puerta y yo subí, *esta vez no desaparezcás*, me dijo y no respondí. El auto arrancó. Se me había pegado la canción. *Eternamente te agradezco las poesías que la escuela de tus noches le enseñaron a mis días.*

Jueves 5 de febrero de 1930

A los veinte años conocí a un joven que no era de esta ciudad. Al fallecer su mamá en el año 1931 en Tornquist, decidió probar suerte en La Plata. Era un hombre alto, buen mozo, muy amable, a pesar de mi otro amor, me sedujo su manera de ser y expresarse, me llevaba 12 años, estaba fascinada, su nombre era Ricardo. Mis padres también se negaban a esta relación por la diferencia de edad, pero como no hice con la otra, con esta me propuse defenderla.

19

A pesar del desagrado, el beso quedó resonando en mi boca. Había algo del recuerdo adolescente que me seguía atrayendo o quizás la sensación de sentirme deseada a esa altura de mi vida. No tuve el coraje para llamarlo, pero lo pensé todos los días. ¿Y si se había arrepentido? ¿y si no me atendía? Ya no estaba para tomar riesgos, a esta altura, ¿para qué?

Llamé a Graciela para contarle, hubiera preferido llamar a Luisa, pero ya estaba muerta. Ella era una de las pocas amigas que me quedaban. Un par de años atrás nos juntábamos a almorzar una vez por mes con las chicas del secundario pero tuvimos que dejar de hacerlo porque solo quedamos tres.

—¿Y si le invitás unas hervitas para descontracturar?

—Ay querida, ¡la boca se te haga a un lado! eso queda entre vos y yo.

—Te estaba jorobando, Ángela. Por supuesto.

Insistió en que lo llamara y que lo invitara a tomar un café, ¿a mi casa? le pregunté y ella contestó que sí, así estábamos más tranquilos y podíamos conversar mejor. Colgué más confundida que antes, quise dejar atrás todos los sentimientos de ese encuentro pero por algún motivo no podía y día tras día salían a flote como un cadáver abandonado en un río. Me pareció buena idea seguir leyendo, cada vez que lo hacía me abstraía de la realidad, aunque fuera un rato.

Martes 13 de abril de 1931

*Dejaron la tibia cama y se acercaron al ventanal.
Era una hermosa mañana de otoño,
los árboles habían cambiado de color,
algunos tenían el follaje verdoso y amarillento.
Bajaron los dos tomados de la mano
a un parque húmedo por el rocío de la noche
Se lanzaron a la carrera
pero Lucía se cansó y se soltó de esa mano
cayó
El siguió, llegó a su meta y la esperó con los brazos abiertos
Ella se incorporó, lo miró y volvió a retomar su marcha
Los dos se fusionaron en uno solo
Perdieron el equilibrio y se quedaron mirando el cielo azul
Voltearon sus cabezas, se miraron, rieron
y terminaron en un gran beso de amor
Qué felicidad se siente cuando uno ama y se deja amar*

Los recuerdos de Ricardo decantaron aún sin querer recordar. La memoria involuntaria apareció sin que nadie la llamara. Qué bárbaro, siempre creí que lo único capaz de romperse y arreglarse era el corazón, pero el mío, a pesar de los años, no se recuperaba. Una lágrima manchó el diario y la letra se expandió. A la duda se le había sumado la tristeza y la nostalgia.

Llamé al jardinero Gabriel en un intento desesperado de despejarme y olvidar lo que estaba pensando. Le costó entender quién era yo, me preguntó “¿quién?”

más de una vez y yo que Ángela, su clienta, la de los mates y las galletitas dulces. Me contó que su hija estaba mucho mejor, se le habían ido los cólicos y dormía 5 horas de corrido. Me preguntó si había dejado una campera en casa, yo le dije que no pero que me fijaba y cualquier cosa le avisaba. Después de cortar y en un acto de impulsividad marqué el número de Carlos: esta vez no titubeé. Atendió, me dijo que había estado esperando ese llamado y que cada vez que sonaba fantaseaba con mi voz. Yo le dije que podría haberme llamado él, pero agregó que ya me había perseguido lo suficiente, que ahora era mi turno. No le gustaba ser avasallante.

Hablamos un buen rato. Lo invité a tomar un café a mi casa al otro día, como sugirió Graciela, aceptó enseguida. No tuve que recordarle la dirección.

20

Nos sentamos en el patio, me ayudó a sacar la mesita y las sillas. Halagó lo prolijo que estaba, me preguntó si lo mantenía yo. Le dije que sí. Se prendió un habano, fumaba desde que era adolescente. Le pregunté si me convidaba, el humo me hizo toser.

Traté de explicarle con más claridad lo que había pasado, la complicación con mis papás y mi cobardía. A mí ya no me importaba demasiado, pero quizás a él sí y le dejaba la conciencia tranquila. Me dijo que no importaba, que no le diera explicaciones porque ya no hacía falta. *No quiero volver a mis años pasados, porque en cada arruga está la historia inolvidable. En las canas se refleja el recuerdo de memorias, dolores y alegrías. Ahora me toca vivir con dignidad la edad adulta mayor aunque, ambos sabemos que en algún rincón de nuestros corazones existe un poco de esa juventud que se fue para nunca más volver.*

Las palabras que salían de su boca me parecían ridículas, empalagosas, al borde de la cursilería y aún así algo de él me atraía. No tenía demasiada explicación, estaba venido a menos y emanaba olor a tabaco y humedad.

Cuando sentí su mano tocar mis hombros y deslizarse por mis brazos una mezcla de calor y escalofrío empezó a subir desde mis pies hasta teñir mis cachetes de color bordó. El momento me incomodó. Le dije que tenía algo para mostrarle. Que en mi juventud había escrito un libro de poesía y que había conservado una dónde hablaba de él:

Es alto, de tronco robusto y frondoso.

Cuando sopla el viento, sus ramas se mueven con gracia, parecen abanicos aleteando como las alas de sus gaviotas.

Sus hojas son perennes, sus flores de color verde amarillento y sus frutos bellotas amargas.

Ella es chiquita, su flor pequeña de perfume suave, dulce y modesta.

Se había enamorado de ese árbol tan alto.

Él la ignoraba, pero cuando soplabla una brisa llena de fragancia, llegaba a él un perfume especial.

Hasta que un día la descubrió y vio que desde allí llegaba ese aroma tan embriagador.

Ella muchas veces le pedía a la señora luna que se produjera un milagro.

Y... cierta noche serena, tibia e iluminada, los observaba con su cara redonda y plena de luz.

A su alrededor las estrellas brillaban mucho más.

Ella pensó ¡Qué noche para milagros!

Y contemplando el cielo, no salía de su asombro, cuando ve un hada, vestida de blanco, con túnica y capucha color violeta; en su mano llevaba una varita mágica que en la punta tenía una estrella.

Tocó la plantita y la convirtió en una hermosa joven rubia, de ojos color violeta y dijo:

—Tu querías un milagro, ¿no?

Tenía tanta emoción que el sí fue un pestañeo. Lo mismo hizo con el árbol.

—Tu querías un milagro, ¿no?

Y él con voz varonil dijo sí.

Cuando estuvieron frente a frente se miraron muy fijamente y él preguntó

—¿Cómo te llamas?

—Violeta... ¿y tú?

—Roble...- contestó.

—¡Ay! qué fuerte eres. Yo soy tan frágil y pequeña.

Se abrazaron y emprendieron su camino.

Iban a paso lento y muy pegaditos.

A lo lejos ya asomaba el sol, con su cara redonda y colorada alumbrando el camino a esos dos enamorados. Ya casi no se divisaban y se perdieron en el horizonte.

Pero la magia terminó y cuando el sol brillaba en el cielo, el roble y la violeta volvían a su lugar. En el camino encontraron una gran fuente de agua cristalina. Se pararon y se inclinaron para ver el agua y oh sorpresa! se reflejaron como la joven rubia y el robusto joven. Se acercaron lentamente y sus labios se rozaron suavemente y terminaron en un largo beso de amor. En ese momento pasó una paloma y al verlos aleteó fuertemente y el agua se estremeció y volvieron a ser violeta y roble. Ella siguió unida a él; al pie del tronco se formó una mata de violetas, que el roble las cuidaba del viento, de la lluvia y del frío...

Siempre se amaron.

Terminé de leer, avergonzada por el relato fantástico, y vi los ojos de Carlos a punto de estallar. Me conmovió así que lo abracé palmeando su espalda.

Queriendo terminar con el melodrama me levanté y puse un poco de música. Él recordaba el viejo winko de la casa de mis papás. Me senté a su lado pero se levantó y me sacó a bailar.

Lo primero que hizo Elisa al llegar a casa fue mostrarme la cicatriz que le había quedado de la operación. Se levantó la remera, se bajó el elástico del pantalón y la señaló. La cubría una silicona gruesa para que no se le formara queloide. Le pregunté si le había dolido y me dijo que no mucho, pero que cada vez que se reía con ruido sentía que los puntos se le iban a salir. Le daba un poco de impresión.

Preferí no contarle por teléfono sobre la vuelta de Oscar. Cuando apareció en el living, gritó su nombre y se arrodilló a acariciarla. Le dije que se levantara, que se iba a ensuciar toda pero ella insistió en quedarse en el piso.

Me contó que era la primera vez que la internaban y que no estuvo tan mal. En el hospital le habían dado comida rica, su plato preferido había sido el flan. Además, la dejaron pasearse en silla de ruedas. Sus amiguitas del colegio fueron a saludarla, le llevaron regalos y globos, estaba chocha.

Todavía estaba a dieta estricta así que ese día no merendamos. Le pregunté si quería retomar a donde habíamos dejado la última vez y me dijo que sí. Ya no recordaba en qué parte era, por suerte lo había marcado en el cuaderno.

Mi abuelo Antonio, el que trabajaba en el Coliseo Podestá murió en la calle de camino al trabajo. Por suerte no sufrió mucho, fue un paro cardíaco, dejó de latirle el corazón, un momento tristísimo.

—¿A mí también puede pasarme eso?—preguntó Elisa preocupada.

—Sí amor, pero tu corazoncito anda bien, sos muy joven. Mi abuelo ya era grande y había trabajado mucho toda la vida.

Francisca quedó sola con sus ocho hijos sin saber leer ni escribir. Pero no pasó nada malo porque ella estuvo siempre acompañada. El 23 de abril de 1914, mi mamá Celestina se casó con Humberto Prando, mi papá. Celestina y Humberto vivieron junto a su mamá para hacerle compañía. Al año y cuatro meses del casorio, llegué yo. ¿Qué disparate, no te parece? Humberto había nacido en Piamonte, Italia. Cursaba su tercer año en la carrera de Ingeniería cuando decidió venir a Argentina. Acá no pudo terminar sus estudios, se le dificultaba el idioma, ni bien se casó empezó a trabajar en el frigorífico Swift. Se desempeñó como primer modelista. Él fue quien inventó la máquina de marcar

bolsas con la palabra swift. Debo tener alguna guardada por ahí, después te la muestro si querés.

Elisa interrumpió mi relato para preguntarme a dónde quedaba el frigorífico, yo le conté que en Berisso y que en su momento fue uno de los más importantes del país. Volvió a preguntarme por qué cerró, a lo que yo sin demasiado preámbulo y para darle un cierre al relato del día, le dije que había quebrado.

Elisa empezó a inquietarse. Se paró para ir al baño, volvió y se puso a jugar con Oscar. Le pregunté si quería estirar las piernas e ir un rato a caminar. Le comenté que le había hablado a mi peluquera de ella y que la quería conocer.

Me preguntó a cuántas cuadras quedaba y le dije que a pocas, a tres.

Empezamos a caminar, ella se agarró de mi brazo derecho y yo con el izquierdo sostuve el bastón. Cuando llegamos a la plaza Moreno, me preguntó si podía jugar un rato en la hamaca, le dije que sí y me senté a mirarla. Nadie aún le había enseñado cómo agarrar vuelo. Le conté la técnica, cuando iba para adelante tenía que extender las piernas y cuándo iba para atrás flexionarlas, así y con fuerza iba a llegar muy muy alto. Lo hizo un buen rato mientras se medía en una competencia silenciosa con los nenes hamacándose a su lado. Cuando se aburrió se acercó a donde estaba sentada y seguimos.

—¿Qué es eso que está ahí, Ángela?

—Es la piedra fundacional. ¿No te hablaron nunca de ella?

Elisa negó con la cabeza así que le conté que cuando se fundó nuestra ciudad, un señor llamado Dardo Rocha guardó bajo esa piedra un cofre con la premisa de ser abierto en 1982, el aniversario. Cuando llegó el día no se sabía en qué parte estaba el cofre, no había planos ni indicaciones. Así que tuvieron que excavar horrores hasta dar con lo que buscaban. En ese momento nos habíamos sentado sobre la piedra y Elisa me escuchaba con atención, sus ojos eran dos monedas grandes que apenas pestañeaban. ¿Y qué encontraron Angelita? Me preguntó impaciente. Me hubiera gustado contarle que se desenterró algo más misterioso o interesante, pero simplemente encontraron una placa que decía “Municipalidad de La Plata” y documentación. Ufa.

Seguimos nuestro recorrido hasta la peluquería, cuando llegamos Rosa enloqueció. Insistió en que Eli era mi calco, qué ridícula pensé. Enseguida dejó de atender a la clienta que se estaba haciendo reflejos: pasen pasen sientense.

¿Vos amorosa, qué querés tomar? Elisa no respondió, le conté que era un poco vergonzosa con gente que no conocía, pero que entraba rápido en confianza.

Igual que no se preocupara porque ya nos íbamos, solo pasabamos a saludar. Rosa sostuvo el pelo de Eli y le dijo que cuando quisiera la esperaba, ella sonrió y se quedó detrás de mí.

Volvimos caminando lento y repetimos el recorrido de las hamacas. Cuando comenzó a atardecer, la llamé para comenzar la vuelta. Ya hacía frío, me empezaba a molestar la espalda y faltaba poco para que la fueran a buscar.

Cuando llegamos a casa estaba Carlos esperando en la puerta, había olvidado que habíamos quedado para vernos. Tenía un ramo de margaritas y un atado de cigarrillos. Elisa me preguntó quién era, yo le dije que un viejo amigo. Ella lo saludó con la mano y entró en silencio a ordenar su mochila. Mientras tanto él intentaba sacarle conversación y una sonrisa, le preguntaba por el colegio, por sus amigas, incluso le hizo un truco de magia con una moneda. A ella parecía no importarle, lo ignoraba sin ningún tipo de remordimiento. A esas alturas ya no estaba para educar a nadie así que no la obligué a nada y dejé que siguiera con lo suyo. Él entendió que estaba de más, yo insistí en que se quedara un rato, más por cortesía que por entusiasmo, pero no quiso. A la media hora Elisa también se fue.

Me senté en el inodoro a hacer pis y sonó el teléfono. ¡Ya voy! ¡Ya voy! grité. Empecé a levantarme la ropa. El aparato que no paraba de chillar. Al final la practicidad del inalámbrico era cierta. Me saqué todo, me sostuve de la baranda, agarré el bastón y fui arrastrando los pantalones a atender. Era Celeste: a los gritos me decía que la habían citado del colegio de Elisa porque había estado dibujando cosas raras, inapropiadas para su edad, y que no quería ser agresiva, pero luego del incidente del hospital no se sentía segura dejándola en mi casa, que la disculpara pero era así. De fondo se escuchaba a Diego diciendo que se calmara, que me hablara bien. Lo alejé de mi oreja para no aturdirme, pucha para qué me apuré. Cuando Celeste bajó el tono de voz, le expliqué que sí, que quizás en los relatos yo había mencionado muertes pero que jamás me hubiera

imaginado que eso podía causar algún problema, al fin y al cabo era la vida misma. Respecto a lo otro me excedía, mi salud siempre había sido de hierro y la responsabilidad era mi característica principal. De todas maneras me disculpé. Agregué que Elisa ya era una nena grande y no podían criarla en una caja hermética de cristal. Volvieron los gritos: VOS CRIASTE A TUS HIJOS, DEJAME CRIAR A LOS MÍOS, NO TE METAS. Le dije que bajara el tono de voz, era una mujer mayor y tenía que respetarme, reiteré que mi intención jamás fue causar ningún mal y que, hasta que no se calmara, no volviera a dirigirme la palabra. ¿Nunca te enseñaron a respetar a los mayores? Indignada colgué el teléfono y volví al baño a cambiarme. Se me pasó la rabieta cuando me vi en el espejo enojada y desnuda.

Bajé a prepararme un té y prenderme un pucho, después del incidente me prohibieron terminantemente fumar. Me senté debajo de la parra a seguir hojeando el cuaderno de poesía, quizás ese era más amigable para relatarle a Elisa cuando sus papás se dignaran a dejarla volver.

Graciela llegó al mediodía y se acomodó como si fuera su casa. Prendió un sahumero en el living y empezó a caminar con él por todo el lugar, incluso subiendo las escaleras sin autorización. Se justificó diciendo que al entrar la golpearon las malas vibras, también mencionó algo de un espíritu maligno. Me recomendó hacer una limpieza con vinagre y con piedras energéticas. ¡Sí! las que te regalé los otros días, agregó. Vaya uno a saber dónde dejé esa caja.

Mientras poníamos la mesa para el almuerzo, de manera muy breve la puse al día, y digo breve porque siempre se acaparaba la conversación. Pasaba horas y horas hablando sobre ella misma, los viajes que había hecho y los que aún planeaba, los logros de sus hijos y lo prestigiosos que eran sus nietos. Yo me sentaba a su lado, la escuchaba y asentía mientras con mi mente nos íbamos a cualquier otro lugar. Tenía un imán con ella, nunca podía dejarla atrás. Era como un boomerang. Ya estaba resignada.

Sin embargo esa tarde, al contarle el episodio con Elisa, me sugirió que bajara la guardia y llamara con un tono más arrepentido. Además, agregó, no sabés cuanto te queda Ángela, mirá si mañana no te despertás. ¿Te gustaría morirte sin haberte arreglado? Graciela, como tantas otras cosas, era un golpe de realidad. Al otro día se cumplía una semana del incidente y yo sin recibir noticias. Despedí a mi amiga y fui derecho a llamar. Me atendió mi nieto y yo suspiré, sabía que con él el trato era diferente. Volví a disculparme, aseguré que no volvería a pasar y supliqué que no me privaran de las visitas de los martes, que recibir a Elisita era un honor. Diego me pidió por favor que dejara de pedir perdón, que no me hiciera mala sangre porque me iba a hacer mal, pero que de todas maneras no era solamente su decisión, tenía que charlarlo con su mujer. Igual podía quedarme tranquila, que cuando hablaba me llamaba.

El teléfono sonó y yo agarré con fuerza el crucifijo colgante de mi cuello. —Hola Abuela, ¿cómo estás? Mirá, la verdad es que estuvimos hablando con Celeste y creemos que va a ser mejor que Eli no vaya más los martes. Ya conseguimos una niñera, es la hija de unos amigos. Igual vos no te preocupes porque vamos a seguir yendo a visitarte. Nos entendés, ¿no?

Al otro día por la tarde, mientras barría las hojas del patio, sonó el teléfono. Era Don Tomás, un vecino de Carlos. Me comunicaba que la noche anterior, mientras volvía a su casa, había tenido un accidente. Un triple choque en camino centenario producido por el cruce de un caballo fue lo que terminó con su vida. Me quedé helada, no entendía. Le pregunté cómo tenía mi número y por qué me lo estaba comunicando. Agregó que Carlos una vez le había dicho que si algo le pasaba, se encargara de vaciar su casa y quedarse con sus cosas o hacer lo que él quisiera, que se lo merecía por haber sido su mayor compañía durante los últimos años. Esa tarde, luego de enterarse de la noticia fatal, Don Tomás, tal cómo Carlos pidió, fue a su casa a embalar. Entre libros, ceniceros, polvo y platos sucios, encontró mi número en su agenda. Como era uno de los pocos,

supuso que sería alguien importante. La dejó a mano y se fue a seguir ordenando. Mientras vaciaba la mesa de luz, encontró una pila de cartas sin enviar con mi nombre, apellido y dirección, tal como lo mostraba la agenda. En ese momento decidió llamarme. Le agradecí por comunicarme la noticia, le pregunté si hacían velorio. Me dijo que nadie podía afrontar los gastos y que, además, el cuerpo estaba muy deteriorado. No quise saber más, colgué.

¿Por qué no me llevaba a mí? Ver tantas personas morir a mi alrededor era un castigo. Hacía años que no me encariñaba con nadie nuevo, sabía que el destino podía arrebatármelo de un momento a otro.

Necesitaba exteriorizar esa patada en el estómago que sentía, estaba enojada. Llamé a Graciela que, al escuchar la noticia, enseguida vino a casa.

Lloré como una bebé recién nacida abrazada a su hombro. Me dijo que podía lamentarme todo lo que quisiera pero que así era la vida y yo lo sabía bien.

22 de diciembre de 1934

Corría el año 1934 papá se sentía mal, tenía que internarse para ser operado por segunda vez y quiso hablar con Ricardo, este concurrió a su pedido. Le preguntó qué intenciones traía, Ricardo le contestó que las mejores, estaba enamorado. Papá le dijo “es lo más importante que tengo, lo más sagrado, por lo tanto me tiene que prometer que la va a querer, proteger y estará siempre de su lado”. Ricardo le dijo que estuviera tranquilo, “su hija va a ser feliz” se despidieron con un fuerte apretón de manos. A papá lo operaron, vivió 36 horas y el 16 de septiembre de 1934 falleció.

Los primeros días no logré salir de la cama, me la pasé tirada leyendo libros viejos con Oscar entrelazada entre mis piernas. Me levantaba para buscar agua y no morir deshidratada, comer alguna galletita de agua con té y los medicamentos. Graciela llamó los primeros días pero no le contesté.

El cuarto día amanecí sintiéndome bien, inexplicablemente. Había algo de comodidad en esa tristeza que me costaba dejar atrás. Una melancólica rehusándose a olvidar. Cuestioné ese bienestar, me extrañó, quise que se fuera. Sin éxito, abrí las ventanas de mi habitación, lavé la colección de tazas y vasos de la mesa de luz y salí a hacer compras. El alimento balanceado se había acabado y hacía dos días la gata comía de mi atún caro.

Ordené papeles, tiré cosas que ya no servían, volví a mirar viejas fotos y las acomodé por orden cronológico. Encontré una barbaridad de cartas, las metí todas juntas en una lata de dulce de batata y la rotulé “papeles que no sirven pero que no se tiran” la guardé en el placard. Saqué a la luz mis viejos tapados de piel, les sacudí el polvo y los dejé airearse, también una cantidad impresionante de ropa vieja a la vereda, miré los pantalones y polleras, me lamenté por la cintura que dejé atrás. Desempolvé vajilla de mi casamiento y vinilos archivados.

Quizás ese fue el comienzo de una despedida paulatina hacia el final. Miré de lejos la vida que construí.

Segunda parte

—Salí de acá Pedro, no toques nada. Mamaaaaaaaaa Pedro no para de tocar mis cosas, ¿le podés decir que se vaya? Pendejo de mierda salí ya de acá o tiro tus autitos al inodoro.

—A que no te animas—me dijo haciéndome burla con los dedos llenos de mocos y migas de pan sobre la cara.

—No ves que sos un asco nene aprendé a lavarte la cara y sonarte la nariz y después hablamos.

Me levanté y di un portazo. De fondo mi mamá gritó que nos dejáramos de joder. Pedro lloró parado al otro lado de la puerta, no me conmovió. Cerré el cuaderno donde estaba escribiendo y empecé a cambiarme, faltaba media hora para que salieramos y mamá ya estaba histérica. Salí de mi habitación lista y esperé sentada en el sillón del hall de entrada. Pedro pasó corriendo con una remera trabada en la cabeza, haciendo ruido de indio con la mano en la boca y todo el cuerpo graffiteado con fibrón negro. Atrás lo siguió mi mamá, lamentándose por ese castigo que le tocaba vivir. Me levanté y me fui a esperar al auto.

Llegamos a la casa de Angelita. Toqué el timbre en clave secreta. Nadie nos abrió. En ese momento salían mis tíos y primos con caras de tristeza, aprovechamos a entrar. Dudé, no quería llevarme una imagen fea. Nunca había visto a alguien tan tan viejito. Creo que el recibimiento de Oscar, que también ya estaba muy muy viejita, me impulsó a seguir.

Mi mamá sostuvo a mi hermano a upa mientras subíamos las escaleras hasta la habitación. Lo sentó en el piso y le dio un librito para dibujar. Había un olor raro, parecido al de mi dentista mezclado con sopa y ese líquido rojo que me ponían en las raspaduras asegurando que no ardería pero sí, sí que ardía.

Todavía la pieza estaba llena de gente así que preferí bajar. Mi mamá se quedó charlando con mis parientes.

Desde que Angelita se enfermó, no fuimos más a visitarla, antes íbamos poco, casi no me acuerdo. Estaba internada en un hospital. Más de una vez insistí en ir pero ellos dijeron que no y nunca supe bien por qué. Me explicaron que como ya estaba muy enferma, prefirieron llevarla a su casa para que estuviera más tranquila. Pero eso no era cierto porque constantemente entraba y salía gente, seguro que si estaba bien los echaba a todos a los gritos.

Me senté a esperar y Oscar se sentó al lado mío, distante. Le hice unas caricias y empezó a entrar en confianza, terminó a upa refregándose contra mi cara. Ya le costaba moverse, se notaba por cómo se subía al sillón.

Me puse a mirar el espacio, todo se había mantenido tal cual lo recordaba, los libros, el tocadiscos, los vinilos, las cámaras analógicas colgando de la pared. Estaba pasando la mano por la biblioteca, revisando los títulos uno por uno cuando mi mamá bajó y me dijo que fuera a saludar. No sabía con qué imagen de Ángela iba a encontrarme, si podía hablar, escuchar o incluso si se acordaría de mí. Cuando entré en la habitación el olor a sopa, a alcohol y a remedio para lastimaduras se intensificó. También el silencio. Solo se escuchaba el lápiz de Pedro sobre el papel y algún pajarito. Lentamente, extendió su mano para agarrar los anteojos apoyados en la mesita de luz, se los puso por delante sin engancharlos en sus orejas. Me vió y los dejó caer sobre su pecho. Se sostuvo la cara y comenzó a llorar. Andá, andá me dijo mi mamá al oído. Me acerqué, no sabía de qué manera tratarla, la veía tan frágil que me daba miedo hasta respirar. Me senté en una banqueta a su lado y le sostuve la mano, sentí su calor y en su mirada vi el recuerdo. Con la que tenía libre le sequé la lágrima que aún no bajaba y también me emocioné. No hubo mucho que decir. Apoyé mi cabeza sobre su panza, ella me acarició el pelo. Así nos quedamos un rato. Como si el mundo se hubiera parado, el silencio era absoluto, ya no escuchaba el lápiz ni los autos ni los pajaritos. Solo nuestras respiraciones que, a destiempo, terminaron por sincronizarse.

Mamá volvió a la pieza para despedirse y avisarme que se estaba haciendo tarde. Yo le dije que me esperaran en el auto, que ya iba. Abracé a Ángela y ella me dijo al oído que tenía un regalo para mí, señaló su placard. ¿Voy? le pregunté, y ella asintió moviendo la cabeza para abajo y para arriba. Era una vieja lata de dulce de batata que decía mi nombre escrito con tinta azul y sobre cinta de papel “papeles que no sirven pero que no se tiran”. Llevalo, me dijo, después lo mirás, apurate nena, no hagas enojar a tu mamá.

Llegamos a casa. Mi mamá bajó primero, dio la vuelta y le sacó el cinturón a Pedro, lo agarró del brazo para que no saliera corriendo y lo entró. Mi papá ya había vuelto de trabajar, estaba descalzo tomando una cerveza en el sillón. Fui derecho a encerrarme en mi habitación. Pedro vino corriendo atrás mío pero de nuevo lo sorprendió el portazo. A los gritos empezó a preguntarme que qué era lo que llevaba debajo del brazo, que él también lo quería, y yo que nada, que se fuera a ver los dibujitos y me dejara en paz. Andate ya mismo o le digo a mamá, le dije. Sos re mala Elisa, me contestó. Mi mamá también gritó, porque en esa casa gritaban todos, que no me acomodara tanto porque en un rato íbamos a cenar y tenía que ir a poner la mesa. ¿Por qué la tengo que poner siempre yo? resongué, que la ponga Pedro que no lo hace nunca.

Abrí la lata, pilas de papeles arrancados de un cuaderno y un olor que me hizo estornudar. Me puse tan contenta que salí corriendo a llamar a Agus. A ella no la entusiasmó, dejó que hablara un rato pero ni bien terminé empezó a contarme que ese día Nico le había dejado una carta en el banco del cole diciendo que gustaba de ella, estaba feliz. La había invitado al cine a ver Shrek 2 y después a comer a Mc. Hacía varios años que gustaba de él. A mí también me habían gustado chicos, pero nunca me había copado con ninguno. Como todas las de la división hacían planes y yo no me quería quedar atrás, una vez invité a Vicente a tomar la merienda con una carta hecha con recortes de revistas. La dejé sobre su banco y cuando la vio, la agarró, me miró, la hizo un bollo, la tiró en el tacho y en un papel escribió que ni en pedo. Ese día volví a casa llorando con la excusa de que me dolía la panza. Ahora cuando me ve se hace el boludo, pero yo sé que se acuerda.

Agus me estaba contando lo que iba a ponerse el viernes para la cita cuando mi mamá me llamó para cenar. Había zafado de poner la mesa. Guardé rápido el despliegue que había dejado en la cama y fui a la cocina. Pedro ya estaba sentado pero mi papá se había ido.

—¿De nuevo tarta de jamón y queso? Sabés que no me gusta el jamón, es todo baboso, parece moco— dije mientras operaba la comida.

—Mirá Elisa me tenés harta, ¿sabés qué? La próxima si no te gusta venís y cocinas vos.

Dejé el plato como estaba, me levanté y me fui a la habitación. Escuché cómo mi mamá lo agarraba y apoyaba fuerte sobre la mesada. Me arrepentí de haber contestado mal y no comer. Qué pasa gritó mi papá, que justo estaba entrando. Nada, grité yo, eso fue todo.

Llegué a mi habitación y abrí la lata, las hojas estaban desordenadas pero intenté acomodarlas lo mejor que pude. Empecé a leer:

Ricardo Malvau, ese era el nombre y apellido de mi marido. Tuve un noviazgo normal, feliz y conociendo de a poco la familia. Ellos eran siete mujeres y tres varones. Se alegraron de que Ricardo tuviera novia y me brindaron todo su amor y su comprensión.

Pasaron tres años y el 29 de Mayo de 1937 nos casamos, ya era la señora de Malvau.

Se realizó una hermosa reunión familiar con un almuerzo donde las dos familias se conocieron, luego por la noche se realizó la ceremonia religiosa en la iglesia San José.



Angela y Ricardo

Cuando regresamos se sirvió un lunch, se bailó el vals como la tradición, entre saludos, besos, abrazos y algunas lágrimas, llegó la hora de la partida. Me despedí de mamá, de la nonna y desaparecimos. Cuando íbamos de viaje a BS

AS, me parecía mentira que yo viajara sola con Ricardo, no lo podía creer, era como un sueño.

Realizamos una hermosa luna de miel, dejé para siempre mis tareas en el negocio. Todo era novedad en mi vida, fui dueña y señora de mi casa, feliz con un hombre que me amaba, mejor dicho que nos amábamos.

Ahora les voy a contar una anécdota en mi matrimonio:

Hacia tres meses que nos habíamos casado, una tarde temprano, llega Ricardo a casa y me dice que iba a Buenos Aires con sus amigos, me prometía no llegar tarde. Respeté su decisión, se cambió de traje, me besó mucho, me abrazó fuerte y se fue.

La casa era grande, vivíamos con Sofía hermana de Ricardo casada con Teodoro y su hija de tres años. Mamá vivía a una cuadra, con la Nonna y tío Camilo, fui a verlos y cené con ellos.

Cuando llegué a mi casa, Sofía y Teodoro me esperaban, conversamos un rato y luego nos fuimos a dormir.

Esa noche no pude conciliar el sueño, Ricardo llegó a las siete de la mañana, me besó, me abrazó, se disculpó por haber llegado a esa hora y se acostó.

Yo no le dije nada, ni una palabra, ni un reproche, mi silencio fue el mayor castigo.

Nada cambió en nuestra relación marido y mujer. A los dos meses se vuelve a repetir la misma historia....

Estaba por terminar de leer ese párrafo cuando escuché a mi mamá gritar que ya era hora de dormir, que me lavara los dientes y apagara las luces. Como desde su ventana se veía la mía, tuve que obedecer. Guardé todo en la lata y le hice caso.

Mamá me despertó para ir al cole moviéndome las piernas, masajeándome la espalda y diciendo mi nombre suavemente. Con un ojo abierto me senté en la cama y me quedé mirando un punto fijo, ella fue a vestir a mi hermano y a prepararme la leche. Cuando volvió a ver si ya estaba lista, me vió en la misma posición y de una manera ya no tan dulce, me sugirió apurarme. Me levanté y como si tuviera pesas colgando, fui al baño. Me senté a hacer pis, cerré los ojos y dormité, soñé que ya estaba cambiada.

Era el día del bachiller, la noche anterior los de sexto habían tenido una fiesta e iban al colegio después. Quería sentirme linda para la recreación así que me arreglé. Me mojé el flequillo y lo aplasté contra mi frente, me puse dos horquillas detrás de mis orejas y un poco, muy poquito, de rimmel. Guardé un brillito en mi bolso para cuando llegara. Bajé a desayunar y como era de esperar, mi mamá me dijo que me sacara eso que tenía en la cara, que parecía una ridícula y que no me iban a dejar entrar al colegio. Si supiera cómo van las chicas de sexto no me diría nada, pensé. Tomé la leche callada mientras escuchaba los sorbos exagerados de mi hermano. De ida al cole también me dormí, pero no soñé. Me desperté en la puerta con los ruidos de los fuegos artificiales que venían tirando desde cuerdas atrás los egresados. Saludé a mamá y bajé. En la puerta me estaba esperando Agus, que también se había arreglado. Llevaba una media cola alta y un delineado perfecto, sentí envidia.

Como era costumbre los días del bachiller, en el patio había una olla gigante de chocolatada y facturas, desayuné doble. Empezó a tocar una bandita de cumbia y todos los que estaban ahí comenzaron a bailar, yo no conocía las canciones y además me daba vergüenza quedar como una ridícula. Con Agus nos movimos a un costado e hicimos un ranking de los chicos que nos parecían más lindos. Había un olor a vino insoportable. Yo solamente había probado la cerveza, me había convidado papá en un asado. No me había gustado nada, me dio arcadas. Nos sentamos como chinitas enfrentadas y empezamos a jugar a las cartas, yo siempre llevaba un mazo en la mochila. Un chorro de serpentina se pegó a mi espalda, me heló el cuerpo y también me asusté. Me di vuelta con cara de asesina y vi a Rocío, la chica más linda del colegio acercarse hacia mí. Miré para adelante confundida, creyendo que había alguien más, pero no, era yo. Se arrodilló al lado, todavía conservaba el olor a perfume, su pelo estaba húmedo y lucía pegajoso. Me miró y me pidió perdón, no había querido mojarme. Qué

lindos ojos tenés, agregó. Se paró y se fue bailando *El bombón asesino*. Se me paralizó el cuerpo y el corazón latía como si me hubiera subido en una montaña rusa. Me quedé quieta, mirándola alejarse. Agus sacudió mi hombro, y chasqueó sus dedos frente a mi cara, me preguntó que qué me pasaba y yo que nada, que siguiéramos el juego pero se hizo insostenible por el volumen de la música y los gritos de alrededor. Nos levantamos y fuimos a sentarnos a la entrada. Se nos acercaron nuestros compañeros de división que venían de fumar en el bosque. Nos ofrecieron un pucho, yo negué con la cabeza pero Agus aceptó, ¿qué haces? le pregunté mientras lo apoyaba en sus labios y prendía el encendedor. Nada, jugando al tenis, contestó, ¿querés? Volví a negar. Los varones abuchearon, los miré con cara de desagrado y me alejé. Por suerte ya faltaba una hora para irme.

4

Cuando llegué a mi casa me saqué el maquillaje frotándome la cara. Me sentía ridícula y triste por desconocer a Agus, que últimamente venía teniendo actitudes raras. Escuché a mis papás gritar, mi mamá le echaba en cara que era un mentiroso y él le decía que ella no hacía nada para que no mintiera, se fue dando un portazo. Me puse los auriculares bien fuerte y el pijama y me tiré en la cama. Cada vez que cerraba los ojos aparecía la cara de Rocío, yo intentaba alejar esa imagen pero era insistente y siempre volvía. Me senté, tironeé los auriculares que se engancharon en los aros y me hicieron doler, me miré en el espejo del placard y prometí nunca contar lo que me estaba pasando, ni siquiera a Agus. Dejé todo a un lado y retomé el diario donde lo había dejado:

A los dos meses se vuelve a repetir la misma historia, pero esa noche no dormí en mi cuarto, le pedí a Teodoro que me armara una cama en el dormitorio de ellos. Cuando Ricardo llegó era de día, yo no estaba en nuestra habitación, me buscó y me encontró durmiendo en el dormitorio de su hermana, quiso llevarme, me negué y se fue a dormir solo.

Durante el día cuando estaba todo tranquilo le dije: “Si vos querés seguir haciendo vida de soltero, yo no te lo voy a impedir, pero eso sí, la próxima vez

cuando salgas por esa puerta, yo salgo detrás tuyo, me voy a casa de mi mamá, si querés, vas a buscarme, sino me quedo con ella”.

Me pidió mil perdones, no hacía más que abrazarme, besarme, se le llenaron los ojos de lágrimas y nunca pero nunca más se fue con los amigos, jamás me dejó sola, por supuesto que lo perdoné.

Fue un excelente marido, un buen padre, en fin, un hombre ideal.

Una linda historia de amor ¿no?

Al año y tres meses nació mi primer hijo llamado Ricardo Humberto (Pico) el 28 de agosto de 1938, rubio, hermoso, con ojos verdes como mi madre. ¡ay! cómo cambió mi vida, era feliz, Ricardo estaba loco de alegría.

El 18 de diciembre de 1940 nace mi segundo hijo, Angel Alberto (Lito) pelito colorado, ojos celestes, era un sol. De todos los primos (que eran muchos) fue el único pelirrojo de la familia, heredó de su abuela paterna, era irlandesa de pelo colorado.

Nos pasabamos adorando y disfrutando nuestros dos hijitos.

Pero no todo son flores en la vida, hacía ocho años que papá había partido para siempre y ahora le tocaba a la nonna hacer lo mismo el 4 de septiembre de 1942. Sufrí mucho, para mí era mi otra mamá, nací al lado de ella, crecí, me casé, tuve hijitos y siempre juntas.

Al poco tiempo tengo el anuncio de otro hijo y el 1 de marzo de 1944 nace una niña llamada Alicia Inés, la esperada, hermosa, gordita de pelo negro, luego fue muy rubia, Ricardo lloraba de alegría, desde el primer hijo esperaba una nena.

Quiero dejar constancia que él estuvo presente en los tres partos dándome fuerza y mucho amor. En ese momento los hijos nacían en la casa si todo estaba normal.



Ángela y sus hijos en la playa

Empecé a bostezar, me pesaban los párpados. Dejé la lectura y fui a merendar. Como de costumbre, papá no estaba y mamá había salido a llevar a Pedro a fútbol. Aproveché para cocinar, cuando estaba la casa vacía era el único momento que podía, sino mi mamá se ponía nerviosa al ver la cocina hecha un desastre. Insistía en que lavaba mal y que siempre quedaba masa pegada en el bowl. Me senté a comer panqueques con los pies sobre el sillón y a ver una película.

Me dormí una hora, me despertó el ruido de la llave. En la misma posición abrí los ojos y vi a mi papá sorprenderse y retroceder. Ya no lo veía porque lo tapaba una pared.

—¿Qué haces en casa Eli? ¿Vos no te ibas con tu mamá?

—Sí, pero me quedé porque estaba cansada. ¿Qué tiene?

—No, nada, ahora vuelvo.

Qué raro pensé, pero no le di demasiada importancia, últimamente había un clima tenso.

El día estaba muy lindo así que agarré la bicicleta para ir a dar unas vueltas. Fui por avenida 53, estaba en bajada. Dejé de pedalear y sentí el viento en mi cara, cerré los ojos y me dejé llevar por ese impulso. Me pareció que ninguna sensación se comparaba con esa. Había agarrado velocidad cuando tuve que frenar de golpe llegando a plaza Malvinas porque no vi que venía el 307, la bici se fue para un costado y se cayó la bolsa que llevaba en el canasto. Me bajé y la apoyé en el piso. Cuando estaba por juntar lo que se había caído, vi a Rocío cruzar la calle con una amiga. Me sentí una tarada, toda desprolija y torpe. Estaba transpirada, en mi frente se podía freír un paty. Pasó por al lado, me preguntó si necesitaba ayuda. Le dije que no, que gracias. Chau linda, me dijo y se fue caminando. Agarré rápido todo y volví a mi casa, esta vez en subida. Cuando llegué vi el auto en la puerta, se había acabado mi paz. Ya era de noche, ni bien entré mamá me dijo que era una inconsciente y que una de las pocas cosas que me prohibía era volver tarde, que ni eso podía respetar. Le pedí disculpas, llevé la bici al garaje y entré. Papá no estaba. Puse la mesa. Ah bueno, va a llover hoy, dijo. No me reí.

Llegué al colegio a la mañana siguiente, Agus no me estaba esperando en la puerta. Cuando estaba llegando al aula la vi en el patio con Nico, el chico que le gustaba, dándose besos contra la puerta del baño. Estaba delineada y tenía unas medias de red. La saludé desde lejos pero no me lo devolvió. Antes nos reíamos de los que se besaban apasionados en el patio, nos parecían ridículos. Me dejó helada. Entré al aula y reservé su asiento al lado mío. Sonó el timbre, no entraba. Llegó unos minutos después, el profesor la retó pero no le importó. Pasó por al lado, me pidió perdón y siguió caminando hacia los bancos del fondo con Nicolas. Ese día me la pasé sola, por suerte tenía *Pedro Páramo* en la mochila. Me daba vergüenza acercarme a hablarle, estaba como un pegote con él, además tampoco quería que sintiera que la estaba espiando. En el recreo me senté en el patio a leer debajo de un tilo. De vez en cuando levantaba la vista para ver la jungla que tenía alrededor y sin querer la localizaba. Rocío siempre estaba entre amigos y amigas, se reía a carcajadas casi exagerando y gesticulaba un montón. Sus muñecas estaban llenas de pulseritas y su bolso marrón de pines. Por más que intentaba desviar mi vista y volver al libro. No podía concentrarme y pasaba las hojas sin entender nada.

Llegué a mi casa y llamé a Agus, le dije que la había extrañado y que un poco celosa me ponía que estuviera todo el día con su chico. Me pidió disculpas, me dijo que no quería pero que estaba muy contenta y no podían despegarse. Iba a intentar dividir sus tiempos y yo le dije que bueno, pero que me lo prometiera. Lo hizo. También me dijo que ojalá consiga novio. Corté. Agarré la lata y leí un rato el diario de Ángela:

Cuando me empezaban los dolores de parto, Ricardo ponía en la heladera una botella de champagne para después brindar con el médico y la partera. Mi madre enloquecida con sus tres únicos nietos, cada embarazo mío era un sufrimiento para ella, claro, yo era su única.

Llegó el momento de cumplir con el sacramento del bautismo. El 14 de octubre de 1938, Pico fue bautizado en la iglesia San José. El 24 de diciembre de 1941 Lito recibió su bautismo en Pigüé y el 25 de mayo de 1944 Alicia fue bautizada en la iglesia San José.

Cuánto los disfruté a mis hijos, nunca trabajé afuera, por lo tanto tenía tiempo para llevarlos a gozar del aire y del sol.

Cargaba el auto con el triciclo, la bicicleta y el coche para Alicita y los llevaba al bosque.

Era feliz verlos jugar, correr, subir a la calesita, yo subía también para cuidar a la nena, porque era chiquita y además porque me gustaba.

¡Qué felicidad, qué dicha haber podido hacerlo!

Cuando entraron en la edad escolar, fue mayor mi tarea.

Pico y Lito iban a la escuela N°15, Alicia fue al normal N°2 donde hizo el jardín de infantes, el primero y secundario donde obtuvo el título de maestra.

Pico fue al colegio industrial y terminó como maestro mayor de obras.

Lito hizo el secundario en el Colegio Nacional y le dieron el título de Bachiller.

Los tres estudiaron música, pero el único que siguió fue Lito, tenía un oído prodigioso. Un día me dijo que quería estudiar trombón en el conservatorio de música Gilardo Gilardi. Se inscribió, le prestaron un instrumento para que pudiera estudiar. Ricardo realizó trámites para traerle un trombón de Alemania y así Lito pudo realizar su sueño en el año 1957.



Ricardo, Pico, Lito y Ángela

Los golpes de Pedro en la puerta de mi habitación interrumpieron mi momento de lectura. Abrí de golpe y lo vi parado, en calzoncillos, lleno de mocos y arrastrando a su osito de peluche francisquito. Me dio un poco de lástima porque solo quería jugar. Mamá me preguntó si quería llevarlo un rato a la placita de enfrente y yo le dije que sí. Se cambió, lo agarré de la mano y salimos.

—Pepe, si te dieran 15 minutos para entrar a un lugar y llevarte todo gratis: ¿a dónde irías?

—¿Cómo gratis? eso no existe.

—Bueno, pero imagínatelo.

—Mmmmmm, entraría en una heladería y me comería todo el helado posible, hasta que me duela la panza. ¿Vos?

—No sé, no lo pensé.

Cruzamos a la plaza y lo primero que hizo fue ir corriendo al subibajas, se sentó y me gritó que fuera. Me subí llevando todo mi peso al piso y lo dejé a él colgado arriba.

—Listo, ahora te quedas ahí .

—Elisa, bajame o me pongo a gritar.

—¿No te das cuenta que es un chiste?

Enseguida lo bajé porque no quería que se enterara todo el barrio ni que mi mamá me retara por pelearlo, siempre me decía que ya estaba grande y que no podía ponerme a la altura de un nene de cinco años.

Estábamos por volver cuando vimos a mi papá llegar, se bajó del asiento del acompañante y una mujer arrancó. Quizás era alguna compañera del trabajo. Mi hermano le gritó, a él se le cayó el celular y unos papeles que llevaba debajo del brazo. Pedro quiso ir a saludarlo así que le solté la mano y cuando no pasaron autos cruzó corriendo, yo fui detrás. Nos preguntó qué hacíamos jugando a esa hora, yo le dije que no era tan tarde y que desde cuándo le importaba. Agregó que era una maleducada, me fui a mi habitación.

Mientras subía las escaleras se me iban cayendo las lágrimas, yo no quería llorar, no sabía bien de dónde venía esa tristeza. Entré en mi habitación y me tiré en la cama boca abajo, apreté fuerte los almohadones contra mi cara y

haciendo fuerza lloré un poco más. Me dolían los cachetes, me miré en el espejo y estaba bordó. Bajé sin hacer demasiado ruido y agarré la tijera. Volví, medí el punto con mis dedos y me corté el pelo. Me había quedado en diagonal así que para emparejarlo tuve que recortar más. El largo llegaba a mis orejas y el flequillo a la mitad de la frente. Tiré los restos en el tacho de basura y abrí mi placard. Recorté jeans, remeras y arranqué los cuellos con puntilla de las camisas. Le saqué unas medibachas caladas a mi mamá del cajón y unos cigarrillos a mi papá del jean que estaba sobre su cama. Guardé todo en la mochila, tiré los restos de tela y bajé a cenar. El reto menos fuerte resonó hasta la otra cuadra. Como llegué me volví a ir. Sentía un poco de satisfacción, pero me había hecho la canchera y ahora tenía hambre, tuve que esperar a que todos se fueran a dormir para ir a la cocina a comer las sobras que habían quedado en la heladera.

6

A la mañana siguiente mi mamá me despertó gritando mi nombre desde la puerta. Abrí los ojos. Entre los sueños y la realidad, me senté y vi a mis pies un gorrito de lana. Ponetelo, es para que disimules la ridiculez que te hiciste en la cabeza, cuando vuelvas del colegio vamos a la peluquería a que te emparejen ese desastre, me dijo. Buena manera de empezar el día, pensé. Me vestí para darle el gusto, incluyendo el gorrito, pero me llevé la muda en la mochila. Ni bien me dejé, fui derecho al baño a cambiarme. Medias caladas, un jean que ahora era short y una torerita rosa bebé. Salí caminando por el pasillo, me sentía bien, recibí varias miradas de asombro pero no me importó. Sonó el timbre y fui al aula, teníamos química. Me senté en una de las mesas largas. La vi entrar a Agus, se sentó junto a mí, me preguntó qué me había hecho en el pelo y se rió, me dijo que me había estado esperando en la puerta pero se cansó y sonó el timbre. Intenté mostrar indiferencia pero su risa me contagió y además qué me

hacía. Le pregunté si quería acompañarme a la pelu a la tarde a emparejar el desastre y me dijo que sí. No se vio con Nicolas en toda la mañana. En los recreos estuve atenta, quería que Rocío me viera. Cabeceaba entre la gente y miraba por encima del hombro de Agus pero no la encontraba, quizás había faltado o se habían rateado.

Nos fuimos del cole caminando juntas, primero a almorzar a casa. Llegamos y no había nadie. Cocinamos unas milanesas con puré Chef e intentamos hacer pan casero, se quemó en el horno y lo tuvimos que tirar. Habíamos comprado coca-cola en envase de vidrio. Nos sentamos a comer. Le pregunté por Nico, ella me dijo que era un amor, super tierno y sensible. El día anterior le había regalado flores y un poema escrito por él. Ay qué ridículo, le dije y me reí. Pedí que me lo mostrara pero no quiso porque tenía faltas de ortografía. Le pregunté si habían hecho algo más además que besarse. Me dijo que él le había tocado las tetas por arriba de la remera y que cuando se besaban sentía su pito duro chocar contra su cadera, un poco le gustaba, nada más que eso, todavía no estaba lista. Terminamos de almorzar, lavé los platos y me preguntó si quería fumarme un pucho, le dije que sí. Amagó a convidarme uno de los suyos pero yo le dije que tenía. Agarré los fósforos y salimos al patio. Prendí el cigarrillo, lo llevé a mi boca sosteniéndolo entre el dedo índice y el de al lado que no es el gordo. Inhalé el humo pero enseguida se fue por mi nariz, el olor fuerte me revolvió la panza. Lo apagué y lo revolé a la casa del vecino, no quería dejar evidencias en la mía. Entré a prender el equipo de música, sonaba Pale Blue Eyes de The Velvet Underground. Me senté sobre el marco de la ventana y en silencio la miré fumar. Lo hacía con una delicadeza que me asombraba, el día estaba nublado y se reflejaba en sus ojos. Me vio, se rió y me dijo que ya iba a aprender. Me sentí re tarada.

Se hizo la hora de ir a la peluquería, por suerte quedaba cerca. Fuimos en mi bici, yo manejaba y Agus iba en el caño. Cada tanto trastabillábamos, yo le decía que se quedara quieta, que no hablara ni se riera porque perdía el equilibrio, pero era peor. Un par de autos nos tocaron bocina, ella les hizo *fuck you*, nos reímos. Cuando llegamos nos dimos cuenta que nos habíamos olvidado el candado, así que ella se quedó afuera cuidándola mientras Rosa me cortaba el pelo. Siempre que iba me decía lo mismo: que estaba enorme y hermosa. Esa vez no, simplemente se horrorizó con lo que tenía en la cabeza. Me preguntó quién me había hecho eso y yo le dije que fue en una pelea en el colegio, una

chica me agarró de un mechón y me lo arrancó, entonces cuando llegué a mi casa tuve que emparejarlo. Veía en el espejo su cara de espanto mientras manipulaba mi pelo, me reí para adentro. Me preguntó por Angelita, que hacía años no sabía de ella. Yo le dije que estaba viva pero que la veía muy poco, que si quería la próxima que fuera a verla le mandaba un saludo. Asintió. Mientras ella terminaba con su trabajo, yo aburrída, miré de reojo la puerta y vi a Agus hacer sopapa con sus labios sobre el vidrio, llenándolo de saliva. Era un asco pero me causó gracia. Rosa me retó por moverme y me dijo que mi amiga era una asquerosa.

Terminamos, pagué y me fui. Me reprochó haber tardado mil años. Halagó mi corte nuevo y nos fuimos caminando, mis piernas no daban más. Nos separamos a las pocas cuadras, su casa quedaba para otro lado.

Cuando llegué mi mamá empezó a gritar que parecía un varoncito, que no podía creer que me hubiera hecho eso en la cabeza y que todo el tiempo estaba intentando afearme. Escuché sus palabras pero me pasaron por al lado, sin darle demasiada importancia la dejé hablando sola, agarré un paquete de galletitas, una botella de agua y subí a mi habitación. Agarré los diarios:

A mediados de 1957 la dirección del conservatorio convocó a un grupo de padres. Acudimos al llamado y anunciaron cuál era el motivo de la reunión. Formar una cooperadora. En ese momento el director era el maestro Ginastera. Nos fueron dando los cargos pero yo no quería aceptar ninguno porque no sabía cómo era la tarea de una cooperadora.

Estaba con nosotros Vicenta Molteni, nos conocíamos mucho porque fue directora de la escuela donde mis hijos varones transcurrieron su ciclo primario. Ella me alentaba mucho y acepté el cargo de secretaria, teníamos dos reuniones por mes, la tarea no fue tan difícil.

La comisión se renueva todos los años pero no impide que la persona que desea seguir en su cargo vuelva a ser reelegida.

Yo siempre decía que era el último año que ocuparía mi lugar, pero no pudo ser, estuve durante 25 años como presidenta de dicha cooperadora.

Pasé momentos muy lindos e inolvidables, se realizaron muchas obras con la colaboración de todos.

Cuando Pico y Lito cumplieron respectivamente los 18 años, reunimos a familiares y amigos para disfrutar juntos los acontecimientos, años 1956 y 1958.

El 21 de septiembre de 1958 un grupo de gente joven se reunió en nuestra casa de fin de semana ubicada en el camino a Punta Lara, sobre el arroyo el zanjón para festejar el día de la primavera.

Ricardo los agasajó con un rico asado y todos pasaron un hermoso día.

Después anduvimos en bote, jugaron al fútbol y luego bailaron.

Allí Alicia conoce a un amigo de Lito y nació en ellos una linda relación, ella con sus 14 años, Cacho con sus 18 años. Estuvieron de novios seis años, mientras seguían estudiando.

El 26 de diciembre de 1958 internamos a mamá muy delicada en el Hospital Italiano. Estuvo allí cuatro meses.

Dejé los papeles a un lado. Alicia era menor de edad, ¿no les resultaba raro que saliera con un amigo de su hermano mayor? Bueno, tampoco me quitaba el sueño. Se había hecho tarde y yo tenía un montón de tarea acumulada para lengua y literatura, tenía que escribir una historia a partir de una imagen. Por suerte en la lata había varias así que me sirvió. Era mi materia favorita sacando la parte de gramática, ahí era malísima. Así que me esmeré. No siempre terminaba conforme con los resultados pero a la profe le gustaba, siempre me recomendaba libros y me alentaba a escribir.

Leí mi tarea en voz alta mientras algunos tarados hacían comentarios de fondo. Me detuve, los miré con cara de odio y revoleé los ojos para arriba. La profesora dijo que no me preocupara, que siguiera. Ella después iba a encargarse.

Cuando terminó la clase preferí salir a la vereda, ver autos pasar era mejor que ver a mis compañeros.

Me senté en el cordón y apoyé mi bolso. Miré para el costado y vi acercarse a Rocío, desvié la vista, la volví a mirar, agité mi mano saludándola, me lo devolvió. Se sentó al lado mío, empecé a transpirar, me crucé de brazos, me

descrucé, me acomodé el pelo, me llevé un dedo a la boca. Tranca, me dijo. Qué boluda, pensé. Me preguntó si quería que volviéramos juntas caminando para el centro después de clases, sin dudarle y balbuceando le dije que sí. Genial, dijo, nos encontramos acá a las 13.10. Me dió miedo desmayarme de lo rápido que latía mi corazón. Yo no tenía nada que hacer en el centro pero qué me importaba. La próxima materia que tenía era matemática, entré al aula, saqué la carpeta pero no escuché nada. Agarré una hoja cuadriculada y empecé a dibujar corazones. Agus lo vió y me preguntó si estaba bien, yo le dije que sí, que no me molestara.

Cuando sonó el timbre guardé todo rapidísimo, pasé por el baño a mirarme al espejo. La esperé diez minutos sentada en un banco, en los últimos dos pensé que no iba a llegar, que me estaba boludeando, que ya se había ido o que iba a aparecer a reírse de mí con todos sus amigos. Estaba próxima a sentirme una pelotuda cuando apareció, ¿Vamos? me dijo. Me paré y caminé junto a ella. Sentía que las miradas ajenas me atravesaban tanto que veían mis órganos. Caminamos dos cuadras en silencio, yo la miraba cuando ella no me veía, y cuando dejaba de mirarla, hacía lo mismo conmigo. Ambas nos dábamos cuenta. Tiré la primera piedra

—¿Por qué me hablaste?

—No sé. Te veía siempre en el patio con esa chica y me parecías muy linda.

—Ah sí, Agus es mi mejor amiga.

—Ah, ¿Es tu amiga? Creía que era tu novia, bueno mejor. ¿Sabías que por ahí dicen que sos torta no?

—¿Eh? ¿Dónde dicen eso? No, no sabía. Bueno, igual no soy.

—Qué no vas a seeeer, mirá tu pelo.

—¿Qué decís? —dije alejándome. Lo tengo así porque me lo corté sola y me hice un desastre.

—A ver, veamos si no sos torta.

De a empujoncitos suaves me fue arrinconando contra una pared del Pasaje Dardo Rocha, donde menos gente pasaba. Cuando ya no tuve más lugar a donde ir, se acercó a mí, me sacó el gorrito y apoyó sus manos en mis cachetes, los juntó haciendo de mis labios un acordeón y me dio un beso. Me soltó de golpe, viene mi bondi, me dijo, no le cuentes a nadie. Se fue corriendo hacia la parada. Me quedé dura en ese lugar un rato muy largo, no sé cuánto. Me sentía ridícula por sentir que flotaba, pero era cierto. El corazón iba a mil y la cara hervía.

Todas las descripciones empalagosas del primer beso romántico se habían vuelto verdad y yo no lo podía creer. Me fui caminando a casa, volando sobre esa nube de pedos y amor.

8

Tenía las cejas finitas y arqueadas, casi imperceptibles, un arito con estrás violeta le adornaba la derecha. El pelo castaño claro le llegaba a los hombros. Siempre usaba una media cola, dejando al aire dos mechones que caían sobre su frente y por lo general tapaban sus ojos. Abajo de una capa lacia y artificial de pelo, se le formaban unos bucles que prefería ocultar. Sus labios eran más rojos que lo normal y se amalgamaban a la perfección con su piel pálida, casi fantasmagórica. Su nariz era plana y chiquita, tenía un lunar a un costado que decía que odiaba. Era lo que más me gustaba. Usaba una base que hacía que su piel pareciera porcelana y un delineado negro que hacía juego con el color de sus ojos. Sin importar la estación, Rocío usaba un saco color verde militar que había heredado de su abuela. Si era verano abajo se ponía musculosa y short y si era invierno algo más abrigado. Olía a coco y a desodorante de ambiente. Solía llevar siempre auriculares en el cuello y remeras con estampas de bandas de rock. Beck era su preferido.

9

No fue muy difícil alejarme de esos sentimientos. Llegué a mi casa y mi hermano había invitado a tres amiguitos del jardín. Mamá ya se había rendido en el sillón así que los dejaba hacer cualquier cosa. Mi papá no estaba. Los encontré parados arriba de la mesa de la cocina chocando ollas con cucharas y tenedores. ¿Qué mierda pasa acá? Les grité sobreactuando mi maldad. Enseguida dejaron de hacer ruido y me miraron como si les hubiera contado que Papá Noel no existía. Pánico. Uno se puso a llorar, me morí de culpa así que lo alcé y consolé, los demás quisieron lo mismo. Ni siquiera me gustaban los nenes. Siempre me habían extrañado, parecían borrachos y decían incoherencias. Mi mamá seguía tirada en el sillón. No se movía, parecía

desmayada, supuse que sería el cansancio. Crucé al almacén a comprarles galletitas y les preparé la leche. Cuando terminaron, sustituí las ollas por lápices y les propuse dibujar, que se dibujaran entre ellos. Se coparon. Fui al baño a hacer pis, estaba toda la bacha inundada, en la rejilla había una bola de plasticola con papel higiénico, me dieron ganas de matarlos de nuevo pero tampoco quería que les contaran a sus papás que yo los había maltratado. Cuando volví a ver en qué andaban, seguían dibujando.

—Mirá Elisa, hice un pito—me dijo Pedro.

—Jajá yo un culo que le sale caca—dijo el otro nene.

—Son unos asquerosos, ¿no pueden dibujar, no sé, una casa?

No podía seguir retándolos porque era mi propuesta, además estaban bastante callados. Qué cosa rara los varones.

Ya habían pasado un par de horas y todavía no venían a buscarlos, yo no tenía nada que hacer pero cualquier cosa era mejor que cuidar a esos cuatro pendejitos. Mamá seguía durmiendo tan profundo que me daba lástima despertarla. Les pregunté si querían ir a la placita de enfrente, se pusieron contentos, como si les hubiera regalado veinte huevos kinder a cada uno. Qué fáciles de complacer. Cruzamos la calle todos agarrados de las manos como un jardín que va de excursión. Me estaba comiendo el papel de señorita. Por más que me hacía la que no, un poco me gustaba. Se pusieron a competir en las hamacas, a ver quién llegaba más alto.

—Yo una vez di la vuelta entera, ¿sabían? —dijo Pedro.

Todos lo miraron asombrados e insistieron en que les contara cómo había hecho. Él les dijo que había estado hamacándose por dos horas enteras hasta que pudo. Yo, que no quería intimidarlos y que se callaran, escuchaba la conversación de refilón sentada en un banco. Ya había pasado una hora y me daba miedo que vinieran a buscarlos, no tenía idea si los dejaban cruzar la calle solos o ir a la plaza conmigo. Cuando entramos a casa mamá estaba buscándonos por todos lados.

—¿Vos querés que yo me muera de un infarto?

—Bueno pará, tranquilizate. No los secuestré, los llevé a jugar un rato, estaban haciendo un quilombo tremendo y vos dormías.

—¿Y si les pasaba algo? ¿Qué le decía yo a los padres?

Parecía que iba a largarse a llorar, qué exagerada. Estábamos todos perfectos y los chicos se habían divertido un montón. La dejé hablando sola, ya nada de eso era mi responsabilidad. Subí a mi habitación. Me puse los auriculares y volvió la calma junto con la imagen de Rocío. No entendía esos sentimientos que me atravesaban, siempre había estado cómoda conmigo pero ahora sentía que quería pasar mucho tiempo con ella. Me imaginaba situaciones hipotéticas, canciones para dedicarle y lugares por donde pasear. Era un bajón no poder contarle a Agus, pero sabía que no le iba a gustar. Una vez en su casa estábamos viendo la tele, dos chicos se besaron y su mamá horrorizada nos hizo cambiar de canal, después le contó a la mía disculpándose por no haber estado más atenta. Ella se rió y le dijo relajada que no se preocupara, así que supuse que estaba todo bien. Igual era mejor no decirle a nadie, quizás Rocío lo hacía de aburrida nomás, podía tener a la persona que quisiera.

Ese día los de la división se juntaban a hacer previa en la casa de un compañero. Yo nunca iba a esas cosas.. Las pocas veces que había ido todos se emborrachaban y vomitaban la cena, yo me quedaba a un costado sintiéndome una ridícula que no se podía integrar. Con Agus habíamos decidido ir, ella me insistió un poco diciendo que éramos muy antis y nunca participábamos de nada. En realidad estaba emocionada porque iba su novio, me dio bronca que no lo admitiera. Le dije que bueno pero con la condición de que no me dejara sola en ningún momento. Faltaba un buen rato para que se hiciera la hora, le pregunté a mi mamá si podía llevarme, me dijo que no, que ya había guardado el auto y que era un lío. Seguía enojada. Le avisé a Agus y le preguntó a sus papás, ellos siempre accedían. A las once te busco, me dijo. Me faltaba un montón todavía, así que me puse a leer un rato con una alarma para no colgarme.

El primero de marzo Alicia cumplía sus quince años, estaba ilusionada con la fiesta, pero no sabíamos qué hacer estando mamá hospitalizada. Mamá le regaló el vestido, era hermoso de tul y encaje. Me dijo que la fiesta tenía que hacerla porque una sola vez se cumplen quince años.

Así fue que se realizó una gran reunión. Bailó el vals, primero con el papá, sus hermanos, el padrino y Cacho fue el primero de los amigos que la sacó a bailar, desde ahí fue su novio.

A fines de marzo la saqué a mamá del hospital porque su enfermedad era irreversible, no tenía sentido que estuviera internada. Un día que estaba muy animada le pregunté si quería ver a su nieta con el vestido que ella le había regalado, me contestó que sí.

Alicia se vistió igual que el día de la fiesta. Cuando la vió la abrazó muy fuerte, la besó y abrazó mucho, como despidiéndose.

El 15 de mayo falleció, ese mes cumplía 59 años.

Era una regia mujer, linda más que linda, jovial, muy buena persona, toda la gente que la conoció le brindó mucho cariño.

Me costó dos años de tratamiento para poder recuperar mi salud, tuve que poner toda mi voluntad para poder mantener el equilibrio de mi familia, porque ahora eran mi marido y mis hijos, solamente ellos.

La alarma no había sonado pero no pude seguir, leía pero no estaba ahí, Rocío sí. ¿Ya no iba a poder concentrarme nunca más en la vida? Qué bronca, yo no pedí que me gustara alguien. Intentaba hacer fuerza cerrando los puños y los ojos pero el sentimiento no se iba. ¿Por qué una chica más grande se fijaba en mí? ¿Qué me había visto? Necesitaba responder a todas esas preguntas para estar tranquila. Me odié por haber aceptado el plan de la noche, bajé a avisarle a mi mamá que no iba, me dijo que tenía que juntarme un poco con gente de mi edad y salir de mi habitación, que fuera igual, un rato por lo menos. Resignada me tiré en la cama y me quedé mirando un punto fijo. Sentía unas ganas de llorar que no sabía de dónde venían, el pecho me apretaba cada vez más, como un perrito que creció y dejó de entrar en su jaula. Sonó la alarma de golpe y me sobresalté. Abrí mi placard y agarré lo primero que encontré, quería evidenciar mi desgano. Me puse rimel, delineador y cubrí con una base vencida los granos que me habían salido en la pera, por las dudas guardé un libro en el bolso, los auriculares y me pasaron a buscar. Desde que subí al auto hasta que bajé no abrí la boca.

Cuando llegamos un par de chicas ya estaban en pedo, gritaban y bailaban con pasos exagerados. Me malhumoró. Las saludé de lejos, una se acercó a darnos un beso que ninguna pidió, de hecho no era necesario. Sin querer me volcó la campera, era vino, no iba a salir. La miré con tanta cara de odio que se fue sin decir nada. La promesa de Agus se rompió mucho antes de lo que yo esperaba,

ni bien entramos lo vio a Nicolás, fue corriendo a abrazarlo y hacer lo mismo de siempre: besarse, calentarse.

Me senté a un costado del quilombo, esquivando el líquido marrón que había en el piso de todas las bebidas que se habían volcado, a nadie le importaba, ni al dueño de la casa. ¿No lo ponía nervioso ver ese desastre? lo envidié. Me quedé mirando la situación, se veían tan ridículos que me daba vergüenza ajena. Por un lado algunos nerds jugaban a las cartas y se abstraían de la realidad, por otro un grupito de pajeros parados en fila india miraban con rayos láser en los ojos a las chicas que ya estaban bastante desinhibidas. Animales a punto de cazar a sus presas, era una jungla. También estaba el rincón más oscuro de la casa donde mis compañeros ponían a prueba sus hormonas y se besaban sin ningún tipo de vergüenza refregándose contra la pared y contra sus cuerpos. Me sentía en el cine, los miraba como a una película y la verdad, un poco me calentaban. Me levanté a prepararme un trago, ya no quedaba casi nada, lo único era una caja de fernet preparado que se llamaba Fernandito, tomar agua de la zanja era más sano, de todas maneras me serví. Probé un sorbo y no estaba tan mal. De hecho, zafaba bastante. Volví a mi lugar con el vaso. Al menos ahora tenía algo que hacer. Sin darme cuenta me tomé todo. Abrí el bolso para agarrar auriculares y encontré en el fondo los puchos que había querido fumar los otros días. Salí. Se me acercó Manuel, un rugbier rubio y marcado por el que todas morían, a mí me parecía un taradito.

—¿Me das una pitada?

—Sí, tomá —le dije sin mirarle la cara.

—Boluda son re fuertes, qué fumas.

—Ni idea, unos cigarrillos que estaban en mi casa. Si no te gusta no lo fumes eh, nadie te obliga.

—Uh nena qué carácter, con razón siempre estás sola.

No era que yo fuera una malhumorada, era mi mecanismo de defensa contra boludos. Se fue chistando y revoleando el brazo para atrás. La noche estaba linda y estrellada, no hacía tanto frío para ser agosto. Me senté en el borde de la pileta, me saqué las zapas y metí la punta del dedo en el agua, se me congeló enseguida. Lo saqué. Agus se separó de su abrojo, se ve que le había dado lástima verme sola y romper su promesa. Me preguntó cómo la estaba pasando y yo que bien pero un poco aburrida. Bueno, ya nos vamos, me dijo, bancame un ratito más. Me preguntó si había tomado algo y le dije que sí, insistió en que

me preparara otro pero ya no quería más. En ese momento una chica se acercó a nosotras a hablarnos de algo que no entendí, balbuceaba. Se detuvo, se agachó y agarró su panza. ¿Vas a quebrar? le pregunté. Asintió moviendo la cabeza. Bueno, pará, te ayudo, le dije. Le sostuve el pelo pegajoso y lanzó una catarata de líquido marrón que manchó sus borceguíes negros. Qué desagradable, qué le ven de divertido a esto, pensé. Terminó con lo suyo y como si nada, volvió a bailar. No me agradeció, probablemente tampoco iba a acordarse nunca. Agus ya se había vuelto a pegotear. Después de un rato de seguir en la fiesta como espectadora, empezaba a impacientarme y ansiar mi cama. Entré y, como una nena que tironea el pantalón de su mamá para pedirle upa, interrumpí su beso golpeándole la espalda. Le dije que ya estaba un poco cansada y que quería irme. Qué ortiva, agregó Nicolás. Agus en joda le pegó en la cabeza y miró el reloj, me dijo que en quince minutos ya iban a buscarnos. Menos mal.

A la mañana siguiente me levanté al mediodía. Tenía un poco de dolor de cabeza, me pareció lógico por el griterío del quincho, haber fumado y tomado ese fernet asqueroso. Era sábado, no iba a ver a Rocío, así que traté de llenarme de actividades para evitar pensar. Tuve un almuerzo en paz, nadie se peleó, mi hermano tampoco hizo ningún berrinche, papá no estaba. Me ofrecí a lavar los platos, mamá no lo podía creer. Ella secó y guardó. Le propuse a Pedro cocinar galletitas, se re copó. Buscamos una receta fácil en el libro de Doña Petrona heredado de mi abuela, teníamos todos los ingredientes. Le puse un delantal para que no se ensuciara y lo obligué a lavarse las manos. Mientras revolvía los huevos, él quiso tirar la manteca y el azúcar dentro del bowl. Con cuidado, le dije, no lo tires de una. Seguí batiendo e incorporó los chips de chocolate a la

mezcla. Cuando terminamos, le pedí que enmantecara la fuente pero no quiso. ¿Vos no me querías ayudar? le pregunté, y él contestó que sí pero que esa parte era la más aburrida. Bueno, dejá, lo hago yo. Con una cuchara juntamos la masa y hecha una bola, la pusimos sobre papel manteca, la metimos al horno y dejamos la luz prendida. Vení, mirá, le dije. Nos paramos los dos frente al vidrio y casi con las narices apoyadas sobre él, vimos cómo la masa se fundía en el papel transformándose de bola a algo plano. Mientras lo hacían, volvió a jugar y yo a lavar antes de que a mi mamá le agarrara un infarto. Puse un rato de música fuerte y Pedro bailó conmigo. Hacía movimientos raros, como si se estuviera cagando de frío o haciendo pis.

—Mirá Eli, hago una viborita —me dijo moviendo su panza como Shakira.

—Jaja qué pendejo ridículo, no te sale, mirá, así es —dije intentando imitarla.

—A vos tampoco te sale nena.

Y no, no me salía. De todos los defectos que tenía, ser de madera era el peor. Tampoco me importaba tanto, no tenía situaciones para mostrar mis habilidades en la danza. Eso lo sacaste de mí, decía siempre mamá. A mí me llamaba la atención que se jactara tanto de eso, no es algo de lo que una se enorgullezca. Sonó el cronómetro del horno, pinché las galles con un cuchillo que salió limpio. Ya estaban. Las dejé enfriar sobre la ventana y le preparé la chocolatada a Pedro que ya estaba impaciente.

—No seas boludo, te vas a quemar.

—No me digas boludo, le voy a decir a mamá.

—Andá buchón.

Comimos las galles en silencio en la mesa del living. Él quiso mojarlas en la leche, yo no, me parecía asquerosa la sensación de una masa blanda deshaciéndose en mi boca sin tener que masticar, como papilla de bebé. Más de una vez había soñado que llegaba al colegio a la mañana y se me empezaban a salir los dientes, no me dolía, solamente se desencastraban como los rastis de mi hermano que andaban por el piso de mi casa, yo intentaba sostenerlos con mis manos haciendo un cuenco, pero siempre aparecía alguien corriendo que me llevaba puesta y se caían. Nunca supe el significado.

Entró mi papá. Cada vez que llegaba, Pedro le hacía una fiesta como si hubiera visto a su superhéroe favorito, él siempre le devolvía esa celebración, lo agarraba a upa, lo colgaba de su hombro e iba corriendo por toda la casa cantando “tengo un chanchito barato, quién me lo quiere comprar” y nos lo

ofrecía a mamá y a mí que por lo general le hacíamos cosquillas, Pedro se moría de la risa. Esta vez él no le dio bola y a mí se me partió el corazón. Era sábado, no trabajaba ese día. Yo tampoco quería preguntar, sentía que podía incomodarlo o incomodarme. Pero era evidente que algo pasaba, me daba mucha bronca que me ocultaran información, no era grande ni boluda, tampoco tan frágil, pero cada vez que intentaba hablar de algo serio con él no me salían las palabras de la angustia que me carcomía la garganta. Lo dejé pasar, pensé hacerlo un tiempo más.

Ya había pasado la tarde, apenas había pensado en Rocío y además me había divertido bastante.

Leí un rato más, hasta la hora de la cena.

Pico ingresó en la Facultad de Arquitectura donde obtuvo su título de arquitecto. Lito siguió con su música y también cursó tres años en la Facultad de Ciencias Económicas pero la dejó. Tocaba todos los instrumentos. Con un grupo de amigos músicos formó una orquesta llamada Multiplus, tuvieron mucho éxito, tocaban en Bs As.

Alicia cuando terminó de cursar en el Normal^o2 ingresó en el instituto de Educación Física que funcionaba en Nuñez. La carrera era de tres años, fue becada y obtuvo el título de Profesora de Educación Física.

Los tres son buenos hijos, buenas personas, cada uno dedicado a su profesión. En mayo del 75 pico fue becado a México por la organización de estudios americanos. Lito también en el 75 fue convocado por un grupo musical de Suiza, tuvo una gran experiencia, le sirvió mucho en todos los aspectos, regresó en marzo del 76.

Alicia ejerció su profesión en varios colegios de la ciudad.

Estas son las satisfacciones que hemos recibido de nuestros hijos aparte de su cariño y su amor.

Mientras tanto yo seguía en el conservatorio procurando conseguir casa propia para dicha institución. La lucha duró un año y se logró adquirir un inmueble de dos casas, planta baja y planta alta en la calle 7 y 59, Plaza Rocha. Pero la satisfacción más grande fue cuando las llaves me las entregaron a mí porque la carátula del expediente decía Cooperadora del Conservatorio de música Gilardo Gilardi. ¡Qué momento inolvidable!

Tuve grandes colaboradores, no quiero dar nombres para no cometer errores de olvidarme de alguien.



Ángela y amigas del conservatorio

Un día voy a la reunión de la cooperadora, estaciono el auto, me bajo, cierro con llave y cuando subo a la vereda me encuentro con Carlos, mi primer amor en la parada de micro. Me asombré al verlo, nos saludamos, me preguntó por mis hijos y me tiró un piropo, quiso saber a dónde iba. Le dije que era la presidenta de la cooperativa del conservatorio y tenía reunión, no podía retrasarme. Me tomó del brazo y me dijo “esperá no te vayas, yo les dije a mis hermanas que el día que me muera seas vos la única que me cierre los ojos, siempre te amé” no supe qué contestar, lo saludé y me fui.

Los domingos en general me ponían triste, nunca supe si era la quietud del día, no tener actividades o que estuvieran mis familiares dentro de mi casa las 24hs. Por lo general después de almorzar sentía un vacío por lo que se acababa o más bien por lo que estaba por venir.

Ese día nos juntamos a almorzar en lo de mi abuela Silvi. Había preparado bifecitos a la criolla, me enojé porque sabía que a mí no me gustaban.

Estaban mis primas, tenían la misma edad que yo o un par de años menos pero nunca nos veíamos. Los grandes insistían -a pesar de ya ser adolescentes- en

armarnos una mesa para nosotras solas, la cuestión era que cada vez que eso pasaba, no sabíamos de qué hablar y se generaba un silencio incómodo que se rompía cuando venía mi hermano a molestar. No tenía idea en qué andaban ellas, iban a un colegio que no quedaba en la ciudad y hacían actividades pretenciosas, además tampoco me interesaba. Cuando entré con el pelo cortito me miraron con tanto desagrado que un poco me angustió o me inhibió, no supe bien. A Pedro también lo miraban mal pero ahí ya tenían más razón porque andaba sucio todo el día.

Lo bueno de esos silencios incómodos era que me dejaban escuchar de qué hablaban los demás. Mi abuela le preguntó a mi mamá por mi papá. Mi oído se afiló al pedo porque ella dijo que nada, que estaba muy ocupado con el trabajo y últimamente, cuando no estaba ahí, prefería quedarse descansando. Me hubiera gustado preguntar a dónde descansaba, porque en casa no era, pero no me dio la cara.

Mi plato estaba lleno pero los cubiertos en su lugar. Ni siquiera quise probar. Mi mamá me insistió: que no sea tonta, que me iba a gustar, pero yo ya sabía que no. Probar toda esa salsa roja con esos cositos flotando me iba a revolver la panza.

En un momento se pusieron a hablar de Angela y el oído volvió a pararse. Mi abuela decía que era un gasto enorme haberla trasladado del hospital y que entre los remedios, las enfermeras y la chica que limpiaba se iba toda la plata de la pensión y más, así que había que buscar otra solución, ella no estaba dispuesta a cuidarla todo el día.

—Bueno, entonces matémosla, ¿no? —dijo mi tío riéndose y tomando un trago de vino.

Todos se rieron. A mí me pareció un horror, pero tampoco dije nada. Lo miré y estaba sonriendo; tenía migas en la barba, restos de salsa en las comisuras y manchas de vino en su camisa. Me dio una mezcla de desagrado, pena y ganas de llorar. Miré al techo para que no cayera la primera lágrima pero mis ojos ya casi que explotaban. Me levanté para ir al baño y largué el llanto. Me refregué con la toalla de manos y terminé bordó. Me senté en el inodoro a esperar unos minutos a que bajara la hinchazón pero era obvio que mis primas me iban a molestar por haber tardado tanto.

Por suerte el postre sí me gustaba, se llamaba la chanchada. Era una base de vainillas mojadas en café, con un relleno de leche condensada con azúcar, limón, vainillín y una cobertura de crema chantilly. Mi abuela decía que la receta pertenecía a su abuela, o sea a mi tatarabuela. Me comí dos porciones, en la segunda Silvina me miró con cara de desaprobación. Unos años atrás cuando empecé a desarrollarme, le conté entusiasmada que me estaban creciendo las tetas y me dijo sí, porque estás gorda.

Lo miré a Pedro y tenía las dos manos dentro de su porción, con el dedo índice revolvía la crema como si fuera una cuchara y se la llevaba a la boca. Me acerqué y le dije al oído que era un asqueroso, después a mi mamá que fuera a decirle algo.

Volvimos a casa en silencio, me quedé dormida en el auto.

Me levanté como si hubiera dormido ocho horas, pero la ansiedad me había dejado dormir solo tres y media. Mi mamá se asomó para despertarme y se sorprendió al verme ya lista. Tenía mucha energía así que preferí ir al colegio en bici. Esperar a que todos terminaran de vestirse y desayunar me iba a poner de mal humor y era muy temprano para arrancar así.

Llegué transpirada, mi cara estaba brillante, mi pelo pegado a mi frente y los cachetes bordó. Empecé a sacarme todo el abrigo que tenía puesto como una cebolla y até la bicicleta. Estaba a punto de llover. Entré rápido porque no quería cruzarme a Rocío en esas condiciones. Cuando estaba cruzando la puerta del hall, Agus me interceptó y me llevó del brazo al baño, casi como un secuestro. Trabamos la puerta para que no pasara nadie. Empezó a dar vueltas, a preguntarme por mi fin de semana y sobre la ropa que traía puesta, le dije que se

dejara de joder y me dijera lo que tenía para decirme porque estaba por sonar el timbre. Estaba nerviosa, se le notaba por cómo se agarraba las manos. No lo soltaba y empecé a preocuparme. Al final terminó por contarme que había estado con Nico.

—¿Pero estado, chapar?

—No, cogimos el sábado en su casa. Sus papás se habían ido a no sé dónde y me invitó.

—¿Y qué onda, te dolió? ¿te salió sangre? A mí me da miedo eso.

—Sí me dolió un poco, cuando entró por primera vez sentí que algo se rompía. Pensé en decirle que parara pero creí que era mejor sacarmelo de encima rápido.

—Ay nena pero lo hacés sonar como un trámite. ¿No le dijiste a él? ¿no sentiste nada lindo?

—Me dio lástima porque me preparó la cena y ordenó su pieza solo para mí. Además lo veníamos planeando hacía un montón pero nunca teníamos casa sola.

—No me contestaste la pregunta, ¿sentiste algo lindo? ¿valió la pena? ¿Cómo era el pito? ¿Estaba limpio?

—Uh dios, qué pesada. No, no sentí nada lindo, pero era la primera vez, ya voy a sentir. Pensé que te ibas a alegrar y no parás de interrogarme.

—Bueno perdón, tenés razón. Lo último que te voy a decir es que no seas boluda, decile que se cuide. Se cuidó, ¿no?

—¿Sos tarada Elisa? Sí obvio que se cuidó. Me malhumorás nena, dios.

Sonó el timbre, fuimos al aula sin hablar.

La vara estaba bajísima, festejarle que había ordenado la pieza me pareció un montón.

En esa caminata silenciosa me crucé a Rocío. Me saludó medio seca pero tampoco podía pretender mucho, estábamos en el colegio y eran las ocho de la mañana. Agus me preguntó si me llevaba con esa chica más grande y yo que no, que ni idea por qué me había saludado. Por suerte no indagó demasiado.

A veces sentía el impulso de querer contarle pero algo me detenía. Ni siquiera sabía si iba a juzgarme, quizás tenía que ver mi propio miedo a todo ese territorio ajeno y desconocido. No iba a entenderme si no me entendía ni yo.

No se sentó al lado mío ese día, se sentó con su novio. Cuando me di vuelta a ver a dónde estaba, vi cómo la mano de él se deslizaba por la entrepierna de ella haciendo un masaje circular. Mientras tanto la clase continuaba como si nada, el

profesor hablaba, los tarados del fondo molestaban e incluso ellos dos, con sus manos libres, copiaban en la carpeta. Habían entrado en un microclima, en una cápsula envidiable. Me imaginé a Rocío sentada junto a mí deslizando la suya sobre la mía y se me aflojó el cuerpo.

Ya parecía una degenerada mirando, volví mi vista al frente y seguí con mi tarea. Tenía la esperanza de que al salir Rocío frenara y me invitara a hacer algo, pero no, no pasó. Estaba diluviando y además, ella me había propuesto la última vez, quizás estaba esperando a que lo hiciera yo. Todavía no me animaba, me daba miedo que no quisiera y sentirme una boluda.

Desaté la bicicleta y me puse la campera sobre la cabeza, volví a mi casa empapada.

Esa semana no pasó nada. Durante los recreos deambulé alrededor de ella como un mosquito en verano, al acecho, pero no me miró, ni siquiera de reojo. Llegó el viernes y mis esperanzas estaban por el subsuelo al igual que mis ojeras. Seguía sin poder dormir y no sabía por qué, sentía en el estómago una sensación de tener algo pendiente que no se iba con nada. Sabía que la solución era encararla e invitarla a hacer algo, pero no me daba la cara. Por suerte Agus había faltado y no tenía que andar preocupándome por las explicaciones. Me vestí linda, me peiné con una hebilla a cada lado y me maquillé sutil, era mi momento. Cinco minutos antes de que sonara el timbre le pedí a la profesora si me dejaba ir poniendo como excusa que tenía que retirar a mi hermano. Guardé mis cosas y la esperé en la puerta, bien pegadita, cosa de que no se me escapara o mezclara entre la gente.

Cuando la vi salir todo lo que había planeado decirle se me olvidó. Me quedé tan colgada que se me fue, tuve que correr detrás de ella para alcanzarla, le toqué la espalda, se dio vuelta y me miró: pensé que no me íbas a encarar nunca, me dijo mirándome a los ojos. Cada vez que nuestros ojos se encontraban yo los desviaba para cualquier otro lado. En mi cabeza había planeado hacerme la superada y decirle que había estado ocupada con los exámenes de fin de cuatrimestre, pero para qué iba a mentir. Le dije la verdad, me disculpé por haber tardado tanto y agregué que me ponía bastante nerviosa que fuera a rechazarme.

—¿Pero cómo te voy a rechazar si te busqué yo?

—No, bueno, ya sé. Pero sos más grande, tenés experiencia y yo no tengo nada de todo eso.

Le di ternura o al menos eso pareció por cómo me miró. Me armé de valor y le pregunté si quería ir a andar en bici por la tarde, me respondió que ese día no podía pero que al otro sí. Vivía re lejos de mi casa pero pusimos un punto en común, la plaza Malvinas a las 17 hs.

Sentía tanta emoción dentro de mi cuerpo que no podía manejarla yo sola, tenía que compartirla. Mientras volvía a mi casa pensé cómo contarle a Agus. No iba a animarme a decírselo en la cara así que llamarla era la mejor opción.

Cuando llegué almorcé y me puse a cocinar un budín para el día siguiente.

—Ah bueno pero qué cocinera que estás—dijo mi mamá mirando la mezcla sobre mis dedos.

—Sí, que se yo, ni idea.

—Bueno, avísame cuando esté listo que quiero probar un pedacito.

—No, es para llevarme mañana a la plaza, nos juntamos con las chicas del colegio a merendar.

—¿En serio nena? Mirá, te hizo bien ir el otro día a esa fiesta, podrías hacerlo más seguido.

—Sí bueno, ¿me dejás ahora?

—Qué humor, no se te puede hablar.

Cuando terminé con el budín, lo corté en pedacitos y lo guardé dentro de un tupper. Quería hacer buena letra -y que pasaran el control de calidad- así que agarré uno y se lo llevé a mamá, le encantó.

Me senté al lado del teléfono, cerré los ojos, los abrí, hice varias respiraciones profundas, agarré el teléfono y marqué el número.

—¿Hola?

—Hola, ¿Raquel? Habla Elisa, ¿está Agus por ahí?

—Ah! ¿Cómo estás Elisa? Sí, enseguidita te la paso.

Esperé un rato del otro lado mientras escuchaba cómo la mamá gritaba su nombre y le advertía que se apurara, que siempre que llamaba yo hablábamos mil horas y le llegaba una factura de la san puta. Me atendió y con la voz entrecortada le dije que tenía que contarle algo, el tono lúgubre que me adornaba no parecía anunciar nada bueno, pero eran los nervios.

—Dale nena dios, qué le pones tanto suspenso a la cosa, pareces yo el otro día.

—Pará un poco, justamente por eso, vos también tardaste mil años en largarlo.

—Sí, tenés razón pero apurate porque ya sabés cómo se pone mamá cuando uso mucho el teléfono.

—Bueno, ¿viste que me estuve saludando con Rocío, la chica de sexto?

—Sí, ¿qué? ¿Te gusta?

—¿Eh? ¿Cómo sabés?

—Es obvio, Eli, cuándo la mirás se te transforma el cuerpo. Además ya sabía que te gustaban las chicas.

—Qué tarada ¿cómo sabías eso? Si nunca te dije nada. Además no me gustan las chicas, me gusta ESA chica. A vos tampoco te gustan los chicos, te gusta Nico y punto.

—No sé, será porque soy tu amiga y te conozco. ¿Te acordás cuando amaste un año entero a esa profesora de matemática? No creo que haya sido casualidad.

—La amaba porque me caía bien, no tiene nada que ver. ¿Por qué no me preguntaste si tenías la duda?

—Porque sentía que era algo muy tuyo, bolu. Muy personal.

—Bueno pero sos mi mejor amiga, que se yo. Ya fue, no importa, la cuestión es que Rocío me gusta y mañana seguro la vea en la Malvinas.

—Sos una boluda, me lo tendrías que haber dicho antes ¿Qué te iba a decir?

—Bueno perdón, no sé, creo que me da un poco de vergüenza. Después te cuento cómo me fue mañana. Un beso, te quiero.

—Chau tarada, yo también, suerte.

Sabía que todavía faltaba la peor parte, la familiar, pero eso podía esperar. Le había dado mil vueltas al asunto al pedo. Igual ya estaba.

Había colgado la lectura un par de días porque estaba con la cabeza en cualquiera.

El 29 de mayo de 1955 cumplimos bodas de plata. Ricardo fue un marido ejemplar y un gran padre. Decidimos festejar nuestro aniversario, enseguida puse en movimiento mis energías y empezamos a cambiar ideas con nuestros hijos.

Fui a la iglesia San José y hablé con el padre Ferreira para realizar una misa de acción de gracias. Mandamos a hacer las participaciones, los más amigos fueron invitados a la reunión, otros solamente a la iglesia.

Llegó el día esperado, por la mañana llevé las flores para adornar el altar y con la ayuda del que hacía la limpieza dejamos todo en perfecto orden. Hablé con el padre y me indicó cómo tenía que ser la entrada a la iglesia. La misa era a las 20hs. Tenía una emoción y unos nervios que no podía ni hablar. Recibimos regalos, flores, telegramas todo era muy lindo.

Llegó la hora de salida, mis hijos estaban hermosos. Ricardo y yo siempre fuimos una linda pareja.

El templo estaba lleno de amigos, allí se veía que lo que uno sembró, recogió.

Llegamos al altar, al costado izquierdo se ubicaban los chicos. Yo comulgué, Ricardo llorisqueó.

Llegamos a casa acompañados de tíos, primos, amigos y todos los hermanos de Ricardo con sus respectivas familias. Fue una fiesta hermosa, duró hasta altas horas de la madrugada, yo lo disfruté mucho más que el día de la boda.

Cuando todo terminó, entramos a nuestro cuarto con Ricardo, me abrazó fuerte, me besó que me quitaba la respiración, fue y será inolvidable hasta el fin de mis días. Lo demás queda en la imaginación de cada uno.

Toda la mañana amagó con largarse a llover, yo pedía por favor que no pasara. Hice una cruz de sal en la ventana que tuve que disimular cuando entró mi

mamá a mi habitación, lo último que me faltaba que creyera que andaba en cosas raras. Para la hora que habíamos acordado ya se estaba despejando. Agarré el budín y preparé mi mochila. Cuando estaba a punto de salir con la bici, mi mamá me gritó que me pusiera el casco, yo odiaba usarlo, parecía una tarada. Volví con desgano y me lo puse, total después me lo sacaba. Cuando llegué a la plaza Malvinas Rocío me estaba esperando, un puñal a mi puntualidad. Además, me vio con el casco. Nos saludamos con un beso incómodo en el cachete, hizo un chiste sobre lo precavida que era. Le pregunté si había llegado hacía mucho y me dijo que no, que recién. Saqué de mi mochila un mantel que usaba de manta y lo estiré en el pasto. También se rió por mi preparación. Le conté que me gustaba estar lista.

Comimos el budín hablando de boludeces, me preguntó si tenía hermanos y yo le devolví la pregunta. Me contó que estaba en crisis con la carrera, en un mes tenía que inscribirse y estaba más perdida que nunca. Yo no tenía ni idea de cómo aconsejarla, pero le dije que se quedara tranquila que algo iba a surgir, que además podía optar por no estudiar.

Sentía que quería quedarme a vivir en esa tarde.

—¿Qué onda nosotras, Ro?

—¿Qué onda con qué?

—Nada, con esto, con lo que nos pasa.

—No se, ¿La pasamos bien, no? Me gusta que nos veamos pero prefiero que lo mantengamos entre nosotras.

Empezó a nublarse de golpe y parecía que se iba a caer el cielo. Metí el mantel hecho un bollo dentro de mi mochila, me puse la capucha y me subí a la bici. Le pregunté para dónde iba, que si quería podía llevarla en el caño. Me dijo que no iba a poder, que era muy pesada, y yo insistí. Se subió y la alcancé hasta la parada de su micro, ya estaban empezando a caer las primeras gotas. Se bajó, nos dimos un beso y me fui. Llegué a mi casa empapada y muerta de frío. Me preparé un té, llené la bañera con agua caliente, agarré los auriculares y me metí. En mi casa no había nadie, todavía me latía fuerte el corazón.

Los gritos de mi hermano interrumpieron la situación. Como si no existieran las puertas o la privacidad mi mamá entró al baño a preguntarme cómo me había ido y si les había gustado el budín. Indiferente le dije que bien, pero que se fuera o al menos que tuviera la delicadeza de tocar. Sin decir nada se retiró. Ya se había cagado mi momento, desagoté el agua y salí.

Entré a mi habitación, estaba mi mamá sentada en la cama. Me asusté, sentí que se venía algo malo, su cara estaba indescifrable. Resulta que solamente quería decirme que últimamente me veía muy bien, más integrada en el colegio, jugando con mi hermano y saliendo. Estaba contenta por mí. Le dije que sí, que me sentía mejor, por nada en particular, solamente pasaba. No estarás enamorada vos, ¿no? me dijo con mirada pícaro y yo enseguida le dije que no, que dejara de atribuirle la felicidad a una pareja, que si ya había terminado por favor que se fuera porque quería cambiarme, todavía tenía la toalla en el cuerpo. Se fue intentando hacerse la graciosa con caras de duda.

Todo ese día pensé en Angela, no supe bien por qué. Pero algo de eso me ponía triste. Ya no estaba para pedir permiso, así que se me ocurrió ir a visitarla al otro día. Podía llevar mis esmaltes y pintarle las uñas, o leerle algún libro de su biblioteca.

14

Respiré profundo, toqué dos timbres y me alejé unos centímetros. Me atendió una de las enfermeras, me preguntó quién era y yo que Elisa. Volvió a preguntar: ¿quién? Elisa, la bisnieta. ¡Ah! Ya te abro.

No nos saludamos con un beso, no supe bien qué hacer, fue un momento incómodo. Dejé la bici en el garaje y el casco colgando del manubrio, Gabriela, así se llamaba la enfermera, ya había entrado. Corrí detrás de ella y me indicó que esperara unos minutos en el living mientras le avisaba que había llegado. Yo no la conocía, había llegado a conocer a Alicia pero se ve que las cambiaban seguido.

No fue demasiado lo que esperé, enseguida ella se asomó por la escalera y me hizo señas con la mano para que subiera. En voz baja, como un secreto, me dijo que Ángela estaba muy conmovida, no se esperaba mi visita. Yo estaba rígida, no sabía cómo moverme por esa casa tan esterilizada, impecable y silenciosa.

¿Y si la llenaba de gérmenes y se moría por mi culpa? Me arrepentí por unos segundos de haber ido.

Cuando crucé las puertas de su habitación, estaba llorando. Ya habían pasado varios meses desde que la había visto por última vez. Me senté a su lado y, como era costumbre, me sostuvo de la mano. Hablaba con una cadencia lenta y pausada, a veces le temblaba la voz y se le entrecortaba. A pesar del silencio no lograba entenderle bien y me daba vergüenza pedirle que me repitiera, no quería que se sintiera mal. Nos interrumpieron más de una vez las enfermeras, una para traerle la merienda, otra para cambiarle unas de las bolsas que colgaban al costado de la cama. Me preguntaron si quería algo pero yo no quise molestar.

—Nena, ¿estuviste leyendo lo que te regalé los otros días? —me preguntó con la voz entrecortada.

—Sí, lo estoy leyendo. Hay algunas cosas de las que no tenía ni idea, me encanta saberlas, así no se pierden.

—Sí, claro, por eso quería que lo tengas. Siempre fuiste muy atenta y curiosa. Sabía que lo dejaba en buenas manos.

Me sentí un poco responsable, pero de todas maneras yo los disfrutaba tanto como ella. Cambiando de tema, le conté que me había enamorado por primera vez. Ella me preguntó quién era el afortunado y yo que un compañero del colegio, unos años más grande que yo. Me dijo que lo disfrutara porque a su parecer era el sentimiento más lindo del mundo, pero que fuera consciente, las veces que le había pasado ella había tirado el mundo por la ventana. El amor es un francotirador ciego y vos sos muy joven, concluyó. Después quiso saber más de él, si era buen mozo, a qué se dedicaban sus papás, qué quería estudiar.

Inventé una historia que calzara con sus expectativas: que se llamaba Juani, tenía 17 años y quería estudiar bioquímica para poder trabajar en el laboratorio de su familia, ya estaba preparando el ingreso con una profesora particular.

Además jugaba al rugby. Ya se estaba haciendo de noche y yo tenía que volver en bici. Nos despedimos, me dijo que fuera a visitarla más seguido porque la ponía muy contenta, y a esa altura ya nada la hacía feliz.

Salí de su casa. Mientras pedaleaba las lágrimas se mezclaban con los mocos transparentes que caían de mi nariz. No tenía pañuelitos y tampoco podía dejar de llorar. Con todo lo que Ángela había bancado a la familia nadie era capaz de hacerle compañía. Ese lugar más que una casa se había convertido en un hospital frío. Nadie merecía morir así. Ni siquiera podía dimensionar la angustia

que ella debería sentir, pero por algún motivo empatizaba con eso y me destruía a mí también. No podía quedarme sin hacer nada.

Cuando llegué a casa mamá estaba bastante preocupada porque era casi la hora de la cena y yo todavía no volvía. Le dije que tampoco se hiciera drama por todo, que ya estaba ahí. No era un buen momento para sacar el tema, así que lo dejé pasar. Cenamos en silencio y con la ausencia de mi papá. Pedro ya había ocupado su lugar en la mesa.

Antes de dormir leí un rato:

Ahora quiero hablar del matrimonio de mis hijos: Alicia después de seis años de novia con Cacho y terminada su casa en City Bell, decidió casarse. Se realizaron todos los preparativos para tal acontecimiento y el 7 de julio de 1965 se casaron.



Alicia y Cacho en su casamiento

Mis hijos más grandes hacía dos años que estaban noviendo, después de que pudieron adquirir su casa propia decidieron formalizar la pareja.

Lito se casó el 15 de diciembre de 1965 con Susana.

Pico se casó el 14 de febrero de 1966 con Maisi. En siete meses se me casaron los tres hijos, la casa parecía más grande, porque siempre estaban con nosotros.



Angela con sus hijos y parejas en el casamiento de Pico y Maisi

Qué pesados, por qué no se iban a sus casas ya que tenían, qué ganas de estar todos juntos.

Muchas veces comíamos todos juntos y así la casa estaba llena de amor. El tiempo fue pasando y la familia se iba agrandando. Empezaron a llegar los nietos.

El 30 de octubre de 1966 llegó Mariana, una belleza, hija de Lito y Susana, era día domingo. Qué alegría, por dios, una bebé. Todos estábamos locos de alegría, Ricardo y yo no podíamos creer que éramos abuelos. Ese día, para festejar el acontecimiento, nos fuimos a cenar al restaurant “La estación”.

¡Oh Sorpresa! A la semana del nacimiento de Mariana llega Maria Soledad, el 6 de noviembre de 1966, también día domingo, hija de Pico y Maisi. Chiquitita, rubia como el sol, hermosa.

Doble fue la alegría, en una semanas teníamos dos nietas.

La casa cada vez se llenaba más gracias a esas dos personitas.

Alicia después de dos años de casada quedó embarazada y el 20 de agosto de 1967 llega Paula. El primero que la tuvo en sus brazos fue el papá, tenía un parche en la frente porque nació por cesárea y le hicieron un pequeño corte.

Pobrecita, el apósito era más grande que su carita. Siempre sobre la cama había dos moisés.

Bueno, qué ganas de tener hijos, pensé. Ya me estaba dando sueño y abrumando todo el tema familia.

15

Cuando me desperté para ir al colegio estaba papá, me dijo que tratara de volver lo más rápido que pudiera porque tenía algo que hablar con la familia. Mi mamá tenía cara de no haber pegado un ojo y a mi hermano poco le importaba. Era evidente que algo pasaba pero no podía descifrar qué, si se habían separado no era tan grave, todas mis amigas tenían papás separados. De hecho quizás era mejor, porque prácticamente no vivía más ahí y cuando estaba todo se volvía tenso. Durante la mañana estuve re nerviosa pensando en casos hipotéticos, quizás se iba a vivir a otro país o simplemente nos iba a decir que no nos quería más. No vi a Rocío en todo el día así que no pude distraerme. Agus trataba de calmarme diciendo que quizás era algo bueno, como que había heredado de algún pariente lejano una suma millonaria de dólares y no estaba porque tenía que hacer los trámites o que estaban construyendo otra casa y tenía que hacer el seguimiento, pero era obvio que algo positivo no era.

Estábamos en clase de biología cuando un papel me golpeó la cabeza. Lo junté del piso porque decía mi nombre y lo abrí. Era un dibujo de una torta de cumpleaños con velas que formaban Elisa. Se lo mostré a Agus, ella más indignada que yo lo hizo un bollo y fue a tirarlo al tacho. Miré para atrás y los del fondo estaban muriéndose de risa. Cuando volvió me dijo que no me

preocupara, que eran unos boludos. Yo no me hacía tanto drama porque sabía que del otro lado estaba Rocío y eso me enorgullecía bastante. Igual, no iba a negar que un poco me incomodaba. Los miré con cara desafiante, negué con la cabeza y volví con mi vista al frente.

A la salida del colegio me esperaba mamá, nunca iba a buscarme. Me estaba haciendo quedar como una tarada, como si fuera la primaria o un cumpleaños. Por suerte la localicé rápido así que nadie me vio, o no fue tan evidente. Le dio miedo que desde el auto no la viera y me fuera en micro. Todo el trayecto lo hicimos en silencio.

Llegamos a casa. Ni bien crucé la puerta de entrada me malhumoré porque vi a Pedro jugando con otro nene.

—¿Otra vez invitó a un amiguito? Esta vez no me hago cargo eh, tengo que estudiar un montón, no voy a llegar. Intentá que no griten, por favor.

—No Eli, vení.

Cuando fui al living ya estaba mi papá sentado con cara de constipado. Vení hija, agregó él. Me senté enfrentada, entre los tres formábamos un triángulo. A mamá se le empezaron a llenar los ojos de lágrimas y él no podía mirar a ninguna de las dos a los ojos. Buscaba su mirada pero la desviaba hacia el techo. Los gritos de fondo de los nenes le sacaban seriedad a la situación, o al menos eso me pasaba a mí que ver llorar a mi mamá me daba vergüenza ajena.

Mi papá empezó con una introducción que poco me interesó. Se disculpaba por el tiempo ausente, señalaba cuánto nos quería. Pero que la vida a veces te llevaba por malos caminos y él había tomado una mala decisión, y ahí estaba, pagando por sus errores. Esperaba que alguna vez pudiéramos perdonarlo porque éramos lo máspreciado que tenía.

Empecé a impacientarme

—¿Me están jodiendo? ¿Pueden decirme de una vez qué es lo que pasa?

—¿Ves ese nene que está ahí? —dijo mi mamá acongojada y alterada. Bueno querida, no es un amigo de Pedro, es tu hermano. Tu papá tuvo un hijo hace tres años y nos lo ocultó.

Mi papá no hablaba y a mí no me salían las palabras. Me quedé mirándolo fijo un rato. Él miraba el techo, mi mamá el suelo mientras lloraba desconsolada, los

nenes jugaban. Se cruzaron un millón de pensamientos por mi cabeza pero ninguno estaba tan claro, no los entendía. Después de un rato de silencio pregunté:

—¿Tan poco te importamos?

—No, no es así. A veces los grandes tomamos malas decisiones y esta fue una. Me mandé una cagada, qué le voy a hacer. Si te deja tranquila, con Natalia nunca estuve en pareja, fue un desliz. Ahora me estoy haciendo cargo.

— No puedo creer que encima lo digas con tanta soltura, no entiendo cómo te da la cara. ¿Cómo se llama el nene? ¿y qué vas a hacer ahora?

—Elisa, calmate — dijo mi mamá.

Yo estaba tranquila, solamente no podía entender, no me entraba en la cabeza. ¿Qué habíamos hecho nosotros para merecer todo ese quilombo? Yo ni siquiera podía con un vínculo amoroso y él mantenía a dos familias, bueno a dos familias no, a una y un nene. Y mi mamá, que siempre nos había criado con tanto amor y dedicación, incluso a él ¿Cómo podía hacerle eso? Las palabras se me volvieron a trabar en la garganta y el llanto empezaba a subir, no quería mostrarme frágil, no iba a llorar. Los dejé ahí sentados y subí a mi habitación. Largué el llanto tirada en la cama. Me tocaron la puerta, les grité que se fueran.

—Eli, soy yo —dijo Pedro.

—Andate Pe, ahora no quiero hablar.

Insistió tanto que tuve que pararme a gritarle en la cara, pero cuando la abrí, junto a él estaba Isidro, un enano hermoso. Rubiecito y con unos ojos verdes que con la luz del sol parecían amarillos, era igual a mi papá el hijo de puta. Estaban los dos sucios, tenían barro en las rodillas. Me sequé las lágrimas con la remera para que no vieran que había llorado, mi cara hinchada me delataba. Me preguntaron si quería jugar con ellos y yo les dije que en ese momento no, que dentro de un rato si querían los llevaba a la plaza. Me partían el corazón. Se ve que mi mamá escuchó mi voz y subió a hablar conmigo, sabía que ella no tenía la culpa pero igual me generaba un rechazo inexplicable, los dos. No quería hablar, no en ese momento.

Salí un rato a andar en bicicleta y me llevé los diarios. El día estaba hermoso, hacía frío pero el sol pegaba fuerte. Después de un rato de pedalear y darle vueltas al asunto, frené en una plaza, estaba cansada. Tomé agua y me tiré en el pasto a ver el cielo. Los pensamientos no me dejaban en paz, me sentí una

tarada por no haberme dado cuenta antes. Además, ¿Cómo se le ocurría? Con Pedro tan chiquito y mi mamá encargándose de todo.

Intenté leer un rato, para evitar pensar. Al menos en esa historia familiar todo parecía encajar.

El 28 de noviembre de 1967 llegó Maria Josefina, hija de Pico y Maisi. La cigüeña siempre revoloteando por los cielos a ver donde dejaba esa hermosa carga y así fue que el 10 de julio de 1969 llegó Valentina, hija de Alicia y Cacho, por cesárea. La casa cada vez más llena de amores. Al año siguiente, el 11 de febrero de 1971 llegó el esperado Ricardito, hijo también de Pico y Maisi, único varón. Ricardo decía por fin llegó el machito, fue tanta la alegría de todos que no se puede explicar en palabras.

En familia festejamos la llegada de toda esta gente menuda y cada uno tenía su belleza. A medida que pasaba el tiempo me di cuenta que en una de las parejas había un deterioro, no quise decir nada pero no me equivoqué. Cuando Ricardito tenía un año y medio sus padres se separaron. No lo podía creer, con tres criaturas tomar tal decisión, pero es asunto de la pareja, nadie puede opinar si está bien o mal. Las circunstancias de la vida tienen estas sorpresas. Él quería ir a vivir a una pensión pero yo no se lo permití, quería tenerlo en casa, su casa, su cama y verlo todos los días.

Los chiquitos venían todos los fines de semana a dormir con sus abuelos y principalmente con su papá. Pico siempre estuvo muy cerca de sus hijos, no les hacía falta nada. Pico trabajaba en Pinamar y venía los fines de semana.



Ángela con todos sus nietos

Parecía un chiste. Nadie zafaba. Volví a guardar todo y me quedé mirando la gente pasar. ¿Qué pasaba si me iba? Se me cruzaban soluciones por la cabeza pero al poco tiempo perdían sentido. Quizás podía pasar unos días con mi abuela, hasta que se calmara el clima en mi casa, eso sí era posible.

Volví y sin hacer demasiado ruido subí a mi habitación, no quería que me interceptaran. Papá y el nene ya no estaban. Llamé a mi abuela, primero le comenté que me había peleado con mis papás, no quería meter la pata, después le pregunté si podía dormir en su casa unos días, encantada me dijo que sí, que no tenía ni que preguntar, solo avisar cuándo, le comenté que esa noche. Te espero, me dijo y colgamos.

Me preparé dos mochilas, una con cosas del colegio y otra con ropa, varias bombachas limpias, remeras y algunos pantalones. Me llevé los diarios y otro libro por las dudas. Bajé ya lista para irme, mi mamá sorprendida me preguntó a dónde iba así de equipada, parecía un ekeko. Le dije que unos días a lo de Silvi y que no podía decirme que no. No la dejé responder, le dije que me llevara y sino podía me pedía un remis. Te llevo, me dijo.

Nos subimos al auto y las primeras cuadras no hubo sonido más que el del motor. Después de un rato me preguntó cómo estaba con la noticia. Sin faltarle el respeto y tragándome la bronca, le dije que prefería que lo habláramos en otro momento porque no tenía ganas. Llegamos, la saludé con un beso y bajé.

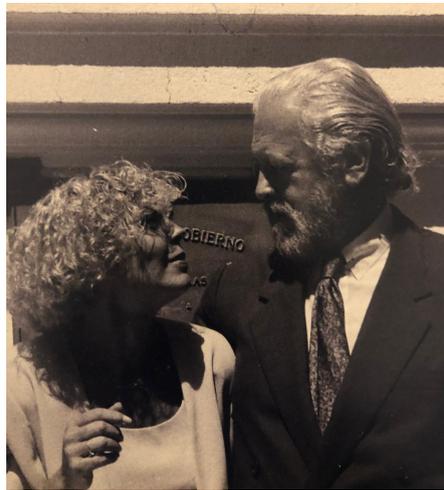
Silvi me esperaba con unas medialunas calentitas y un café recién hecho. Dejé todo en la pieza que era de mi papá: la cama estaba hecha, perfumada y con la sábana doblada para cuando fuera la hora de irme a dormir. Me senté a tomar la merienda con ella que prefirió no comer. Preguntó qué había pasado, le dije que una pelea boluda que me había hecho enojar bastante, pero nada grave. Prefería hablar de otra cosa, le pregunté cómo estaba ella. Me contó que estaba bien pero cansada, jubilada y todo seguía trabajando. Renegó un rato de que sus hijos no le daban bola y mi hermano y yo tampoco. Me sentí culpable, pero más que culpa tenía que hacerme cargo y visitarla más seguido. Le conté de los diarios de Angelita, que los venía leyendo hacía bastante y los tenía ahí. Qué guacha, dijo. A mi nunca me los quiso dar. Le propuse leer un poco juntas. Además ella estaba por entrar en escena así que casi que no tenía que contextualizar. Le

pregunté si quería leer ella o si quería que leyera yo en voz alta, prefirió lo segundo para no ir a buscar los anteojos.

En enero de 1972 Silvina Corvalán con sus padres van a pasar sus vacaciones a Pinamar, allí Pico la conoce. Se miraron y salieron chispas de sus ojos. Así empezó una linda relación, él le contó su vida, que era separado y tenía tres hijos, legalmente no estaba divorciado.

Le contó que los chicos estaban allí con la mamá para que disfrutaran del mar y así los veía todos los días.

Silvina quiso conocerlos y les brindó mucho amor. Estuvieron dos años de novios y el 27 de diciembre de 1974 se casaron vía México.



Casamiento Pico y Silvina

El 22 de noviembre de 1975 nació Diego, gran alegría de todos, teníamos otro nieto varón. Soledad, Josefina y Ricardo estaban contentos con su hermanito. En todo ese interín de nietos, la salud de Ricardo iba aflojando y a mi me costaba dejarlo solo, por lo tanto en una de las asambleas decidí dejar mi cargo de presidente y propuse a una conocida. Me despidieron con un almuerzo, flores, medallas y palabras alusivas a mi persona. Ese día Ricardo me acompañó y se emocionó mucho, cuando llegamos a casa me besó, me abrazó y dijo “Con razón no querías dejar la cooperadora, cuánto cariño, cuánto respeto y amistad recibida de esa hermosa gente.

Extrañé mucho, pero la salud de Ricardo y la llegada de mis nietos ocupaban todo mi tiempo, mi vida tomó otro rumbo.

Silvi interrumpió para decirme que daba fe de cuánto le había costado a Angelita dejar ese puesto, que incluso le propuso ocuparse de Ricardo para que pudiera seguir asistiendo, pero que ella muy abocada a su hogar no quiso. Todo lo demás era cierto. Me contó que Ángela era un personaje cuando era joven, muy graciosa y disparatada. Le pregunté si iba seguido a verla y me dijo que ya no, desde que se había divorciado de mi abuelo las cosas no quedaron bien y no quería cruzarlo. Le comenté que la había notado triste y muy sola, sugerí que la llamara alguna vez, la iba a hacer feliz y no tenía que ver a nadie.

Me mostró fotos de los chicos jóvenes, algunas de Pinamar. Parecían felices. Me guardé un par. Nos habíamos colgado hablando y ya casi era la hora de cenar. El menú: fideitos con salsa blanca, como cuando era chiquita. Terminamos de comer, mi abuela me preparó la bañera con unas sales que había traído de no sé donde, me sentía una reina. Me dio su bata y sus pantuflas. Me metí, no podía creer el silencio. Estuve adentro un buen rato, hasta que mis dedos empezaron a arrugarse. Cuando salí, ella me desenredó el pelo y me dio una crema corporal. Miró mi cara de cerca y sugirió que me hiciera una limpieza. También me hizo prometerle que nunca más iba a cortarme el pelo tan cortito. Me fui a dormir relajada.

Me despertó con el desayuno en la cama, café con leche, tostadas y huevos revueltos. Puso mi ropa en la estufita eléctrica y me la dió calentita. No quería volver más a mi casa, para qué. Mientras desayunaba los malos pensamientos aparecieron y me nublaron el humor, volvía a mi realidad, se me cerró el estómago y me dieron náuseas, no me salían las palabras. Silvi lo notó en mi cara, enseguida me preguntó qué me pasaba. No supe por qué pero sentí el impulso urgente de contarle, de sacarme esa información de adentro, tal vez de esa manera dejaba de pertenecerme. Cuando lo largué no se sorprendió, lo que se hereda no se roba, agregó. También que me quedara tranquila porque con el

tiempo todo iba a acomodarse, que estaba bien sentir enojo y no guardarme nada. Me hizo bien hablar. Ese día falté al colegio, durante la mañana hicimos una sesión de spa casera, me arregló las uñas, me hice un tratamiento facial. Salimos a almorzar por calle doce, a la vuelta de donde vivía Silvi. Un brunch riquísimo que me dejó sin poder moverme. Nos sentamos en la vereda, a ella le gustaba ver la gente pasar. Después de un rato de charla me contó que hacía unos meses se venía hablando con un señor llamado Ulises, un novio suyo de la adolescencia con quien había perdido contacto por más de 40 años. Se reencontraron por Facebook. Me contó del noviazgo en su juventud. Pintaba bastante formal, habían hecho una cena de presentación con toda la familia y se le había declarado en la terraza de unos amigos con autorización de su papá. Todos lo amaban, era lindo y tenía una carrera prometedora, pero a ella había algo que no le cerraba, no estaba enamorada. El verano en el que rechazó la propuesta conoció a Pico y ahí todo me cerró. Gracias a los diarios me daba cuenta de la poca noción que tenía sobre mi propia historia. Me contó que se habían vuelto a hablar y que estaba re entusiasmada, se mandaban mensajes larguísimos contándose de sus vidas, de lo que hacían y de sus hijos. Le pregunté por qué no se veían y me dijo que él estaba viviendo en España hacía ya quince años, pero no le molestaba porque de esa manera se mantenía la ilusión. Le sugerí que lo llamara por teléfono algún día y le gustó la idea. Silvi pagó y volvimos caminando.

Cuando llegamos lo primero que me dijo fue que buscara los diarios, así que leí un rato más en voz alta:

Muchas noches después de mis oraciones pienso qué hermosa familia tengo. Pensar que fui única hija. Pero esta gran familia sufrió los golpes que la vida nos da, sabemos el día que nacemos por gracia de la naturaleza humana pero no sabemos el día ni el año que tenemos que partir.

El 8 de agosto de 1982 falleció Ricardito, era día domingo, venía de la casa quinta de un amiguito feliz y contento. Decidió bañarse y cuando en eso estaba, murió de muerte súbita, tenía solamente once años. Una criatura divina, simpática, le decíamos “el popular” porque se daba con toda la gente. Creo que los ángeles lo recibieron con sus alitas abiertas, porque él era un ángel. No se puede decir en palabras el dolor que sufrimos. Ricardo cada día iba desmejorando y con lo sucedido fue peor, no tenía consuelo. A los siete meses

de perder a nuestro querido nieto lo internaron. Hacía dos semanas que estaba en la clínica, siempre con los ojos cerrados, se negaba a comer. Sus últimas palabras fueron que yo era su amor; lo besé fuerte fuerte y fue lo último que dijo. El 13 de marzo de 1983 a las ocho de la mañana entregó su alma al cielo. Le pedí a Dios que me diera fuerzas y me mantuviera entera, por mis hijos y por mis nietos. Ricardo fue mi único hombre, el que me hizo sentir mujer y tuve la dicha de tener tres hijos. Llevábamos 53 años de casados, nos amábamos intensamente, todavía lo amo, fue mi gran amor. Mi consuelo fue crear o vivir una fantasía, ver a Ricardito tomado de la mano con sus dos abuelos, materno y paterno, los tres vestidos con túnicas blancas caminando por las nubes, estaban juntos en la vida eterna.



Diego, Patricio y Ricardito

Apoyé los diarios en la mesa porque no podía contener más las lágrimas. No me gustaba llorar delante de nadie pero lo que acababa de leer me había sensibilizado. La miré a Silvi y estaba igual que yo, me dijo que esos fueron tiempos muy difíciles, que a Ricardito no lo había parido pero lo había querido como si fuera suyo. Todas las noches le prendía una velita y de vez en cuando, cuando se sentía muy sola, charlaba con él. Se me puso la piel de gallina. Le sugerí hacer una pausa para digerir todo y retomar más tarde, estuvo de acuerdo. Llamó mi mamá, atendió ella, quería hablar conmigo, cuando me fue a pasar el teléfono me dijo por lo bajo que fuera amable.

—Hola ma.

—Hola hija, ¿cómo estás? ¿Un poco mejor?

—Sí, qué sé yo, creo que sí.

—Bueno, tranqui. ¿Cómo te fue hoy en el colegio?

—No fui. Me quedé acá. Me dolía un poco la panza a la mañana. No le digas nada a Silvi eh, fue idea mía.

—No pasa nada, está bien. ¿Querés que charlemos un rato?

—No, me voy a ir a bañar y a copiar la tarea, me la pasó Agus por mail.

Después hablamos.

17

Al día siguiente le propuse a Silvi ir a visitar a Ángela, al principio dudó, no entendí bien por qué. Llegamos de sorpresa, la enfermera era la misma que la otra vez, me reconoció. La estaban bañando, esperamos un rato. Oscar no salió a saludarnos, le pregunté a la chica dónde estaba. Había muerto, después de un día entero de búsqueda la encontraron en el patio, entre algunos pastizales altos. Se había alejado para morir. La enterraron junto a sus hijos, con indicaciones de Ángela. Me sugirió no sacarle el tema, estaba muy conmovida y un bajón grande podía traer consecuencias. Cuando nos avisaron que ya estaba lista subimos y nos sentamos una de cada lado de la cama. Les pregunté si querían tomarse un té y ambas me dijeron que sí, bajé a prepararlo y lo llevé en una bandeja, con unas masitas que encontré por ahí. Cuando entré a la habitación estaban discutiendo, entre susurros, por algo que tampoco entendí. Me pareció desubicado por parte de mi abuela ponerse a pelear con alguien en la situación de Ángela, pero no era ni el momento ni el lugar para decirlo. Le di el té a cada una.

—¡Ay nena! Esas masitas están desde hace dos años, mirá que le dije a Gabriela que las tire eh! tomá, agarrá plata del primer cajón y andá a comprar algo—me dijo señalando la pared.

Ángela había perdido la visión gradualmente y yo no sabía. La conversación, más allá de la pelea, fue amena. La vi muy desmejorada, pero bien de ánimo.

—Angela, todavía tenés esos sacos de piel que usabas en tu juventud?— preguntó Silvina.

—Todavía no me morí que ya me están desvalijando, si nena están en mi placard.

—No, no los quiero para mí. Lo digo porque acá entra y sale mucho personal, ¿viste? No vaya a ser que algún día desaparezcan, tienen mucho valor, sería una lástima.

—Pero no, dejate de jorobar.

—Bueno, si querés puedo llevarlos a casa, los guardo yo y nos aseguramos que estén.

—La verdad, hacé lo que quieras. Qué te voy a impedir yo desde la cama. Le conté sobre Pedro, que estaba re grande y travieso. Tenía una foto en la mochila, se la regalé, tenía que actualizar las suyas, en la que estaba sobre la mesita de luz todavía era un bebé con chupete, la agarré para verla de cerca y se cayó otra, que estaba enganchada detrás. Era otro bebé que yo no conocía, parecía otra época, la foto estaba en sepia y la ropa era muy distinta. Le prometí llevarlo algún día. Nos interrumpieron las enfermeras, era hora de cambiar los sueros. Aprovechamos ese momento para irnos, le prometí que volvería pronto. Me apretó fuerte la mano, me agradeció.

Después de un par de días de vacaciones tuve que volver a mi casa. Las cosas de papá ya no estaban y todo parecía calmo. Como si hubiera pasado un terremoto de tranquilidad y barrido el clima. Tenía un montón de tarea acumulada y ni un poco de ganas de hacerla. Me senté predispuesta, con un té y unas galletitas, para no tener que volver a levantarme. Al rato entró mamá, me abrazó y yo me relajé en sus brazos. No hubo demasiado por decir, le pregunté cómo estaba: bien pero cansada, habían sido unos días agitados. Ella también preguntó, yo le dije que mejor, los días en lo de Silvi me habían venido joya y, además, habíamos visitado a Ángela. Con esto último se quedó helada, irguió su postura y cambió el tono de voz. Sugirió que no volviera a hacerlo sin ella, agradecí no haberle dicho la vez que fui sola. Pregunté por qué, no entendía nada, era una

señora a punto de morirse, qué podría tener de malo y ella que no me metiera en asuntos familiares porque había temas delicados que era mejor dejar atrás.

Insistí en que ya no era una nena y tenía derecho a saber. Era mi familia y me interpellaba. Sin agregar más palabras se fue de mi habitación. Estaba muy intrigada, me moría por saber qué había pasado pero tampoco sabía cómo, a lo de Ángela por lo pronto no iba a volver y mi abuela hermética no iba a decirme nada. Excepto que quisiera romper el hielo y hablar con mi papá, pero por ahora no era una opción. Armé situaciones hipotéticas en mi cabeza.

Mientras jugábamos una competencia con sus audífonos preferidos le pregunté a Pedro cómo se sentía:

—Elisa no vale te agarraste el más rápido.

—Bueno, tomá, dame el azul a mí.

Acomodamos los autos en la fila de partida dibujada con tiza en las baldosas del jardín y le pregunté por Isidro. Estaba chocho de tener un nuevo hermano amigo de su edad.

—Isidro es un capo, le encantan los audífonos y además es del pincha. Papá nos llevó a la plaza y jugamos un montón, después nos compró un helado.

Me dejó tranquila verlo bien. La competencia la gané yo, podría haberlo dejado pero no quería que fuera un tarado. Dejamos de jugar y fuimos a poner la mesa, le dije que me ayude, que no se hiciera el gil. Me gustaba hacerlo reír. Me sentía un poco mejor pero no podía relajarme del todo, todavía tenía pendiente una charla con mi papá y averiguar qué había pasado en mi familia. Con tantas cosas en la cabeza no había tenido ni tiempo de pensar en Rocío. Lavé los platos y me fui a mi pieza a leer un rato, quizás ahí encontraba alguna respuesta.

Ahora empieza una nueva vida, tengo que acostumbrarme a la ausencia de Ricardo, es difícil pero con voluntad y el amor que me rodea se pasa mejor. Cuando llega la noche y es hora de cerrar la casa para ir a dormir, vienen todos los recuerdos.

En esos momentos la que participa del dolor y del llanto es la almohada, única testigo de mi pena.

Después de un tiempo decidí vivir mi vida, durante cuatro años no había ido a ninguna parte. Mis salidas eran llevarlo al médico, buscar recetas, ir a la farmacia, hacer diligencias, en fin, siempre estuve a su lado, nunca lo dejaba solo. Tengo la conciencia tranquila, puedo dormir sin remordimientos.

Poco a poco me fui recuperando.

Finalizado el año 1983 se acercaban las fiestas de fin de año, faltaba el jefe, ese gran hombre que era Ricardo, pero estaba y estará siempre en nuestros corazones junto a los que tuvieron que partir para siempre.

Realicé paseos, excursiones, necesitaba estar con mis amigas y mi familia, que es lo mejor que tengo. Los años fueron pasando porque el tiempo no se detiene y llegamos al año 1985, era verano y la “parca” volvió a jugarnos una mala pasada, en febrero se agazapó en un rincón de la casa de Lito, ahí estuvo hasta conseguir su cometido.

Susana, su mujer, había ido al casamiento de una amiga que se realizaba en el sagrado corazón, terminada la ceremonia volvió a su casa feliz y contenta. Lito estaba en el estudio de música, eran las diez de la noche. Susana le dijo que haría un llamado telefónico, pero la “parca” estaba alerta, mientras hablaba le dio un ataque o una aneurisma cerebral y cayó muerta. La encontró Lito.

Lo que yo puedo dejar escrito en este papel es poco porque el dolor es grande, por mis nietos, por mis hijos, la quise mucho y la sigo queriendo hasta la eternidad.

Me sentí mala pero no pude evitar reírme de la forma de narrar la muerte de Susana. Además imaginarme a la parca, como lo había mencionado ella, escondida en casa preparándose para atacar me daba miedo, era una descripción muy gráfica. Yo a Susana obviamente no la conocí, así que no me tocaba tan de cerca su fallecimiento, me entristeció por sus hijas, que eran chicas.

A la salida del colegio me encontré con Rocío, preguntó si me había pasado algo porque no me había visto por varios días. Quilombos familiares, le dije, pero nada grave. Los nervios insoportables cada vez que la veía, por suerte, eran menos. Ya no me transpiraban las manos ni me temblaba la voz. Nos fuimos caminando juntas, como de costumbre, hasta el centro. Yo seguía sin aclararle que mi casa quedaba para el otro lado.

—Ro qué onda, ¿tenés planes para la tarde?

—Mmm no por ahora no, ¿por?

—¿Querés venir a casa?

—¿Y tus viejos? ¿qué les decimos?

—Nada boluda, que sos mi amiga. No es necesario que andemos a los besos en su cara.

—Bueno dale, sí, de una.

Compramos unos sandwiches y una Coca Cola en la panadería de enfrente. Cuando llegamos no había nadie así que almorzamos tranquilas en el solcito. Mi casa estaba bastante desordenada. Acomodamos juntas la mesa y nos tiramos en el sillón a ver la tele. Al principio tímidas y distantes. De vez en cuando la miraba de reojo, su mano estaba apoyada sobre el sillón, rígida igual que yo. Moría por agarrarla pero no me animaba, cada vez que lo intentaba mi cuerpo no respondía. Ella rompió el hielo y apoyó la suya sobre mi muslo, haciendo movimientos rectos. Casi igual que Agus y su novio en clase de biología. La miré, ella también. Puso su mano libre sobre mi cachete y con un dedo recorrió mis labios, mirándome fijo. Nos besamos, su lengua dentro de mi boca hacía movimientos lentos y circulares, recorriéndola toda. Con una maniobra rápida, arrió su cuerpo. La mano que estaba sobre mi pierna ahora abrazaba mi cadera. Los besos se habían trasladado al cuello. No podía entregarme completamente a la situación, más allá de que nunca había sentido nada igual, creía no estar a la altura. A ella parecía no importarle. De una forma delicada y suave, me recostó. Sin hacer presión se acomodó sobre mí. Recorriendo mi cuello con sus manos, empezó a bajar hasta tocar mis tetas, se detuvo en los pezones y, dejándome con ganas de más, volvió a mi cara. Estaba húmeda y ella tan hermosa que podía morirme ahí mismo e iba a ser feliz. Ya no pensaba en que alguien podía llegar y encontrarnos así. Aún sobre mí, empezó a bajar su mano, pasó por mi panza y llegó al pantalón. Amagó a meterla por adentro pero se la corrió y acomodé por fuera. Comenzó a moverla para arriba y para abajo con una delicadeza que no era de este planeta. Sentía que la situación se me iba de las manos pero no quería dejar de sentir. Me preguntó si me gustaba, metiéndome el dedo gordo en la boca. Yo, con los ojos cerrados y entregada, moví la cabeza asintiendo. Sonó la bocina del auto de mamá, de un salto la saqué de encima y me incorporé en el sillón, ella se rió y me dijo que tranqui. Entró con Pedro a upa, nos saludó a las dos y preguntó de dónde nos

conocíamos. Le dije que era una amiga del colegio un par de años más grande. Le preguntó cómo se llamaba y si vivía cerca, parecían llevarse bien. Nos ofreció merendar pero ella dijo que ya era hora de irse, no había avisado que no volvía y seguro sus papás iban a estar preocupados. Mamá la saludó desde la cocina con la mano y le dijo que cuando quisiera la esperaba. La acompañé a la puerta, en el camino agarró una gorra de Disney que había colgada en el perchero y se la llevó puesta, nos despedimos con la mano.

Qué bueno que te hagas amigas nuevas, dijo mamá enternecida. Yo estaba que explotaba de energía y buen humor, la ayudé a colgar la ropa, después a preparar la cena y a acostar a mi hermano. Pensé en llamar a Agus pero ya se había hecho tarde, no quería que su mamá la retara. Aproveché a leer un rato.

El tiempo pasa, la vida sigue, Lito fue para sus hijas todo: papá, mamá, amigo, hermano en fin, supo y pudo atravesar la tormenta. La historia de esta gran familia tuvo sus fuertes golpes, pero hay que tener fuerza y aprender a salir de ellos. En la tierra estamos de paso y nos toca vivir de todo, bueno, malo, triste y alegre.

El 11 de junio de 1986 me operaron del hígado, me sacaron la vesícula. Tenía tres piedras cuadradas. Estuve una semana internada, todo salió bien. El año llegaba a su fin, nosotros superando la ausencia de Susana. Llegaron las fiestas de fin de año. Las hijas de Lito querían pasarla solos ellos cuatro y se fueron a la casa de fin de semana. Todos nosotros respetamos la decisión. No fue el festejo de siempre ni había alegría. Le dimos la bienvenida a 1987, en silencio. Solamente se veía la explosión de los fuegos artificiales que golpeaban fuerte en mi corazón, las estrellitas brillaban como una flor, cuando caían al suelo parecían lágrimas. Se me ocurrió prender una cañita voladora, se perdió en el espacio, en ella mandaba una misión para los que estaban ausentes. De pronto miro el cielo y veo que una estrella más grande que las otras me miraba, se prendía y se apagaba, allí supe que eran mis seres queridos agradeciendome el recuerdo. Me acerqué a todos y les dije que cada uno de nosotros levantáramos la copa y brindáramos por la vida, todos nos abrazamos y nos besamos.

Esa mañana llegué tarde al colegio, estaba lloviendo y mi hermano había hecho un berrinche tremendo porque no le gustaba la ropa que le había preparado mi mamá. Recién en el primer recreo pude sentarme tranquila a contarle a Agus la secuencia con Rocío. Hubo muchas partes que omití porque me daba vergüenza hablarlas en detalle pero ella fue bastante preguntona.

—Pero bueno entonces, ¿seguís siendo virgen, o no?

—No, o sea, no hubo penetración pero cogí. Además, ¿Qué es ser virgen?

Coger no es solamente que te metan un pito, boluda.

—No, sí. Tenés razón. Y ¿qué onda? quiero saber más ¿no te dolió nada en ningún momento?

—No, nada. Al contrario. ¿Vos qué onda? ¿volviste a estar con Nico?

—No, de eso quería hablarte. No sé si quiero volver a estar con él. Cada vez que me invita a su casa es lo único que quiere hacer y no sé, yo quisiera hacer otras cosas. Ver una peli, salir a caminar o jugar a las cartas.

—Y bueno bolu, ¿se lo dijiste?

—Mmm no, no le dije.

—¿Y cómo pretendés que se entere?

—Si, sí tenés razón. Tengo que hablarlo.

De vuelta al aula nos cruzamos con Rocío, nos saludamos con un beso en el cachete y le presenté a Agus. Ya se tenían de vista pero me parecía importante que la conociera como mi mejor amiga. Agus se acercó para saludarla pero ella siguió caminando, dijo chau con la mano y prácticamente no la miró. Nos quedamos heladas, me preguntó si estaba enojada o si le pasaba algo, yo no tenía ni idea. Capaz había sido un montón presentársela y se había sentido muy expuesta, me sentía culpable. Agus me dijo que no me enroscara, que quizás estaba teniendo un mal día y nada más.

En el segundo recreo la busqué pero no la encontré. No podía pensar en otra cosa más que en haberla cagado. Yo no pretendía una relación seria ni muchísimo menos pero me gustaba tanto que quería ventilarlo por todos lados. La vi a la salida, estaba rara, distante.

—Che, ¿todo bien? Te siento un poco rara.

—Mirá, Eli. Me parecés re linda, buena y me divierto un montón con vos. Pero pensé que lo nuestro quedaba entre nosotras, no quiero que se entere nadie más, ¿está bien?

—Sí, perdoname. No pensé que te fuera a molestar, pero tranca que todo queda acá.

Nos despedimos, la vi alejarse con su grupito de amigas que en ningún momento se dieron por aludidas. Yo preferí volver caminando porque tenía muchas ganas de llorar y quería hacerlo en soledad, además la caminata me venía bien para pensar. Yo no quería ocultar la relación, si bien me costaba salir del closet nunca había sentido nada igual. Empecé a pensar que quizás yo le daba vergüenza, tenía bastante sentido, no estaba a su altura.

Cuando llegué a casa mi mamá me vio la cara y enseguida se dio cuenta que algo me pasaba. Me preguntó si quería que fuéramos a almorzar, aprovechando que Pedro se había ido con mi papá, y pasar algo de tiempo juntas. Le dije que sí, principalmente porque estaba cagada de hambre. Todavía me sentía muy triste, no era tan ficticio el dolor de corazón del que tanto hablaban.

Me preguntó cómo estaba, esperando que estuviera triste por la situación en casa. Sentí el pie para vomitarle todo, le conté que la chica que había conocido el día anterior en realidad no era mi amiga, tampoco mi novia pero nos estábamos viendo y me gustaba. Que nunca me había pasado y un poco me asustaba pero no quería encasillarme dentro de ninguna orientación sexual porque todavía no lograba definirme, de momento me pasaba eso y ya no podía guardármelo. Esto último no lo entendió porque la congoja y los mocos no me dejaban hablar. Me sostuvo la mano, se sentó al lado mío y me abrazó. Me dijo que no era necesario encasillarme dentro de ningún lado, que todo lo que sintiera era válido y real. Que disfrutara lo que me pasaba y que ante cualquier cosa, ella siempre iba a estar para mí. Me dejé querer y me relajé. Sonriendo me dijo que igual lo sospechaba, instinto maternal.

Volvimos en el auto escuchando música, mucho más blanda que cualquier otra vez. Llegamos y todavía faltaba un rato para que volviera el demonio, mamá se tiró en el sillón a mirar un rato de tele y yo me puse a leer.

Por invitación del Pami concurrí a dos talleres, uno de teatro y otro de literatura. A partir de toda esa actividad se operó un cambio fundamental en mi vida, ya no fue vivir solamente para la familia, empecé a vivir más para mí, a

hacer cosas que me llenaban de satisfacción, entendiendo que en la medida que nos sentimos bien, es más lo que se puede dar. Así va pasando el tiempo, estudiando teatro, días de ensayo, realizando paseos con el grupo de literatura, eso es inolvidable.



El Grupo Literario Reflexión,
dirigido por el poeta - escritor
Gualberto Reynal,
presenta su libro
"TORRENTES DE VIDA "

*Con la participación de las escritoras:
Sara Brandariz - María Corradi
Mimi Casalaga - Noelia Vázquez
Lidia Pueblas - Elsa Castellano
Nelly Cea - Angelita Prando
Marga Rinaldi - Zulema Di Plácido*

MÍRCOLES 20 DE ABRIL DE 1994 - 19 HS.
SALÓN DE LOS ESPEJOS - CLUB ESTUDIANTES DE LA PLATA
AVENIDA 53 Nº 620

Momentos artísticos de la vida de Ángela

Hasta ahí llegaba la historia, después había fotos, incluso más de cuando era chiquita, cartas y papeles borroneados que nunca pude descifrar qué decían. Esa tarde cuando mi papá llevó a mi hermano, nos contó que había alquilado un departamento frente al parque San Martín con una habitación para cada uno, balcón y terraza. Estaba terminando de amueblarlo pero en cuanto estuviera, quería, si estaba dispuesta, que fuera a conocerlo y a quedarme. No habló de disculpas, tampoco hubo demasiada tensión, pero estaba posicionado desde un lugar más humano y sentido. Con mi mamá apenas hablaron, tampoco podía pretender demasiado. Me bastaba con que Pedro se sintiera bien y con conocer más a Isidro.

Hablé por teléfono con Agus, le conté lo que había pasado con Rocío y que había salido del closet con mi mamá. Se puso contenta por lo segundo:

—Era obvio, Eli, si tu mamá es re piola. ¿Y lo otro qué onda? ¿Se había enojado al final o exageraste como siempre?

—No boluda, me pidió que no le cuente a nadie más sobre lo nuestro porque quiere que sea un secreto. No sé, qué sé yo.

—¿Y vos te sentís cómoda con eso?

—Y, no. Me gusta tanto que se lo contaría hasta a la señora del almacén de la esquina pero tampoco quiero que ella se sienta rara. A la vez me hace sentir re mal.

—Bueno, para mi pensá en una balanza imaginaria. De un lado ponés todo lo que te gusta y lo lindo que te hace sentir y del otro todo lo malo. Ahí decidís.

—¡Como si fuera tan fácil, eh! ¿Qué onda vos, hablaste con tu chico?

—No, todavía no. Pero no te hagas la boluda que no estamos hablando sobre mí.

—Ay es que es tan linda, no quiero dejar de verla.

—Ya sé, te entiendo. Estás enamorada.

—Callate tarada no lo digas así.

- ¿Así cómo? Si te pasa eso.
—Bueno pero no me gusta que lo digas, no lo hagas más.
—Bue, sos más rara a veces. Nos vemos mañana.
—Chau, gracias. Te quiero.

21

Al otro día Rocío me dejó en el tercer recreo. Me dijo que lo del día anterior la había alertado, que yo me estaba re enganchando y ella nada que ver. Que se había empezado a ver con un chico de su división y le re gustaba. Que yo era muy pibita y no quería ilusionarme ni tampoco hacerme mal. Me pidió perdón, sacó de su mochila la gorra que se había llevado de mi casa y me la devolvió. La vi alejarse y meterse en la ronda donde estaban sus amigas. Me quedé parada con la gorra en la mano, el corazón roto y la mirada perdida. Agus vino al rescate, estaba viendo la situación desde lejos. Me abrazó, yo estaba inmóvil. Sostuvo mi brazo y me llevó al baño, me sirvió un vaso de agua y con un papel me limpió la cara. Lloraba y le preguntaba qué hacer con todo ese dolor que sentía. Ella no sabía, tampoco pretendía que supiera, solo necesitaba desahogarme. Falté a las últimas horas de matemáticas, quería estar en mi casa, que me abrazara mi mamá un rato y me dijera que todo iba a estar bien. Agus me hizo la segunda y nos fuimos juntas.

—Eli, ya se que es todo un bajón y que te sentís como el orto, pero mirá, pensá el lado positivo. Te diste cuenta que podías sentir cosas que ni creías que se podía, te animaste a salir del closet con tu vieja, conmigo. ¿No es un montón?

—Sí amiga pero me siento muy triste, tampoco nunca había experimentado este dolor. Además en mi casa las cosas están como el culo, ni una buena me sale, ni una.

—Escúchame, mírame. Tranqui. Vas a ver que con el tiempo todo va a estar mucho mejor, te lo prometo.

—¿Y cuanto es el tiempo? todo el mundo habla del tiempo pero nadie me dice cuánto es, ¿cuánto tengo que esperar, eh?

Llegamos a mi casa, Agus puso al tanto a mi mamá de lo que había pasado, yo no podía, cuando abría la boca y casi de manera automática, en lugar de palabras me salía llanto. Fui al baño a lavarme la cara e intentar dejar de llorar. Cuando salí, estaban preparando pochoclos y pensando qué película mirar. Les dije que no tenía ganas de nada, muchísimo menos de ver algo en la tele. Me insistieron un rato, me iba a hacer bien.

Terminamos las tres tiradas en el sillón, tapadas hasta el cuello, comiendo pochoclos y viendo Más Barato por Docena.

22

Durante esa semana esquivé a Rocío como a una pelota de paintball a punto de enchastrarme. Todavía el dolor no se iba, pero al menos me sentía querida y acompañada por mi amiga, que se encargó de que así fuera. Mi mamá también hizo lo suyo. Yo estaba receptiva. A veces la veía de lejos, a los besos con su chico nuevo y un poco me partía en dos pero tampoco había demasiado que pudiera hacer.

El viernes mamá me pasó a buscar por el colegio, esa vez no bajó del auto. Fuimos a almorzar y después pasamos por una librería que quedaba cerca de casa, me dejó elegir 4 libros, incluso los de tapa dura. Cuando estábamos volviendo a casa, papá la llamó. Ella puteó y preguntó que qué quería ahora. Hizo un silencio largo y frenó como pudo. ¿Qué pasó ma? Pregunté varias veces. No me contestaba. Pará Eli, me dijo haciendo una seña de silencio con su mano libre. Colgó, me dijo que papá quería que fuéramos para su casa. Yo todavía no la conocía, así que no me disgustaba la idea. Además si me aburría tenía material para entretenerme.

Llegamos, era un edificio bordó hermoso. En la entrada había algunos cuadros de arte abstracto, bastante feos para mi gusto. El portero nos preguntó a qué piso íbamos, le contestamos y por las dudas llamó para avisar. Qué cheto, pensé. Cuando subimos mi papá nos estaba esperando con la merienda preparada,

Pedro e Isidro dormían la siesta. Me mostró mi pieza, me hizo un tour. Mamá prefirió quedarse con su abrigo y cartera puesta, al costado de la puerta, en el recibidor. Nos invitó a sentarnos, no tenía su mejor cara pero tampoco tenía motivos, me parecía lógico. Me sirvió un poco de café. Después de unos minutos de silencio incómodo, me contó que esa mañana Ángela había muerto. Se había enterado de mis visitas porque la enfermera, al anunciar su fallecimiento, se lo comentó. No estaba triste, ni siquiera un poco conmovido. A mi se me partió el corazón, solamente pensar en que había fallecido sintiendo esa soledad me destruía. Tuve todo al alcance de mis manos para revertirlo y no lo supe aprovechar. Comentó que se había puesto de acuerdo con sus papás y hermanos para ir a vaciar la casa y organizar todo para el funeral. Enseguida le pregunté si podía acompañarlo, ya que me habían prohibido visitarla tantos años, era lo mínimo que podía hacer. Me dijo que sí, sin ni siquiera amagar a negarse. Mi mamá tomaba sorbos de café sin emitir sonido. Por algún motivo no lloré, quise, un montón. Sentía un dolor en el pecho que era más fuerte que cualquier otro, más que el de corazón roto. Volvimos a casa en silencio, afuera llovía. Parecía un videoclip.

El sábado a la mañana mi papá me pasó a buscar para ir a lo de Ángela. Ni bien me subí al auto le pregunté si iba a estar la familia, no tenía ganas de ver a nadie. Me dijo que no, que habían organizado ir en distintos días para hacer todo más ordenado.

—Che pa...

—¿Qué, Eli?

—¿Sufrió?

—Mirá hija, te voy a ser sincero porque con las mentiras muy bien no me ha ido. Ángela ya no veía bien, no se si sabías. Bueno, ayer a la mañana le agarró un ataque y se levantó, la enfermera dijo que estaba inquieta, se puso muy terca y no quiso que nadie la ayudara, se sacó el suero y empezó a bajar las escaleras, le erró a un escalón y se cayó al piso. La trasladaron al hospital pero cuando llegó ya había fallecido.

Me quedé helada, cómo se iba a morir de esa manera. Y yo ni siquiera había podido cumplir mi promesa de llevarle a Pedro.

Llegamos a la casa.

Me dio miedo, nunca había tenido una muerte tan cercana. Teníamos un trabajo largo, había de todo. Mi papá me sugirió empezar por la biblioteca, que era mi lugar favorito de la casa, quedate con los libros que quieras, me dijo, total nadie los va a querer. Él iba a empezar por el escritorio. Mientras comenzó con lo suyo, subí a la pieza. La cama todavía estaba deshecha, con las marcas de su cuerpo. El suero y los remedios intactos, hasta un vaso de agua en la mesita de luz con dos pastillitas fuera del blister. La luz del baño prendida y un pis que no sé de quién podría haber sido. Qué impresión, la puta madre, pensé. No me animaba a tocar nada, tenía la sensación de que ella iba a aparecer y retarme, como cuando era chiquita. Dejé todo como estaba y bajé a empezar con mi tarea. A la mayoría de los libros me los acordaba, empecé a separar los que quería tener conmigo y los que no me interesaban. Estaban llenos de polvo y las páginas a punto de deshacerse. Todo en esa casa había muerto o estaba próximo a morir. En un momento di con la novela de Danielle Steel que leía cuando me cuidaba, parecía que no la terminaba nunca. Cada vez que iba a la casa se paseaba por todo el lugar con el libro en la mano, si se sentaba lo apoyaba al costado y si iba a la cocina también lo llevaba con ella. Guardé la novela en mi mochila, a esa quería conservarla más que a las demás. Con cuidado, limpié los libros con un trapito y los sequé. Los llevé afuera al sol, sobre una mesita de jardín. Pasé por la parte del patio donde estaban enterrados los hijos de Oscar, un arbusto enorme con flores violetas había cubierto la zona. Ya había terminado con la biblioteca así que seguí con otra tarea, vaciar su placard. Lo abrí y el olor a humedad fue tan fuerte que me tuve que tapar la nariz, hacía cuánto no ventilaban ese espacio. Comencé a sacar las perchas y a tirarlas sobre la cama. Los tapados de piel estaban carcomidos por las polillas y apelmazados. Una lástima, pensé. Me puse a revolver los zapatos que también estaban recubiertos de telas de araña y polvo. Cinco pares iguales de sandalias de taco chino, en punta y charol en un talle tan chiquito que me dio ternura. Seis pares de pantuflas color celeste con dibujitos de conejos y gatitos en familia. Mientras revolvía ese placard que parecía el de Narnia, encontré un sobre. A mi familia, decía. Lo abrí:

Si alguien está leyendo esto es porque así lo decidí. No quisiera irme a la tumba guardando secretos, no me recibirían en el cielo. Prefiero dejarlos acá, en la tierra.

Después de toda una vida de ocultamientos, he decidido contarles que no fui hija única. Si, así como leen. Tuve una hermana, ella se llamaba Elena. Era rubiecita y hermosa como una princesa. Mi mamá estuvo años buscándola, no podía quedar embarazada. Llegó de sorpresa, a mis diez años.

Una tarde de primavera, mamá la durmió y la acostó en su moisés, que estaba junto a mi cama, ella tenía dos meses. Yo jugaba en la vereda, con mis vecinas de enfrente.

En un momento escuché que Elena lloraba sin parar. Entré a ver si mamá la levantaba pero dormía la siesta. Me pareció apropiado darle su merecido descanso y encargarme. Me acerqué al moisés y despacio la sostuve en mis brazos. En ese momento mi mamá ingresó a la habitación y exaltada gritó mi nombre, no tenía aprobación de alzarla. Me asusté tanto que la solté, la dejé caer al piso. Murió en el acto.

Fue una época muy dura, nunca me lo voy a perdonar.

Nadie más que mi familia cercana supo de su existencia. Ahora también lo saben ustedes.

Escribo estas líneas con el fin de librarme de culpas y que Dios me reciba en la gloria. Quizás allí me encuentre con ella.

Tantas cosas dice el silencio

Es severo conmigo, porque guardé dentro de mi corazón hechos acaecidos que quería ocultar

Siempre me habla, no tiene voz pero se le escucha

El silencio es nuestros pensamientos o también el otro yo

Muchas noches hacemos una conversación de momentos pasados

Yo le digo al silencio que me deje vivir en paz, así él también lo estará

Hoy, sola, solo tengo a mi lado por las noches el recuerdo y el silencio que todo lo dice

Noche: gracias por albergar mi silencio augusto y santo

Angela Francisca Prando

Guardé la carta en el sobre y la metí en el bolsillo trasero de mi pantalón. El polvo estaba dándome alergia y se me empezaba a cerrar el pecho, igual seguí ordenando. Como si mis acciones se hubieran separado de mis pensamientos,

empecé a hacer movimientos mecánicos. Sacudir los abrigos, sacarlos de las perchas y doblarlos, sacudir los abrigos, sacarlos de las perchas y doblarlos. Estaba tildada. Mientras tanto mi pecho chiflaba como una pava hirviendo. Cuando pude destrabarme, con las piernas debilitadas y sensibles, bajé a avisarle a mi papá, estaba arrodillado apilando cajas. Concentrado en su tarea y sin mirarme, me dijo que tomara agua y saliera a renovar el aire. Cuando estaba terminando la frase levantó la vista y me vio la cara. Me preguntó qué me pasaba. Di media vuelta y salí. Me senté en el cordón y me quedé mirando la calle. Pasó un auto y me salpicó. No me moví. Pensé en la fragilidad de un cuerpo diminuto chocando contra la dureza del piso, la cabeza, aún blanda y en proceso, el corazón que recién empezaba a latir y ya se había tenido que detener. Sentía que esas imágenes iban a acompañarme toda la vida, cuando me bañara y cerrara los ojos, antes de dormir, cuando discutiera con mis papás o incluso cuando estuviera enamorada. Me hubiera gustado nunca haber leído nada. No sabía muy bien que iba a hacer con la carta, pero de seguro evitaría que llegara a manos de alguien más. Papá salió con bolsas para reciclar, me acerqué y lo ayudé. Caminamos en silencio hasta un tacho que había en la esquina. Arrojé las bolsas con fuerza. Volvimos de la misma manera. Me preguntó si me sentía mejor, no respondí. El pecho ya no me chiflaba y mis ojos habían vuelto a la normalidad. Subimos al auto, me abroché el cinturón y fijé los ojos en la ventana.

